EL

CAMINO DEL CIELO

ALLANADO.

OBRITA ESCRITA EN ITALIANO POR EL P. PINAMONTI,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

Y TRADUCIDA POR D. FRANCISCO BOSCH Y PUIG.

CON REVISION Y CENSURA

del Rdo. Dr. D. Buenaventura Ribas,

PRESBÍTERO.

BARCELONA.

IMPRENTA DE JUAN VILÁ Y COMPAÑÍA,

LE CALDE SAN PABLO NÚMERO 59.

1861.

ÍNDICE.

			Pág.
Lectura	**1.**	El primer obstáculo para la salvacion es la languidez de la fé. . .	1
»	**2.**	Es muy perjudicial para salvarse la languidez de la fé.	7
»	**3.**	Remedios contra la debilidad de la fé.	14
»	**4.**	Continuacion del mismo asunto. . .	22
»	**5.**	El segundo obstáculo para salvarse es pecar fácilmente, porque se cuenta con el recurso de la confesion...	32
»	**6.**	Es muy perjudicial para la salvacion la facilidad de pecar, fundada sobre el recurso de la confesion. .	36
»	**7.**	Remedios contra la facilidad de pecar, fundada sobre el recurso de la confesion.	44
»	**8.**	Continuacion de la precedente lectura.	53
»	**9.**	El tercer obstáculo para salvarse es hacer poco caso del vicio de impureza.	61
»	**10.**	Es muy perjudicial para la salvacion	

Pág.

hacer poco caso del vicio de impureza. 65

Lect. 11. Continuacion de la precedente lectura. 76

» 12. Remedios contra el vicio de impureza. 80

» 13. El cuarto obstáculo para la salvacion es el orgullo. 91

» 14. El orgullo es muy perjudicial para salvarse. 96

» 15. Remedios contra el orgullo. . . . 103

» 16. El quinto obstáculo para salvarse es la vida ociosa y la excesivamente ocupáda. 112

» 17. La vida ociosa es muy perjudiciál para salvarse. 115

» 18. Remedios contra la vida ociosa. . . 120

» 19. La vida excesivamente ocupada es muy perjudicial para la salvacion 128

» 20. Remedios contra la vida muy ocupada.. 134

» 21. El sexto obstáculo para salvarse es el amor á los placeres.. 141

» 22. Es muy perjudicial para la salvacion el amor á los placeres.. 146

» 23. Continuacion del mismo asunto. . . 151

» 24. Remedios contra el amor á los placeres.. 158

» 25. El séptimo obstáculo para la salvacion es el amor á las riquezas.. . 167

» 26. El amor a las riquezas es muy perjudicial para salvarse.. 171

» 27. Remedios contra el amor á las riquezas. 181

« 28. De la limosna. 187

Pág.

Lect. 29. El octavo obstáculo para la salvacion es la dureza respecto del prójimo.. 193
» 30. Continuacion de la precedente lectura.. 199
» 31. Es muy perjudicial para salvarse la dureza respecto del prójimo. . . 204
» 32. Remedios contra la dureza para con el prójimo.. 210
» 33. El noveno obstáculo para salvarse es temer poco al Señor. 219
» 34. Es muy perjudicial para salvarse temer poco al Señor. 223
» 35. Remedios contra la falta de temor de Dios. 230
» 36. Continuacion del mismo asunto. . . 242
» 37. Sobre la conducta que debe observar el cristiano, despues de haber triunfado de los obstáculos para salvarse. 254
» 38. Sobre las ocasiones de pecar. . . . 272
» 39. Medios de perseverar en el bien. . . 279

FIN.

HAEC EST VITA AETERNA

Barcelona, 10 de Octubre de 1861.

Pase este opúsculo á la censura del doctor don Buenaventura Ribas.

El Gobernador eclesiástico,

Juan de Palau y Soler.

M. I. S.

He leido con atencion el libro cuyo título es El camino del cielo allanado. Cuando el P. Pinamonti no tuviese otros méritos que recomendasen su gran saber y el profundo estudio que del corazon humano y de las sagradas letras habia hecho, bastaria esta obrita para colocarle en primera línea entre los mas eminentes escritores católicos. En efecto, M. I. S., es tan penetrante la uncion que estas páginas respiran, tan íntima la conviccion que sus máximas entrañan, tan fino el pulso con que toca materias espinosas, y tal atractivo sabe dar hasta á los asuntos manoseados ya por otros autores, que es imposible resistir á su fuerza y á su eficacia, como se lean con espíritu verdaderamente apartado de toda prevencion. ¡Ojalá que con esta disposicion las leyese esta multitud de cristianos que, jactándose de ilustrados, no quieren convencerse de que tienen su entendimiento y corazon estragados por la lectura de obras volcánicas é impías, que tanto abundan en la calamitosa época que atravesamos! Por lo que, salvo el parecer de V. S., creo que puede concederse permiso para la impresion que se solicita, y prometerse con ello los ópimos frutos, que de su publicacion espera el celoso traductor.

Barcelona 16 de Noviembre de 1861.

Dr. Buenaventura Ribas,
Presbítero.

Barcelona 22 de Noviembre de 1861.

IMPRÍMASE.

El Gobernador eclesiástico,

Juan de Palau y Soler.

VICIOS CAPITALES.

El primero, Soberbia.
El segundo, Avaricia.
El tercero, Lujuria.
El cuarto, Ira.
El quinto, Gula.
El sexto, Envidia.
El séptimo, Pereza.

Contra estos vicios hay siete virtudes.

Contra soberbia, humildad.
Contra avaricia, liberalidad.
Contra lujuria, castidad.
Contra ira, paciencia.
Contra gula, templanza.
Contra envidia, caridad.
Contra pereza, diligencia.

EL

CAMINO DEL CIELO

ALLANADO.

LECTURA I.

El primer obstáculo para la salvación es la languidez de la fe.

Es indudable que cualquiera que tuviese pendiente un proceso, en que se tratare de su fortuna, de su honra, y de su vida, seria el objeto de todos sus pensamientos, de todos sus cuidados, de todos sus esfuerzos, y emplearia todos los medios, de que pudiera echar mano, para salir airoso de tan importante negocio. Sin embargo ¿puede compa-

rarse este proceso con el negocio, con el fin por que Dios nos ha sacado de la nada? En esta tierra de lágrimas y de miserias, marchamos entre dos eternidades, inciertos de terminar en esta ó en aquella; ignoramos si el Señor, al fin de nuestra carrera, será para nosotros el Dios de las misericordias, ó el Dios de las venganzas, si será el cielo ó el infierno nuestra herencia eterna. Hé aquí el negocio importante, el único que merece toda nuestra aplicacion, y cuyo resultado debemos asegurar, cueste lo que costare. A pesar de esto, la mayor parte de los cristianos, léjos de meditar seriamente sobre tan esencial asunto, amontonan continuamente nuevos obstáculos y viven como si buscasen expresamente su ruina y su indefectible pérdida, en vez de procurar su salvacion. Para ayudarles á salir de tan deplorable descarrío, y para impedir á los justos, que caigan en él, se intenta explicar á los unos y á los otros la naturaleza de los obstáculos que en todas las condiciones de la vida se encuentran para salvarse y sus funestas consecuencias; y en seguida proponer los medios de vencer tales

impedimentos, de los cuales el primero es sin disputa tener una fé lánguida, limitada y enfermiza.

La fé es una virtud, que reside, parte en el entendimiento y parte en la voluntad del hombre. El entendimiento, ilustrado por una luz sobrenatural, tiene por verdadero todo lo que Dios ha revelado; y la voluntad, por un movimiento, sobrenatural tambien, inclina al entendimiento á creerlas, bajo la autoridad divina que las afirma. Así es que el tener poca fé procede de dos causas; primera de que el entendimiento se ocupa apenas de examinar y conocer lo que nos ha sido revelado y los motivos que nos impulsan á creerlo; y la segunda de que la voluntad se aficiona poco á las cosas reveladas porque no las conoce y no insta lo bastante al entendimiento para examinarlas y adherirse firmemente á ellas. En efecto, muchos son los cristianos, que se llaman fieles, mas bien por haber tenido la inapreciable dicha de haber nacido dentro del cristianismo, que por estar unidos de corazon y de espíritu á su religion: son contados en el número de los fieles, porque han recibido

la gracia del bautismo ; pero , ¿ piensan alguna vez en la grandiosidad de nuestros misterios ? ¿ fijan su atencion en las inmensas ventajas del catolicismo sobre todas las otras doctrinas ? Su vida es tan poco conforme con las máximas del Evangelio , que difícilmente puede distinguirse de la de los infieles. Podria decírseles muy bien , con el profeta Isaías : ¿ *Qué haceis aquí ?* ó bien , ¿ *bajo qué concepto os encontrais aquí ?* (1). Vos, á quien veo en el seno de la Iglesia con los verdaderos fieles ¿ qué sois ? porque nada se observa en vos de cristiano sino el nombre. Sí , con mayor fundamento aun puede hacerse hoy dia la exclamacion que el Salmista hizo antiguamente : ¡ *Cómo se ha debilitado la verdad entre los hijos de los hombres !* (2). Aquellos en quienes se encuentra , solo la poseen de una manera muy imperfecta ; es como una luz confusa y semejante á la de aquel ciego, de que habla el Evangelio : *Veo andar los hombres , como si fuesen árboles* (3). Un Dios nacido en un establo para enseñarnos el desprecio de los bienes temporales ; un Dios que

(1) Is. XXII , 16. (2) Ps. XI, 2. (3) Marc. VIII , 24.

sirve durante treinta años en la tienda de un artesano para enseñarnos la humildad ; un Dios que recorre la Palestina sufriendo toda clase de fatigas y de trabajos para enseñarnos el camino del cielo ; un Dios que muere clavado en una cruz para destruir el pecado é inspirarnos todo el horror que se merece , todo esto nos causa muy poca impresion. Se admira el espectáculo de Séneca , que muere recitando las máximas de su filosofía ; se entusiasma cualquiera por la celebrada accion de Trajano, que con su manto real cubre las heridas de sus soldados ; pero se oyen con indiferencia las máximas de todo un Dios crucificado, se escucha con frialdad la narracion de los acerbos tormentos que padeció para curar las llagas de nuestras almas..... ¡ oh ! ¡ cuánto se ha debilitado la fé entre los hijos de los hombres !

Pero la fé ha disminuido, no tan solo como regla de nuestras creencias, sino y principalmente como regla de nuestras costumbres. Muchos son los cristianos , que reconocen á Jesucristo por su maestro , y sin embargo su conducta está muy distante de conformarse

con su enseñanza. Se les dice, en nombre del Salvador, que son dichosos aquellos que padecen algo por amor de Jesús, que se hacen pobres por eleccion, que se privan de los placeres del siglo, que se rehusan las comodidades de la vida, que perdonan las injusticias que contra ellos se cometen; mas, tan saludables lecciones les revolucionan, cuando se trata de practicarlas. Las creen, en verdad, como otros tantos oráculos del Espíritu divino; pero dejan su observancia para los santos por estado, porque no es posible, segun ellos, para los hombres del mundo. Con tan insensata interpretacion, se pretende tener derecho para sustraerse impunemente á las leyes del Evangelio. ¡Ah! ¿cómo puede definirse esta especie de cristianos? ¿cuál es la naturaleza de su fé? Es una mezcla de creencia y de incredulidad; es un estado quimérico, en que no se hallan acordes consigo mismos. Creen, bajo la autoridad divina, cosas incomprensibles al espíritu humano; y, desde el punto que esta misma autoridad les manda practicar el bien y alejarse del mal, la rechazan, la abandonan.

LECTURA II.

Es muy perjudicial para salvarse
la languidez de la fe.

No es fácil expresar los males que causa al cristiano una fé lánguida; solo dirémos, que es el principal motivo de la pérdida de una infinidad de almas: *Porque ninguno de ellos reflexiona, perecerán eternamente* (1). No dice el santo Job que aquellos, de quienes habla, perecerán eternamente porque no creen, sino que dice que perecerán para siempre porque no fijan su atencion en aquello que creen. Los impíos, que confiesan su locura, movidos por el Espíritu Santo, no se acusan de no haber creido, sino que se reprochan *haberse extraviado del camino de la verdad* (2).

(1) Job. IV, 20. (2) Sap. V, 6.

Para entrar acerca de este punto en pormenores, que sean instructivos, es necesario demostrar que una fé lánguida arrastra á la pérdida de todas las virtudes y abandonarse á toda clase de vicios.

En efecto, se debe hoy dia á la languidez de la fé esta falta de carácter y de ese rico fondo de virtudes heróicas, tan comunes entre los primeros fieles. Para convencernos de ello basta recordar la inmensa caridad, que todo lo dominaba al principio del cristianismo; el ejemplo de esta virtud será bastante para hacernos juzgar del mérito de todas las demas, que son sus compañeras. Segun Tertuliano, el amor de Dios era tan ardiente en aquella dichosa época, que no se encontraba el número de verdugos que se queria para dar muerte á la multitud de cristianos que se presentaban al martirio: esto escribian, llenos de admiracion, Antonino, próconsul de Asia, y Tiberio, gobernador de Palestina, á los emperadores Adriano y Trajano. Tampoco tenia límites el amor al prójimo. Dice san Clemente que un crecido número de fieles que habia conocido, despues de haber distri-

buido todos sus bienes á los pobres, se vendieron ellos mismos á fin de tener algo mas que dar á sus hermanos. Esos prodigios de virtud, ya no se encuentran actualmente: y la causa fundamental de tan triste cambio consiste en la alteracion de la fé. Si un árbol es cortado por la cima, ordinariamente se forma aun mas frondoso; pero si se corta de raiz, de tal manera que esta quede muy debilitada, sus ramas languidecen muy pronto. La fé es respecto del alma cristiana, lo que la raiz respecto del árbol, el principio de la vida. Por esto el Espíritu Santo la llama, *raiz de la inmortalidad* (1). Si el cristiano vive, *vive de la fé* (2): si le atacan las potestades del infierno, triunfa de sus esfuerzos por la fé; si alguna vez es vencido por los falsos atractivos del pecado, en la fé halla motivos para retornar á Dios por medio de la penitencia: con la ayuda de la fé, por fin, adquiere todas las virtudes. *Poned todo el cuidado*, dice el apóstol san Pedro, *para juntar á vuestra fé la virtud, á la virtud la ciencia, á la ciencia la templanza, á la templanza la paciencia, á la*

(1) Sap. xv, 3. (2) Rom. i, 17.

paciencia la piedad, *á la piedad el amor de vuestros hermanos*, y *al amor de vuestros hermanos la caridad* (1). Al contrario, arrancad la fé, esta saludable raiz, todo el fruto de la vida cesará; dejadla debilitar, todas las virtudes cristianas enfermerán tambien, y aun morirán insensiblemente.

La languidez de la fé va seguida de otro mal, mas grande aun que el de que acabamos de hablar. Tan deplorable cáncer procede de que el cristiano, que casi ha perdido la fé, es el juguete y la víctima de todas las pasiones de su corazon. Cuando san Pedro, marchando sobre las olas, sintió que empezaban á ceder bajo sus piés, lo atribuyó á los vientos impetuosos que se levantaban (2); pero Jesucristo le hizo comprender y le reprochó que su poca fé era la única causa de tal mudanza. Esto mismo sucede á nosotros, guardadas las debidas proporciones. Echamos la culpa de nuestras faltas á la violencia de las tentaciones, y lo cierto es que debemos imputarlas á nuestra falta de fé. Este es el orígen de las miserias y desórdenes que ac-

(1) II. Petr. 1, 5, 6 et 7. (2) Matth. XIV, 30.

tualmente presenciamos en el cristianismo. El ejemplo de nuestros padres, tan arreglados en sus costumbres, tan santos, tan fervorosos, es una prueba sensible de esta verdad. En efecto, si el cristiano no cubriese su vista con un denso velo ¿podría ser jamás su vida un tejido de iniquidades? Ha sido educado en el seno de una religion, cuyas máximas le han sido inculcadas con muchísima frecuencia; sabe que el pecado es una injuria enorme á la Majestad divina, y de consiguiente, el mayor de todos los males; sabe que la vida de un Dios ha sido sacrificada para reparar esa mal, en algun modo infinito, y que toda una eternidad de espantosos suplicios es el inevitable castigo; sabe que el Evangelio le obliga á creer firmemente estas verdades..... ¿dónde está, pues, su fé, cuando por su conducta demuestra tener ideas tan diferentes del pecado, que le llama ligereza disculpable, fragilidad, una bagatela, que se vanagloria de él, que arrastra torpemente á otros, *que se bebe la iniquidad como el agua*, para valerme de la expresion de la Escritura?

Es verdad, que no todos llegan á tales ex-

tremos; pero viven como si ignorasen completamente la enormidad y la pena del pecado; poco temen cometer el uno y poco se preocupan, al parecer, de correr los peligros de la otra: despues de haber caido sin oponer resistencia en faltas graves, pasan meses y tan vez años enteros en tal estado sin la menor inquietud; multiplican de un modo asombroso el número de sus pecados, sin imaginar siquiera que la muerte, cuya hora ignoran, puede sorprenderles y precipitarles en el fuego eterno. ¿Son, pues, estos hijos de la luz, como llama el Apóstol á todos los fieles? ¿Son discípulos, hermanos, coherederos de Jesucristo, los hijos de los Santos, los sucesores de tantos Mártires, que prefirieron dar su vida antes que conservarla por medio de un solo pecado? Tales son las precisas consecuencias de la debilitacion de la fé. Parece que nos acercamos á esos tiempos desgraciados, de los cuales decia el Salvador que apenas se hallarian los vestigios del Evangelio. En tan espantoso letargo de una creencia casi muerta ¡cuán fácil es al espíritu del error arrebatar á Jesucristo un sinnúmero de al-

mas, para cuya salvacion tanto ha padecido! Entónces, el cristiano ¿no marcha al nivel de los infieles? Tan imperfecto y tan superficial en el conocimiento que se tiene de las cosas de Dios, que difícilmente se obra de otro modo que si no tuviésemos ninguno; y, como dice san Agustin, aunque los cristianos viven en medio de la luz, sin embargo, cuando cierran los ojos, apenas se diferencian de los idólotras que viven en medio de las tinieblas. *¿De qué sirve á un insensato poseer bienes inmensos, no pudiendo comprar con ellos la sabiduría?* (1) ¿De qué nos sirve tener el inapreciable tesoro de la fé, puesto que lo ocultamos en vez de ponerlo á lucro para adquirir la vida eterna? Sirve para hacernos cada dia mas culpables á los ojos de Jesucristo, que nos lo ha confiado con preferencia á tantas otras naciones, que no han recibido tan grande beneficio.

(1) Prov. xvii, 16.

LECTURA III.

Remedios contra la debilidad de la fe.

Aunque la debilidad de la fé sea una de las mayores enfermedades del alma, con todo no es incurable, si se trata de emplear los medios, apropiados á su curacion, con toda sinceridad; pues la salvacion eterna depende de querer eficazmente nuestra cura. Empezarémos, pues, rogando con insistencia al Señor para que se digne aumentarnos la fé, y añadir á la que recibimos en el bautismo, *el don de inteligencia*, para comprender claramente las verdades del catolicismo. El Profeta-rey, apesar de estar muy instruido en las cosas de Dios, pedia incesantemente mayores luces. Los cristianos, debemos pensar á

menudo que nos hallamos como el ciego de Jericó: por mas desprovisto que se hallaba de todo lo necesario á la vida, solo pide á Jesucristo ver. «Dignaos, Señor, escuchar lo que tanto deseo; deseo curar de mi ceguera.» No es esta la única gracia que debemos pedir, pero es la primera, la mas esencial y la fuente de todas las demas; así es que debemos desear obtenerla sobre todo. Si nuestras súplicas van acompañadas de una humilde confesion de nuestra indignidad y de una perseverancia sincera, es cierto que nuestros ruegos serán atendidos por Jesucristo, que vino al mundo *para arrancarnos del poder de las tinieblas*.

De otra parte, hemos visto que la debilidad de la fé procede del entendimiento, que se dedica muy poco á conocer las verdades del Evangelio, y de la voluntad que apenas se aficiona de estas verdades por no conocerlas; es necesario, de consiguiente, para curar ese doble mal, ilustrar el entendimiento y entusiasmar la voluntad acerca de los grandes objetos de la fé, que deben interesarnos mas que todo. Así es, que convendria meditar las

grandes verdades de la religion, pues se obtendria dentro un breve tiempo, empleado en tan santo ejercicio, la luz y demas socorros de que tiene necesidad: *Fijad toda vuestra atencion en aquello que Dios os manda y meditad sin cesar sus mandamientos, y él mismo os dará un corazon y la sabiduría que deseais* (1). Mas, si bien es verdad que no tienen todos igual capacidad para meditar, tambien es cierto que todos pueden leer saludables libros, propios para instruirlos y moverlos. Esta lectura les producirá los mismos efectos que la meditacion, mientras que se haga con la atencion que se merece. De nada sirven los mejores alimentos, á quien quiera que sea y mucho menos á los que no están acostumbrados, cuando se toman de corrida. Del mismo modo una lectura espiritual hecha con precipitacion, pasa ordinariamente sin fruto, sobre todo por los que no están acostumbrados. No podemos traer á la memoria, sin un profundo pesar, el gran número de cristianos que carecen absolutamente de todo libro piadoso y que no hacen estudio alguno sobre su

(1) Ecclés, VI, 37.

religion. ¿Saben por ventura algo de Jesucristo, autor y consumador de nuestra fé? ¿Tienen algun conocimiento del inefable misterio de su Encarnacion, de su vida retirada, de su vida activa, de sus trabajos, de sus milagros, de sus padecimientos, de su Pasion, de su muerte, de su resurreccion, de sus méritos, de su poder; de los motivos que tienen para servir, temer y amar al divino Redentor de nuestras almas, al temible Juez de nuestras acciones, al poderoso Intercesor cerca del Padre celestial á quien pide incesantemente nuestra gracia? Mas aun ¿qué saben de ese Dios salvador, que deberia ser toda su ciencia, como era toda la del Apóstol? (1) Saben puramente lo necesario para llevar el nombre de cristianos y hacerse por lo mismo mas culpables.

Su ignorancia sobre todos estos puntos no debe sorprendernos; en la infancia y en la adolescencia, no han pensado en ello; no han leido una palabra que pudiese conservar siquiera las dichosas semillas de una educacion cristiana; media hora, diez minutos de

(1) 1 Cor. II, 2.

lectura diaria hubiera sido bastante, y sin embargo se ha conceptuado una excesiva sujecion para demandársela. Pero ¿á lo menos se hubiesen dedicado á este ejercicio en los dias festivos, que exigen mas actos de religion? Nada de esto, apenas han concedido á esos dias privilegiados el tiempo preciso para oir una Misa sin devocion y sin respeto á nuestros sagrados misterios, únicas señales por las cuales hayan sido conocidos; todo el tiempo restante se ha empleado, cuando no en trabajar, en comidas regaladas, juegos y diversiones. ¿Cómo es posible que las verdades del Cristianismo echen raíces en unas almas, que les cierran todas las entradas? ¡Ah! No dejemos de recurrir á menudo á la lectura de aquellos libros que nos demuestran tan fundamentales verdades: el frecuente uso de este fácil medio operará, no lo dudeis, tantos cambios que edificarán á las personas piadosas y llenarán de alegría á los ángeles del cielo.

La Iglesia venera hoy dia á ciertos hombres, en los que la lectura de un buen libro fue el comienzo de su santidad. Tales fueron

san Agustin, san Juan Colombano, san Ignacio de Loyola y otros varios. Al contrario ¿cuántos desgraciados están gimiendo para siempre jamás en el infierno, que una piadosa lectura les hubiera advertido, conducido á la penitencia y afirmado en el camino de la salvacion? Jesucristo emplea toda clase de medios para reunirnos ó hacernos retornar á su servicio; ora se vale de las mas enérgicas amenazas, ora de las mas halagüeñas promesas: nos enseña el camino del cielo con su propio ejemplo, al cual nada razonable podemos oponer. Hé aquí lo que nos dicen tantos libros piadosos en todos los tonos y de todas maneras, y por desgracia apenas nos dignamos echarles siquiera una mirada. ¿No es el mismo Jesucristo que nos habla, por medio de sus ministros celosos y el que les inspira esos medios de alcanzar la salvacion? No digamos que las ocupaciones nos impiden tales lecturas, porque os replicaria lo que respondió un filósofo pagano á cierto hombre que sostenia no tener tiempo para dedicarse al estudio de la filosofía: *¿Porqué vivís?* ¡O cristiano! ¿porqué, pues, vivis?

¿qué haceis en este mundo, si no hallais tiempo para aprender la ciencia de la salvacion? ¿Con qué objeto habeis sido sacado de la nada? De otra parte, no os falta tiempo para leer obras profanas, frívolas, peligrosas; y ¡no le teneis para examinar aquellos libros que nos instruyen de nuestra religion, que nos recuerdan nuestros deberes, y nos enseñan los medios de cumplirlos!

Obrando de este modo, sienta muy bien quejarnos de que somos demasiado débiles para resistir los ataques de la sensualidad y del mundo; de que nos hallamos asediados continuamente de malos pensamientos sin poder alejarles. De nosotros mismos depende ser menos frágiles y menos agitados: motivos hallaríamos en una santa lectura, que nos fortificarian; y objetos propios para edificarnos, en vez de aquellos que nos importunan. Las malas yerbas nacen por sí mismas; pero las buenas exigen ser cultivadas. Escoged, por lo tanto, libros apropiados á vuestras necesidades; ó mejor, consultad una persona ilustrada para que os los indique y señale el tiempo que debereis emplear cada dia para

leerlos. Pero que esta lectura vaya precedida de una oracion fervorosa, á fin de que el Señor se digne dispensaros la gracia de hacerla con atencion, y que termine de la misma manera, á fin de que se graben profundamente en vuestra alma las verdades que leyereis.

LECTURA IV.

Continuación del mismo asunto.

Nada contribuye tanto á reanimar nuestra fé decaida, como representarnos de nuevo y con viveza los motivos que tenemos para creer. Son tan claros y luminosos los motivos, que el Rey-profeta los llama *testimonios demasiado sensibles y demasiado creibles* (1), es decir, que son mas evidentes que todo lo que racionalmente podríamos desear para someter nuestro espíritu á la fé. En efecto, si de un lado son obscuros los misterios que creemos, de otro la razon de creerlos es evidente; pero, como no sea posible compendiar en pocas

(1) Ps. XCII, 5.

palabras todos los motivos de credibilidad, vamos á exponer uno solo que creemos suficiente, porque estriba en un hecho de tal naturaleza, que ningun hombre de buen sentido puede negar.

Atestiguan todos los historiadores, así profanos, como sagrados, que antes del Evangelio de Jesucristo el universo entero, excepto el pueblo Hebreo adoraba los ídolos. En aquella desgraciada época solo habia templos sacrílegos, víctimas impías, divinidades ridículas, viciosas, inanimadas. El sol, la luna, las estrellas, los reptiles mas despreciables eran los dioses que cada nacion se fabricaba á su antojo; hasta los pueblos mas cultos se afeccionaban, al igual que los mas bárbaros, á tales extravagancias, y lo que es peor, reverenciaban en la divinidad los vicios de los hombres, y esa consagracion de los vicios habian llegado á ser los misterios de la religion. Tal era el estado de tan infortunados siglos. Pero si la fé es la regla de conducta, es fácil deducir que la depravacion de las costumbres habia llegado entonces hasta la exageracion. En aquel punto emprendió Je-

sucristo la inmensa obra de destruir la idolatría y establecer sobre sus ruinas la religion cristiana. Mas, para quedar plenamente convencido de que Jesús es autor de este prodigio, es necesario considerar, en primer lugar, la magnitud de la obra, en segundo lugar, los obstáculos que debieron oponérsele, y en tercer lugar los instrumentos de que se valió para ejecutarlo.

La grandiosidad de la obra parece demostrada por la antigüedad de la aniquilada idolatría. Mas de dos mil años habia que dominaba sobre la tierra, era la creencia universal del género humano, exceptuando tal vez contados filósofos, que aun se conformaban exteriormente con la religion de su pais. ¡Qué difícil debia de ser arrancar esa planta tan maléfica que extendia sus raíces por todas partes, que alimentaba todos los vicios, que fomentaba todas las pasiones! ¡Qué difícil debia de ser abolir las leyes y las costumbres defendidas por todos los poderes de la tierra, que todos los escritos de los sábios apoyaban con su autoridad, y de las cuales el género humano gozaba tranquilamente la

posesion despues de tantos siglos! Sin embargo, no se trataba tan solo de destruir una religion de ese carácter, sino que era necesario establecer otra, que era la religion cristiana, es decir, una religion que enseña al entendimiento humano cosas muy difíciles de creer, y que manda á su voluntad otras muy difíciles de cumplir.

Esta religion enseña que un hombre, condenado á ser crucificado entre dos malvados, es el verdadero Dios, que ha nacido de una vírgen, que ha resucitado por sí mismo, que un dia vendrá á juzgar á todos los hombres, despues de haberlos resucitado en un instante, despues de haber revestido sus almas de sus propios cuerpos, ora hubiesen perecido esos cuerpos por enfermedad, ora por el hierro, por el fuego, ó por el agua, ó por cualquier otra causa que haya sido. He aquí, sin hablar de otros, los misterios que el cristianismo nos obliga á creer, aunque superen de mucho la inteligencia de los génios mas elevados; y las reglas de conducta que nos prescribe están en relacion con esos misterios. Manda, por ejemplo, al hombre que debe despreciarse á sí

mismo, rogar á favor de sus perseguidores, estar pronto á morir antes que pecar, descubrir á un sacerdote sus mas secretas y vergonzosas debilidades, estar tan unido á su fé que abandone, si es necesario y antes que perderla, su mujer, sus hijos, sus amigos, sus bienes, su misma vida. Estas máximas, que los siglos han hecho tan familiares, en su principio ¿de qué modo revolverian todo el mundo y mas aun á los grandes de la tierra, los sabios, los filósofos, los políticos, los ricos, los voluptuosos, acostumbrados á creer tan solo en aquello que hiere los sentidos y á no seguir otra regla que sus pasiones?

La segunda prueba, para demostrar que el Evangelio es obra de Dios, consiste en que todo el universo se levantó, pero en vano, para detener su curso durante el enorme espacio de cerca de trescientos años; los emperadores romanos le combatieron con una crueldad, que solo es comparable con ella misma; el número de sus mártires fue tan prodigioso *que se multiplicaron*, segun lo habia predicho el Profeta-Rey, *como los granos de arena que cubren las playas de la mar* (1). Basta decir

(1) Ps. CXXXVIII, 18.

que, bajo el gobierno de Diocleciano, fue permitido por una ley destrozar á tantos cristianos como se quisiese, arrebatarles sus bienes sin ninguna forma judicial, y perseguirlos de todos modos como autores de las calamidades públicas y privadas. A tan inauditas violencias, vino á juntarse la impostura, acusando á los cristianos de encantamientos, sortilegios é impiedades; despues de esas calumnias, que se desvanecian por sí mismas, se recurrió á las promesas, á los honores y beneficios: se ofrecieron empleos y cargos á los hombres, placeres á los jóvenes, colocaciones ventajosas á las vírgenes, y á los niños se les prodigaban las caricias. ¡Impotentes esfuerzos! jamás el cristianismo hizo mayores progresos que en ese tiempo de furores y de seduccion: derramar la sangre de los cristianos, era plantar, regar, fecundar, extender la fé. Así es que Diocleciano, el mas bárbaro de los perseguidores de la religion cristiana, tuvo el sentimiento de ver reverenciada por todas las naciones la cruz de Jesucristo; y este sentimiento se convirtió en desesperacion, cuando vió esa misma cruz adorada por su

propia familia, por Serena su esposa, por Susanna su sobrina, por Claudio y Maximino sus tios, por Cayo y Gabino sus sobrinos y por sus oficiales superiores; de suerte que su palacio era una especie de templo en que se practicaba la religion que ese príncipe cruel se esforzaba en aniquilar por todas partes. ¿Se quieren pruebas mas concluyentes y sensibles de que el Evangelio es obra de Dios? Todo lo que naturalmente debia causar su ruina producia su engrandecimiento.

En tercer lugar ¿cuáles fueron los instrumentos empleados en tan grandiosa y estupenda obra? Doce pescadores, con un reducido número de otras personas, ignorantes como ellos, pobres, tímidos, despreciables y despreciados, que solo conocian el idioma de su pais, que aun lo hablaban con mucha impropiedad, se dispersan por todo el mundo y con sus predicaciones, contrarias á las corrompidas máximas de la naturaleza, someten en pocos años el mundo entero al imperio de Jesucristo: transforman por todas partes en hombres espirituales á millones de idólatras hundidos en los groseros placeres de la carne,

y ponen á los mas débiles en disposicion de testificar con su sangre la nueva religion que se les anuncia. Todos los ejércitos de Alejandro y de César, toda la elocuencia de Atenas y de Roma, toda la sabiduría de Sócrates y de Platon, jamás hubieran podido operar tales prodigios. ¿Qué mas se necesita, pues, para creer que la religion cristiana es obra de Dios? Todos los poderes de la tierra se declaran contra ella; los filósofos escriben para calumniarlos, los políticos reclaman, el infierno se amotina: y todo sin resultado y completamente inútil por los discursos de doce pescadores sin estudio, sin esperiencia, sin auxilio alguno humano.

Añadamos que la religion cristiana, despues de mas de diez y ocho siglos, subsiste tal como ha sido fundada. Creemos los mismos misterios; solo reconocemos un gefe, que es el vicario de Jesucristo; recibimos iguales dones del cielo, participamos de los mismos sacramentos; aun hoy dia produce santos como antiguamente, y continua propagándose entre los idólatras. Mas aun; se han levantado de todas partes y en todas épocas una

infinidad de sectas para combatirla, y ¿en qué han venido á parar esas sectas? Se han ido debilitando mas ó menos lentamente, se han disipado, destruido; mientras que la religion católica permanece inmoble en medio de los esfuerzos del infierno, siempre impotente.

Pesemos ahora esas razones y dejemos que obren sobre nuestro espíritu y sobre nuestro corazon con toda su fuerza; hagamos mas, secundémoslas con toda la aplicacion del entendimiento, y con todo el afecto de la voluntad, de que seamos capaces, á fin de creer como verdaderas las cosas que Dios nos ha revelado, á fin de someternos, unirnos y aficionarnos á lo que enseña y á lo que manda una religion que tiene los caractéres de verdad tan claros y tan auténticos. Hagamos el firme propósito de conducirnos de aquí en adelante segun la luz de nuestra fé: así lo practican los verdaderos cristianos, cuya vida se regula segun las máximas de su creencia. ¿De qué nos serviria el hábito de la fé, excepto de ser un dia mas desgraciados, si no le juntásemos, si nuestras costumbres no estu-

viesen acordes con él ? Un santo , que se habia despojado de todos sus bienes , fue preguntado acerca de ese cambio , enseñó el libro de los Evangelios , que llevaba siempre consigo, y respondió : « Hé aquí el autor del estado en que ahora me veis. » ¡ Oh ! ¡ cuántas necesidades facticias, cuántas cosas supérfluas abandonaríamos , si consultásemos á menudo el Evangelio ! Muy luego todo nos seria fácil. *¡ Omnia possibilia sunt credenti !* todos los obstáculos desaparecerian , nos elevaríamos sin dificultad sobre todas las cosas : *Sancti per fidem vicerunt regna*. Por fin , si es extrema ceguedad y locura no creer en una religion testificada por el martirio de millones de cristianos, por las heróicas virtudes de innumerables santos, por los escritos sólidos de tantos doctores , por un sin número de estupendos milagros, reconocida, por último, por los mismos demonios , que creen y tiemblan ¿ qué locura mayor podria haber que creer en ella y continuar viviendo como si fuese una fábula ?

LECTURA V.

El segundo obstáculo para salvarse es pecar fácilmente, porque se cuenta con el recurso de la confesión.

¿Porqué sucede que el hombre sea comunmente mas inclinado al temor que á la esperanza en sus negocios temporales, mientras que mas bien espera que no teme en las cosas que se refieren á la salvacion de su alma? Consiste sin duda en que amamos con ardor aquello que interesa por esta vida pasagera, y apenas nos aficionamos por lo que tanto importa para la eternidad. Así es que el mundo cristiano se halla lleno de personas á quienes no repugna el pecado, porque, dicen, nos confesarémos, y á quienes ninguna in-

quietud causa el pecado por que ya se han confesado. *¡ O detestable temeridad !* son palabras del eclesiástico , *¿ dónde has aprendido tu orígen para cubrir la tierra con tu malicia ?* Ensayemos procurar que se comprenda primero la naturaleza de este obstáculo, tan frecuente y tan peligroso para la salvacion.

No se ha visto ciertamente hombre alguno que con entero conocimiento haya arrojado sus bienes en el fondo del mar, porque esperase recogerlos ; y la gracia , que es el mas precioso de todos los tesoros , la echan, digámoslo así , una infinidad de cristianos con la mayor tranquilidad, porque esperan recobrarla. ¿ No es esto hacerse de propósito esclavos del demonio , como si estuviesen seguros de romper sus cadenas cuando querrán ? Considerando esta gravísima ilusion en su primer orígen, se comprende desde luego, porque es la mas antigua y la mas inveterada de todas aquellas de que somos susceptibles. En efecto, esta misma ilusion fué sugerida por la serpiente á la primera y comun madre de los pecadores , cuando la sedujo paraque comiese del fruto prohibido , por la sencilla razon de

que no le sucederia mal alguno, y que ella podia contar con la bondad del Señor: *No morireis*. Tambien Adan, aunque no seducido como Eva, segun el Apóstol, se hizo sin embargo cómplice de su crímen, « porque creyó, dice san Agustin, que su falta, por enorme que fuese, seria perdonada. » « Adan pecó, añade santo Tomas, en la idea de que Dios seria misericordioso ».

De otra parte, cuando el demonio emprendió tentar al mismo Jesucristo en el desierto, lo esperaba todo de su presuncion, si podia inspirársela. Le condujo á lo mas alto del Templo, y le dijo: « Si sois el Hijo de Dios, arrojaos, porque está escrito que el Señor os ha confiado al cuidado de sus ángeles, á quienes ha ordenado que os acompañasen por todos partes y guardaros; y que si habia algun paso difícil, en que peligraseis recibir algun mal, os llevarian entre sus manos.» No es, pues, estraño, que la ilusion, de que tratamos, sea tan comun entre nosotros: el espíritu del error la empleó inútilmente con el Hijo de Dios, es verdad; sin embargo la empleó; y la usa hoy dia, porque le dió

resultados desde un principio; continua en hacerla, continua solicitándonos al crímen persuadiéndonos que los ministros de Jesucristo nos socorrerán como ángeles de paz, y que nuestras caidas, por frecuentes que sean, no causarán jamás nuestra reprobacion. Pero, de otro lado, lo que parece inconcebible es que seamos tan obcecados para no ver tan grosera ilusion y tan endurecidos para no sentir la monstruosa ingratitud que entraña. Esto no es otra cosa, que convertir en veneno la fuente de la gracia, que nos ofrece con el sacramento de la penitencia; es convertir el remedio de los males de nuestra alma, en un objeto de triunfo para el demonio, segun dice san Ambrosio en el libro segundo de la penitencia.

LECTURA VI.

Es muy perjudicial para la salvación la facilidad de pecar, fundada sobre el recurso de la confesión.

No puede dudarse que la condenacion de un crecidísimo número de cristianos tuvo orígen en su audacia en pecar, fundada sobre el recurso de la confesion. Esos desgraciados estaban muy léjos de imaginarse que su vida debia terminar con tan funesto fin: frecuentaban, como tantos otros, los sacramentos de la Iglesia para acusarse de sus iniquidades; creian, como tantos otros, que un castigo eterno, el infierno, es la herencia de los pecadores; tampoco dejaban de pensar de vez en cuando en tan formidable castigo, y de

temerlo. Sin embargo, tampoco dejaron de pecar, porque pretendieron que la confesion de sus faltas, acompañada de algunas señales de compuncion, seria lo bastante, y que, si reincidian en sus desórdenes, se desquitarian por el mismo precio. Examinemos este principio para nuestra particular instruccion.

1.° Cometer faltas inumerables, es la primera consecuencia de tan erroneo principio. Se acerca al tribunal de la penitencia en ciertas festividades, se confiesa de sus pecados, atestigua su arrepentimiento, y despues resiste por algun tiempo los embates de sus pasiones. Mas, apenas ha dado la primera recaida, que se deja arrastrar por la corriente de la misma pasion: no anda, sino que corre y vuela por los caminos de la iniquidad. ¿Quién es capaz de echar la cuenta de todas las faltas cometidas por un hombre, colocado en tan deplorable estado? Hace tantos pecados, cuantos son los objetos que se presentan á su vista conformes á sus desarregladas inclinaciones: muy embarazado se hallaria él mismo de calcular todas sus caidas; solo él tiene conocimiento de todos esos ob-

jetos, porque solo él sabe de que manera conmueven su sensibilidad. Es necesario que el ministro de Jesucristo acepte una declaracion vaga de una multitud de pecados, cuyo número preciso ignora el mismo penitente. En efecto, como cuenta con el perdon de sus faltas por el medio fácil de la confesion, lo mismo ha de costarle declarar muchos que pocos cuando deba acusarse. Así que son infinitos, por decirlo así, los pensamientos, los deseos, las palabras, las obras de iniquidad. Sin querer exagerar su número, tal vez llega ¡ay! á mas de un millon de crímenes en menos de un año. Todo puede llegar á ser ocasion de pecado, desde el punto que la confesion, léjos de ser un freno para retenernos, pasa á ser un motivo para impulsarnos.

Despues de esto, aun se atreven á decir que la paciencia de Dios no se cansará y que nos salvará siempre del fuego eterno, con tanta frecuencia merecido. Hé aquí sin embargo la amenaza que nos hace por uno de sus profetas: *Todos los remedios empleados para curaros son inútiles..... Os heriré como enemigos, os castigaré cruelmente á causa de*

la multitud de vuestras iniquidades (1). No dice el profeta que se os hayan denegado los remedios; se lamenta, al contrario, de que no se aprovechen. Mas, á pesar de ser tan cruel el castigo anunciado por el profeta, me parece que es aun muy inferior á vuestro crímen, porque no solo inutilizais los socorros que se os ofrecen, sino que abusais de ellos pervirtiendo su naturaleza; cambiais en alimento de pecado, un sacramento que es su remedio. Si peco, decis, y qué! me confesaré cuando yo quiera: si peco nuevamente, me confesaré tambien: el sacramento de la penitencia se estableció para recurrir á él en caso de necesidad. Con tales máximas, se acumulan faltas sobre faltas, sin imaginar que irritado el Señor nos *herirá* muy pronto *como enemigos*, y nos *castigará cruelmente, á causa de la multitud de nuestras iniquidades.*

2.° La enormidad de las faltas sigue naturalmente á la multitud, pues ¿qué importará que sean mas ó menos graves, toda vez que ya se tiene la costumbre de cometerlas sin número, bajo el principio de que solo se tra-

(1) Jér. xxx. 13 et 41.

ta de acusarse despues de cometidas? De otra parte, así como el hábito del pecado venial conduce por fin al mortal, del mismo modo, con mayoría de razon, el hábito del pecado mortal conduce á los mas lamentables desórdenes. En verdad, parece evidente que las mas enormes faltas dejarán de alarmar, desde que la confesion sea tambien un recurso para ellas. ¿Quién impedirá al pecador de permitírselas, si encuentra placer en ellas? nada podrá contenerle: el perdon, segun él, no será mas difícil para las unas que para las otras; afecta ese perdon á la confesion de sus pecados; de consiguiente, contará obtenerlo sean los que fueren.

Con tales disposiciones, no se tarda mucho de ser contado entre esos monstruos de iniquidad, de que habla el profeta; se corrompe hasta el fondo de su corazon; se hunde hasta la mas profunda degradacion de costumbres; se contrae una costumbre viciosa que influye sobre toda su conducta; todos los pensamientos, los deseos y las acciones se resienten de ello. Ya no son esas llagas, comunes á los mismos mundanos; son llagas *que*

han penetrado hasta la médula de los huesos; es una lepra, de que se halla cubierto el pecador. Y los juicios de Dios ¿no serán, pues, de temer? Cansado de ver que los cristianos, que deberian componer *un pueblo santo*, superan por su iniquidad á los idólatras, se determina por último á no sufrir mas tales excesos. *Puesto que se han hecho abominables, como las cosas que aman, se vengará de sus crímenes* (1).

3.° Con el recurso presuntuoso y mal entendido de la confesion, se cae en una seguridad letárgica acerca de los pecados cometidos y que se han confesado. Se han cometido en la persuasion que bastaba confesarlos y no se ha dejado de hacer: es una especie de cuenta liquidada, con la cual ya no se debe pensar. Este es justamente el carácter del impío, tal como lo ha descrito el Espíritu Santo: *El impío, cuando ha llegado al fondo del abismo, desprecia* (2): es decir, cuando ha llegado al supremo grado de la perversidad, ya no le embaraza el estado de su conciencia. Sin embargo hay otros, entre esos pecadores, que

(1) Osée, IX, 10. (2) Prov. XVIII, 3.

aun van mas léjos: no se limitan á despreciar sus pasadas iniquidades, quieren recordarlas aun al espíritu, como para gozarlas de nuevo; quieren vanagloriarse ante los hombres: *Se alegran de haber obrado mal, y triunfan en los mas criminales objetos.* (1) Pero ¿así se prostituyen los cristianos sin haber renunciado al Evangelio? Este es un prodigio de iniquidad semejante á aquel, que causó la desolacion, el duelo y las lágrimas de Sion: *Las palabras y las obras de ese pueblo se han levantado contra el Señor..... Han publicado en alta voz su pecado, como Sodoma..... Desgraciados! Dios les ha devuelto el mal que se han atraido, y Judá está cerca de su ruina* (2). Mas aun ¿son cristianos lo que se abandonan á tales excesos? Creen que un solo pecado grave les hace merecedores de una muerte eterna, y que esta muerte puede alcanzarlos en cualquier instante. ¿Cómo, pues, se atreven á gustar aquello que causa la muerte al que lo gusta? ¡Ah! No solo se gusta tan venenoso fruto, sino que se devora, se alimentan con él á todas horas sin saciarse jamás, sin

(1) Ibid. II, 14. (2) Is., II, 8, 9 et 11.

jamás pensar que causa la muerte. No es esto pecar simplemente con seguridad, es mucho mas, es pecar con la mas inaudita estupidez, porque ¿puede haber otra de mayor que imaginarse que la sola confesion del crímen es no solo el perdon, sino y tambien el motivo de reincidir? «¡Qué! una vana esperanza de perdon es un cebo para pecar!» dice san Ambrosio. Corresponde, pues, despues de una vida que no ha sido otra cosa que una cadena de monstruosas iniquidades, ser condenado á vivir eternamente en los mas horribles suplicios.

LECTURA VII.

Remedios contra la facilidad de pecar, fundada sobre el recurso de la confesión.

El primer remedio para tan grave mal es la oracion. He aquí la que dirigireis á Dios á menudo y con toda el alma: *Bueno sois, ó Dios mio!* sois la bondad misma, sois la bondad por esencia; *dignaos enseñarme á guardar vuestros santos mandamientos;* que vuestra bondad alcance de vos esta gracia, que os pido para mí, que conozco toda mi indignidad.—Dios espera, cuando es bueno respecto de vosotros perdonándoos vuestros pecados en el tribunal de la penitencia, que seréis buenos siguiendo su ejemplo y que no volveréis á ofenderle quebrantando su santa ley. Vosotros,

al contrario, habeis aumentado tanto mas vuestra malicia para ofenderle, cuanto mayor ha sido su bondad para sufrir vuestras injurias y para invitaros al arrepentimiento. ¿Dónde hallais establecida esta ley, que los mas señalados beneficios tengan en cambio las mas indignas afrentas? Si no creeis que entre la bondad de Dios y la malicia del pecado haya una oposicion infinita, ignorais que Dios es un sér soberanamente perfecto; no creer esta oposicion, es intentar que Dios se desmiente á sí mismo, es pretender que su bondad os sea un motivo de cometer impunemente el pecado, que es su irreconciliable enemigo.

El segundo medio para curarnos lo hallaremos buscando el orígen del mal, que nace de una doble ignorancia; es la primera no saber lo que es la confesion en sí misma, y la segunda desconocer los efectos que produce en nosotros. Nó, los que pecan tan audazmente, por que cuentan con el recurso de la confesion, no saben en que consiste confesarse: segun ellos, no es otra cosa que declarar exactamente sus faltas, despues de lo cual todo está hecho. Deploran los ministros de la

penitencia esta grosera ignorancia, de la cual son tristes testigos. Ponen todo el cuidado esos pecadores, antes de confesarse, en fijar bien en su memoria la especie y el número de sus faltas; y toda su inquietud, despues de confesados, se reduce á haber tal vez olvidado alguno. Si fuera cierto que bastase la exacta declaracion de las faltas para alcanzar su perdon, muy ancho seria el camino del cielo, diga lo que quiera el Evangelio: ¿qué grande pena habria en declarar secretamente nuestros pecados, puesto que desde la infancia nos acostumbramos á ello, y que nuestra reconciliacion con Dios y la posesion de una eterna dicha se hallarian unidas á esta declaracion? Entonces, la confesion no seria un *rompimiento del corazon*, como dicen las sagradas Letras, sino un acto de la memoria; entonces los libertinos, que han perdido hasta el último resto del pudor, que se glorian de sus desórdenes y contra los cuales se han hecho una frente de alambre, tendrian gran ventaja sobre los pecadores contritos, que van á prosternarse á los piés de un sacerdote, llenos de vergüenza, confundidos, turbados, humillados á la vista de sus miserias.

Confesarse, pues, insiguiendo lo que la religion nos enseña, es convertirse á Dios. Es necesario, sin duda, para esto una verdadera declaracion de nuestros pecados á un ministro de Jesucristo, pero este solo acto no cambia al pecador en penitente; para operar esa transformacion es necesario que se le una el dolor de haber cometido esos mismos pecados. Pero, este dolor debe ser sobrenatural, soberano y eficaz; si falta una de estas condiciones, es un falso penitente, un penitente como Saul, como Antioco, como Judas: estos prevaricadores confesaron su crímen, sin recibir el perdon, por que solo fueron penitentes de palabra. Definamos aquí las tres condiciones de una verdadera penitencia para recordarlas fácilmente: 1.ª El dolor de las faltas pasadas debe ser *eficaz*, es decir, que el pecador debe estar en la firme resolucion de no ofender mas al Señor, sean las que fueren las circunstancias en que se halle. 2.ª Este dolor debe ser *soberano*, es decir, que debe inclinarnos á detestar el pecado sobre todas las cosas, de modo que colocados en la inevitable alternativa ó de pecar, ó de perder nuestros

bienes, nuestra honra y aun la vida, prefe-riríamos experimentar todas estas pérdidas antes que perder la amistad de Dios, merecer la exclusion de la eterna herencia y hacernos dignos del infierno por una sola infidelidad. No es necesario, en verdad, que nos repre-sentemos minuciosamente los males tempora-les á que podríamos estar expuestos; pero es necesario que Dios, que sondea los corazones, vea en el nuestro la preferencia que ocupa sobre todas las criaturas. 3.ª Este dolor debe ser sobrenatural en su principio y en su mo-tivo; en su principio, por que recibe su pre-cio de la gracia del Señor; en su motivo por que debe estar preparado por la fé para de-testar un mal, que nos es conocido por la fé.

Asi es, que cualquiera que se confiesa sin tener este dolor ¿en qué estado se halla al salir del tribunal de la penitencia? Sale car-gado con todo el peso de sus iniquidades. Pero, si en este caso se persuadiese que se ha-bia confesado bien, esta persuacion racional podria impedir que hubiese cometido un sa-crilegio, mas no impediria que fuese repro-bado, si la muerte seguia inmediatamente

despues de tal confesion. Supongamos que un sacerdote hubiese bautizado un niño con vino blanco, bien persuadido de que era agua: la buena fé del sacerdote podrá muy bien escusarlo, pero no podrá hacer que el niño sea realmente bautizado: la buena fé no podria suplir una parte esencial de un sacramento, y el agua es la materia del bautismo. Pero, así como el agua es la materia del bautismo, de la misma manera el dolor de los pecados es materia del sacramento de la penitencia. Aunque creais sinceramente que vuestro dolor es verdadero, Dios, que sabe lo que le falta, os conmina con penas eternas, si no haceis penitencia (1). Tan necesario es el bautismo del agua para borrar el pecado original, como necesario es el bautismo de la penitencia para borrar el pecado actual: es la doctrina de santos doctores.

Esto supuesto, pregunto si es presumible, que un hombre que no teme pecar por la sencilla razon de que se confesará, tenga un verdadero dolor de sus faltas pasadas, un dolor tal como lo hemos definido, cuando se pre-

(1) Luc. XIII, 3.

senta al tribunal de la penitencia ; parece evidente que no tiene este dolor, y aun que ni siquiera conoce su necesidad, cuando dice: «Si peco , solo tendré que confesarme ;» porque seria una insensatez decir: « Voy á hacer mal, pero , despues de haberlo cometido , sentiré mas que la pérdida de cuanto poseo de haberlo hecho ; voy á manchar mi alma, pero despues de esto, desearé lavar esta mancha con amargas lágrimas y hasta con mi sangre , si fuese necesario.» Vos mismo , cristiano , cuando quereis apartar algun amigo de algun mal negocio ¿qué le decis para intimidarlo? que vaya con cuidado, que es muy probable, que es cierto que se arrepentirá: y vuestro amigo ¿qué hace? abandona su deseo , si está convencido que se arrepentirá de haberlo ejecutado. En verdad, este razonamiento , tan sencillo como es ¿no basta para poner en duda que vos hayais tenido , hasta el presente, siquiera un ligero arrepentimiento? Juzgad, pues , si podeis creer prudentemente , que hayais tenido uno , que fuese bastante para cambiaros en un hombre nuevo , para convertiros ; juzgad , si podeis prometeros racio-

nalmente haber concebido de vuestros pecados un dolor que, comparado con cualquier otro, sea como el mar comparado con los rios.

Además, siendo sobrenatural el verdadero arrepentimiento de las faltas pasadas, procede de la gracia, y la gracia es un don de Dios; si es un don, es un beneficio puramente gratuito que el Señor solo concede á los que quiere; de otro modo no seria un don, dejaria de ser una gracia. De otra parte, esta misma gracia es un don de los preciosos que la bondad de Dios puede dispensarnos, es uno de los mas grandes efectos de su omnipotencia, en términos que, si os hacia dueño absoluto del universo, os daria infinitamente menos que no vale un solo acto de contricion. Un don de tanto precio ¿creeis que Dios deba prodigároslo todas las veces que os plazca? ¿un don que rehusa á tantos cristianos entregados á la dureza de su corazon? ¿un don por el cual los santos han mortificado tanto su carne, han derramado tantas lágrimas, han hecho tan fervorosas súplicas?

San Cárlos Borromeo hacia todos los años una confesion general de su pasada vida, á

fin de obtener un verdadero dolor de sus faltas, por las cuales sin embargo gemía y suplicaba á todas horas ante Dios. Hacia su retiro, donde vivia muchas semanas; y el dia que debia confesarse, pasaba mas de ocho horas ejercitándose en actos de contricion y rogando al Señor que se dignase concederle la singular gracia de concebir una de verdadera. Vos, que acerca de este punto teneis por lo menos las mas fuertes preocupaciones contra vuestra conducta, vos que cometeis á sangre fria mas de un millon de faltas en un año; vos, que no pensais ni en la enormidad del pecado, ni en la bondad de Dios á quien ofendeis, y que ni siquiera leeis los libros á propósito para instruiros de esas materias; vos que os contentais con acercaros á un sacerdote para hacerle la historia de vuestros desórnes ¿de qué modo habreis alcanzado la gracia de la contricion? Tal vez ¡ay! no la habeis siquiera pedido!

LECTURA VIII.

Continuación de la precedente lectura.

Supongamos, lo que es muy difícil que suceda, que un cristiano, de aquellos que comunmente hacen poco caso del pecado cuando lo cometen, lo detesta sin embargo sobre todo cuando se acusa, resta aun por examinar cuales son los efectos de la confesion: es muy presumible que los ignora. Despues de recibida la absolucion de tantos crímenes, como estaba manchada el alma, se cree *mas blanco que la nieve*, segun la expresion del Salmista, y en este momento se contempla como si jamás hubiese pecado. Sin embargo, así como el bautismo, purificándonos del pecado original, no nos quita sus consecuen-

cias; del mismo modo la penitencia, lavándonos de nuestros pecados, no nos quita ordinariamente todos sus efectos; no borra toda la pena debida á nuestras infidelidades; no destruye toda la fuerza de nuestros malos hábitos, si bien es verdad que la disminuye; esto es lo que vamos á explicar.

1.° Despues del perdon de la pena eterna, de que nos libra la misericordia del Señor en el tribunal de la penitencia, aun queda la obligacion de satisfacer á su justicia, ó en esta vida mediante obras de mortificacion, ó bien en la otra por medio del fuego del purgatorio. Esto nos dice el Santo Job con estas palabras: *Temblaba, Señor, en cada accion que hacia, sabiendo que no perdonais al que peca* (1). Pero supongamos que se confiesa del modo que espera y que tal vez haga una buena confesion, y ¿cuál será la satisfaccion? ¿cuál será la penitencia? no se habla aquí de la penitencia impuesta por el sacerdote, hablo de aquella que pedirá la Justicia divina. Esta penitencia tal vez será alguna enfermedad habitual, alguna humillacion muy grande é

(1) Job, IX, 28.

imprevista; la pérdida de los bienes, la division de una familia, la muerte de las personas masqueridas. Cuando Dios hubo perdonado á David su adulterio y su homicidio, afligió al rey penitente por el lado mas sensible; la muerte le arrebató su hijo; Absalon se revolucionó contra él; sus vasallos le insultaron, le ultrajaron y le persiguieron. No hay que dudarlo, si Dios no castiga en esta vida por las faltas perdonadas y de las cuales nos denegamos á dar la debida satisfaccion, lo hará muy severamente en la otra, en donde necesariamente pagarémos, en el lugar de expiacion, la deuda que esas mismas faltas habrán dejado pendiente.

2.° Por buena que la confesion haya sido, no destruye la inclinacion habitual al mal. *El padre es muerto, y no lo parece porque ha dejado despues de él á otro* (1). El pecado es muerto por la contricion, y no lo parece, porque ha dejado despues de él una inclinacion que se le parece: de muchos pecados reiterados se forma la mala costumbre, que sobrevive al pecado. A medida que pecamos,

(1) Ecclés. xxx, 4.

esa inclinacion, ese hábito crece, se fortifica y expone nuestra salvacion en el último peligro. La sola razon nos hace comprender demasiado esta verdad, y la fé nos la representa á menudo en las santas Escrituras. «El hombre, dice el Sabio en el libro de los Proverbios, sigue primero el placer lentamente y con repugnancia (1).» En seguida, añade, «corre, hácia los placeres como un insensato cordero que corre á la muerte balando.» Por fin, concluye, «el hombre vuela hácia los placeres con la rapidez del ave que se hunde en el lazo que le han tendido.» El Salmista dice que «la iniquidad es al principio como un vestido que cubre al pecador; que despues penetra como el agua que se infiltra en la tierra; y que, por último filtra hasta los huesos, como el aceite que todo lo invade.» Con esas maneras de expresarse, nos advierte el Espíritu de Dios que «cuanto mas continúa pecando el hombre, tanto mas se aleja del camino de salvacion, y que multiplicando sus caidas, multiplica tambien las dificultades de retornar al buen sendero. En este sentido ha-

(1) Prov., vii, 22.

bla el Profeta-Rey cuando, despues de su pecado, se compara á una oveja descarriada, que cuanto mas anda, tanto mas se extravia y se precipita á su perdicion (1).» Sin embargo de esto, hay quien se persuade que despues de haber cometido una falta, nada se arriesga en cometer otras varias: tan lamentable error procede de que no se fija la atencion en las consecuencias de una multitud de faltas, reunidas las unas con las otras; no se medita que el alma cae por este medio de un mal grave en otro peor; que la ceguera del entendimiento y la dureza de corazon van aumentando siempre; que el peso que se inclina hácia el pecado va pesando mas todos los dias; que las tentaciones son mas vigorosas y nosotros mas débiles.

De aquí en adelante, cuando se trate de pecar, léjos de persuadirnos que nos confesarémos, es necesario intimidarnos y alarmarnos con esas reflexiones tan terribles como verdaderas: ¿Quién sabe si el recurso de la confesion me faltará? ¿si este pecado llenará la medida de la paciencia de Dios? ¿si

(1) Ps. CXVIII, 176.

me concederá *la gracia* de una verdadera penitencia, gracia, que ha sido denegada á otros mil menos criminales que yo, y que actualmente están ardiendo en el fuego del infierno? ¿Quién sabe si, acostumbrándome á no temer el Señor, se me entregará á *ese sentido reprobado*, que conduce á la impenitencia final? El corazon sabio é inteligente, dice el Espíritu Santo, se abstendrá de todo pecado: la verdadera sabiduría consiste en no exponer su salvacion á un peligro cierto, tal como el de quien peca audazmente con la idea de que se confesará. ¡Qué locura pecar con la esperanza, ó mejor, prometiéndose aquello que depende únicamente de Dios, es decir, el tiempo para arrepentirse y el socorro para hacerlo como se debe! ¡Ah! ¿No es acaso Dios el mayor enemigo del pecado, el mas temible, el que se halla mas en estado de castigarlo desde el momento que lo juzgue á propósito?

Por lo demas, si dais alguna caida, á pesar de todas vuestras resoluciones, en vez de humdiros en el cieno, levantaos al instante hácia vuestro Dios; pedidle humildemente perdon

sin diferir la confesion de vuestra miseria para cuando os confesareis; procurad alcanzar la gracia por medio de frecuentes y fervorosos actos de dolor y por medio de nuevas resuluciones de ser mas cauto en el porvenir. ¿No es una temeridad inconcebible para un cristiano, que no duda que puede morir á cualquier hora, pasar una sola hora y á ciencia cierta en el pecado? Es lo mismo que estar pendiente de un hilo sobre los espantosos abismos del infierno; y, á pesar de esto, se pasan meses enteros en ese extremo peligro de ser reprobado para siempre jamás; se espera para salir de tal estado que llegue un dia de fiesta solemne, como si se supiese de fijo que es el dia señalado por Dios para nuestra conversion; durante este tiempo se sigue el mismo sistema de vida, se juega, y se divierte del mismo modo que si se hubiese ofendido un ídolo de piedra ó de metal, insensible á los insultos que se le hacen é impotente para vengarse. ¡Ah! ¡cuántos cristianos, por justos y tremendos juicios de Dios, mueren todos los dias sin haber tenido siquiera tiempo para confesarse, aunque se lo hubiesen prometido como

vosotros! Aunque no hubiese mas que un solo ejemplo de tanta desgracia, deberia llenarnos de espanto y servirnos de freno contra todo pecado, que pueda hacernos dignos del infierno.

LECTURA IX.

El tercer obstáculo para salvarse es hacer poco caso del vicio de impureza.

El doctor angélico, santo Tomás, en sus comentarios sobre las Epístolas de san Pablo, hace una observacion muy digna de fijarnos en ella. Hay que observar, dice, que el Apóstol de los Gentiles solo advirtió evitar la seduccion, cuando habla de los vicios de la carne. En efecto, cuando san Pablo exhorta á los fieles huir en general de todo pecado, les exhorta siempre en particular de no dejarse seducir de la impureza. *Guardaos bien*, escribe á los de Corintio, *de toda ilusion de la carne: los que están poseidos de esta pasion no poseerán el reino de Dios* (1); *vigilad y tened mucha*

(1) 1 Cor., VI, 9.

circunspeccion sobre este punto, *por temor de dejarse engañar*. Insiste en su epístola á los Galatas, acerca de la misma advertencia, ó mas bien, sobre la misma precaucion: *No os engañeis*, les dice, *el hombre solo recogerá aquello que habrá sembrado; y el que sembrare en su carne, recogerá de la carne la corrupcion y la muerte; y el que sembrare en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna* (1). Aun advierte de un modo mas explícito á los de Efeso de estar muy prevenidos contra todo lo que puede relacionarse con ese mismo vicio; *que no se hable siquiera entre vosotros, ni de fornicacion, ni de ninguna clase de impureza... que no se oigan ni palabras indecentes, ni locuras, ni bufonadas* (2).....

En seguida les recomienda que procuren comprender lo que les escribe, que lo mediten y penetren todo su sentido, porque teme que no se equivoquen sobre un punto tan importante.

A propósito de tan delicadas y reiteradas precauciones, hace santo Tomás su instructiva observacion; «hay que notar que el Após-

(1) Galat., VI, 7 et 8. (2) Eph. V, 3 et 4.

tol no advierte evitar la seduccion sino cuando habla de los vicios de la carne ; » y ese santo doctor dice la razon por que el Apóstol se expresaba de esta manera : «los hombres desde el principio , dice , á fin de gozar con entera libertad de sus pasiones , procuraron inventar pretextos para creer que la fornicacion ni cualquier otra impureza no era pecado (1).» Es verdad que hoy dia , gracias á la luz del Evangelio , que se nos manifiesta de todos modos , no se advierte siquiera un error tan grosero , como aquel tiempo de corrupcion y de tinieblas. No es posible que á nadie se le ocurra , si no es un insensato, pretender que la impureza no es pecado. Pero ¿qué se hace cuando domina este vicio ? se procura atenuar por lo menos su enormidad : se conviene en que las faltas de esta clase constituyen en pecado al que las comete ; pero que estos pecados no son muy graves , no son pecados que merezcan una pena eterna ; no son de aquellos á los cuales la bondad de Dios rehuse el perdon : son debilidades , miserias humanas, fragilidades que mas bien se escapan al hom-

(1) In Cap. v, Ephés.

bre que no buscadas con estudiada malicia. Sobre tales principios descansa la indiferencia con que es mirado este crímen el mas vergonzoso en el fondo, el mas pernicioso para el el alma cristiana, el menos digno de perdon con estas circunstancias y el menos perdonado en el tribunal del soberano Juez de nuestras acciones.

LECTURA X.

Es muy perjudicial para la salvación hacer poco caso del vicio de impureza.

Sin extralimitarnos en ese punto de moral, no se puede dejar de convenir que un hombre voluptuoso, aunque se halle exento de todo otro vicio, no sea por la sola razon de ser voluptuoso, un gran pecador, y que no corra un manifiesto peligro de perderse eternamente. La desgraciada historia de Samson nos suministrará las pruebas de esta verdad. Samson, prometido á sus padres por un milagro, consagrado á Dios desde su infancia y elegido por él para ser el libertador dc su pueblo; Samson, despues de haber destrozado leones, derrotado un ejército entero con la quijada del animal mas despreciado, roto las ata-

duras con que creian haberle sujetado, se ve entregado por una mujer á los Filisteos, que le arrancan los ojos y le hacen dar vueltas á la rueda de un molino, como si fuese una bestia de carga; y ¿cuál es el fin de sus miserias? Perece bajo los escombros de una casa de la cual conmueve y derriba él mismo las colunas. En tan estraño destino teneis la figura de la deplorable suerte de una infinidad de cristianos sensuales. Despues de haber nacido milagrosamente por medio de las aguas del bautismo, despues de haber sido elegidos por Dios para ser santos, despues de varios combates y otras tantas victorias, alcanzadas contra el enemigo de su salvacion en el tiempo de su inocencia, se entregan á la *concupiscencia de la carne*, mas pérfida que Dalila, pierden su primitiva fuerza, su libertad, su gloria; ciegos por su pasion, se rebajan hasta la condicion de bestias, y mueren, por fin, hundidos bajo el inmenso peso de su pecados, que en un instante les precipitan en los infiernos.

Pero, consideremos mas en particular, en la desdicha de Samson, tres circunstancias que

nos representan toda la desgracia del voluptuoso. Samson, preso por los Filisteos, fué ante todo cargado de cadenas, en seguida le arrancaron los ojos, y por fin, sepultado bajo las ruinas que él mismo habia causado. En primer lugar, el voluptuoso está cargado de tantas cadenas, cuantos son los pecados que tiene en su conciencia, y por aquí llega á ser esclavo, no de algunos hombres crueles, sino del mismo demonio. Para comprender la dureza de tal esclavitud, es necesario comprender hasta donde alcanza la fuerza de una costumbre viciosa. Cuando se dice que la costumbre es una segunda naturaleza, no se dice aun lo bastante, porque la costumbre puede vencer y cambiar la naturaleza. Nada hay mas contrario á la naturaleza que el veneno, y sin embargo sabemos que existen personas que lo toman sin peligro alguno, porque se han acostumbrado á ello poco á poco y por grados. Sea de esto lo que fuere ¿quién negará el inmenso poder de una costumbre cuando, léjos de oponerse á la naturaleza, obra de concierto y se liga, digámoslo así, con ella? El que tiene fuerzas para arrojar

al aire una piedra contra su natural tendencia, de seguro que las tendrá mucho mayores para precipitarla en un abismo donde tiende por su propio peso. El hábito del vicio, generalmente hablando, ya muy fuerte por si mismo, recibe nuevas fuerzas aun por la inclinacion natural; ¿qué no será, pues, la de la impureza? No es fácil expresar de que modo tan estrecho está pegada al alma y hasta que punto la tiraniza; porque las dos cosas que mas contribuyen á formar una violenta costumbre, á saber la naturaleza y el número de actos, se encuentran sobre todo en este vicio. Es cierto, segun confiesan los mismos voluptuosos, que un solo exceso en esta materia basta ordinariamente para llevar consigo el hábito. Se diria que es como un leon, despues de haber gustado una vez la sangre humana; queda tan sediento, que ya no se atreven á fiarse de él, por mas domesticado que hubiese sido anteriormente. Pues, si un pecado, cometido una sola vez, puede imprimirnos un hábito ¿qué ascendiente debe de tener cuándo se ha cometido con frecuencia? Ese pecado en que se recae siempre es aquel

de que habla el apóstol san Pedro en su segunda Epístola : *Tienen los ojos llenos de adulterio y de un pecado que no cesa jamás.* (1). Es decir, que á una infancia corrompida, como desgraciadamente es muy frecuente , sucede una juventud desenfrenada ; á una juventud desenfrenada, una edad madura peor aun, y á todo esto una vejez, mas bien abandonada por el mismo pecado , que por ella misma. La misma idea tenia sobre este punto, el santo Job : *Los desarreglos de su juventud*, dice, *penetrarán hasta sus huesos y le seguirán hasta en el polvo del sepulcro* (2). Añadamos que en ese pecado, en que el culpable cuenta que no hay mas que uno , el ojo de Dios vé que contiene otros muchos. Para satisfacer su pasion y para seducir su objeto ¿ cuántos pensamientos , deseos , discursos y proyectos ? ¿ cuántos medios, intrigas , tentativas, solicitaciones ? Nó, el autor de tan monstruosa reunion de crímenes no conoce el número. «¡Oh! ¡ qué imperio tiene sobre el alma ese pecado, que la naturaleza y la costumbre , reunidas,

(1) 2 Pet., II, 14. (2) Job. II, 20.

aumentan y fortifican mas y mas ! » (1), dice san Agustin.

Por lo demas, se pretende en vano autorizar tales excesos, llamándolos sencillamente fragilidades inseparables de la humanidad. Esta ilusion es obra de la refinada malicia del espíritu de mentira, que procura siempre apartarnos todo pensamiento, toda esperanza, hasta la posibidad misma de una conversion á Dios por medio de la penitencia. Os excusais alegando que sois naturalmente frágiles; pero ¿ no se os ha dado la gracia con el bautismo ? Desde aquella época ¿ ha dejado por ventura de preveniros ? ¿ no os ha acompañado, sostenido, iluminado, fortificado ?. Sois naturalmente frágiles; pero ¿ habeis dejado de participar de los santos misterios de la Iglesia, de los Sacramentos, fuentes de gracia para sus hijos ? ¿ no os habeis alimentado con el *pan de los fuertes* en el augusto sacramento de la Eucaristía ? ¿ no habiais recibido otra vez en él poderosos socorros contra el mundo, contra la carne y contra el demonio ? Sois naturalmente frágiles : sabed, pues, que cual-

(1) Aug., lib. LXXXIII.

quiera que peca por hábito, no es por fragilidad, sino por malicia que peca. En efecto, se peca con pleno conocimiento, con deliberacion, con libertad, en una palabra, con todas las circustanstancias para ser juzgado culpable ante Dios y ante sus ministros, y hasta en el tribunal de su propia conciencia. Seáme lícito aducir una comparacion familiar: Si un criado rompia todos los dias algunos muebles preciosos, por falta de cuidado en su manejo, y aun buscando la ocasion de romperlos, que se complaciese en ello, que se vanagloriase ¿le serviria de algo excusarse en la fragilidad de esas cosas de tanto precio? El voluptuoso, léjos de velar sobre sí mismo, desea, busca y se proporciona la ocasion de caer; se aplaude á sí mismo, se vanagloria de una vida, en que no hay dia que no esté señalado por mas de un crímen, y á menudo por mas de una infamia: le conviene, pues, mucho decirse á sí mismo, para distraerse, y á los ministros de Jesucristo, para disculparse, que solo cae por fragilidad. Esclavo de la impureza, que quisierais por lo menos paliar la malicia, escuchad el reproche que el Señor

os dirige por uno de sus profetas y que os llenará de confusion en el inevitable dia de sus venganzas : *Habeis cometido una infinidad de crímenes , y os habeis entregado á ellos con todas vuestras fuerzas.*

Pasemos á la segunda circunstancia de la desgracia de Samson, que es que los Filisteos le arrancaron los ojos. Este es el segundo grado de desdicha del impúdico ; la pasion le ofusca el espíritu. Es verdad que no hay pasion alguna que no eclipse en algun modo la razon ; pero la impureza tiene aun algo peor; extiende sobre su mente tan espesas tinieblas que le ofuscan por completo perdiendo todo su uso , segun opinion de santo Tomás : *In nullo procedit secundum judicium rationis.* El orgullo y la avaricia, esas dos otras concupiscencias , escuchan por lo menos la voz de la razon, aunque no la sigan ; pero la impureza es sorda á esta voz , al igual que las bestias, á las cuales nos asemeja , añade el Ángel de la Escuela. El Profeta-Rey, despues de haber experimentado los extraños efectos de esta pasion, los expresa en estas breves palabras : *mis iniquidades me han envuelto ;* y hé aquí

los lazos que retienen al voluptuoso en la servidumbre : *esas iniquidades no he podido verlas ;* hé aquí la ceguera en que cae el voluptuoso. No solamente no vé , sino que casi no puede ver , porque la luz de la razon y de la fé están como apagadas en él. Así es que vive tan tranquilo en su estado , como si no existiese para él ni el cielo para esperar , ni el infierno para temer : *La impureza le ha hecho perder el buen sentido* (1), dice el profeta Oseas. ¿ Cuánto tiempo estuvo David, ese virtuoso príncipe , sin reconocerse despues de haber sido adúltero ? pasó un año y otros muchos hubiera estado sepultado en las tinieblas, si Dios no le hubiese abierto los ojos por el ministerio de un profeta. ¡ Pasion terrible la que causa tal ceguera ! ¿ Qué, ese hombre formado segun el corazon de Dios , acostumbrado á poner todas sus delicias en la meditacion de las cosas del cielo ; ese depositario de los mas ocultos secretos de la Divinidad, apenas ha cometido un crímen de impureza que le abandona toda su virtud, olvida el poder de un Dios vengador, de quien dependen

(1) Os., IV, 11.

su vida y su eternidad, y se halla como incapacitado hasta de recordar el nombre y la presencia de su Dios ?

La última circunstancia que completa, digamóslo así, la desdicha de Samson, consiste en haber sido aplastado bajo las ruinas de un edificio que él mismo destruye. Aun en esto se le asemeja mucho el destino del voluptuoso, con esta diferencia, que el uno sucumbiendo triunfa de los Filisteos, y que el otro pereciendo es objeto eterno de triunfo para los enemigos de su salvacion. Porque, tan larga série de crímenes ¿ en qué debe terminar, sino á morir en pecado, á caer bajo la potestad del espíritu inmundo para servirle para siempre jamás de trofeo y para ser atormentado por los mas acerbos tormentos ? En efecto, es muy cierto que, si la muerte sorprende de repente al voluptuoso, el infierno es en seguida su eterna morada. Sin embargo, sin hablar de la incertidumbre de la muerte, cosa comun á todos los hombres, corre el impuro mayores probabilidades de muerte repentina que los otros : la arriesga por su parte, porque para satisfacer su violenta pa-

sion, es capaz de exponerse á todos los peligros; la arriesga por parte de otros, porque los celos ó el furor de un rival procurarán suplantarlo, á expensas de su vida, si es necesario—hechos trágicos, de que tenemos, por desgracia, demasiados ejemplos;—la arriesga de parte de Dios, cuya misericordia ultrajada reclamará por fin la justicia, para castigar con muerte repentina un hombre, á quien mas larga vida solo serviria para multiplicar sus crímenes y sus escándalos.

LECTURA XI.

Continuación de la precedente lectura.

Una muerte repentina, imprevista y ordenada de Dios para castigar ciertos crímenes, no es tan raro como se piensa; pero como se ignora la causa verdadera de tan funesto fin, cuando la mano de Dios castiga algun culpable, se cobra ánimo y nos imaginamos que no morirémos del modo que tantos otros. Concederémos, pues, al voluptuoso todo el tiempo que quiera para preparar su conversion, con la cual cuenta, pero no está decidido á principiarla aun. ¿Trabajará para convertirse én buena salud? Rodeémosle de de circunstancias favorables á su intento; un patético discurso de un ministro del Evange-

lio, que ha penetrado hasta el fondo de su alma; un secreto movimiento de la gracia que le impulsa á no diferir por mas tiempo su conversion; el recuerdo de una terrible enfermedad, en que se ha visto sumergido á causa de sus desórdenes, y que le ha puesto al borde del sepulcro; un vivo temor del infierno que se apodera de él y que le presenta los abismos abiertos á sus piés y pronto á tragárselo. Pero, la cadena que le oprime es demasiado fuerte para romperla; la ceguera demasiado profunda para curarle y excesivamente viejo y violento el hábito, orígen de de una y otra! una muerte triunfante libertó á Samson de sus males; al contrario, una muerte criminal arrancará al voluptuoso de su miserable estado. Movido ya por causas semejantes á las que le impulsan hoy dia, ha intentado varias veees sacudirse tan vergonzoso yugo, pero sin resultado. Con frecuencia ha interrumpido el curso de su pasíon, por medio de confesiones acompañadas de lágrimas y gemidos, mas al poco tiempo el soplo de la tentacion le ha empujado, ha sucumbido y la costumbre ha vuelto á dominarle.

El principal obstáculo, si hemos de creerle en algunas ocasiones, no consiste en retornar sinceramente á Dios, sino en no reincidir á su pecado; he aquí lo que no puede prometerse de su fragilidad. Mas ¿qué digo? todo le pronostica inmediatas y frecuentes recaidas, su inclinacion al mal, fortificada por el hábito; y las ocasiones de recaer siempre mas delicadas y mas peligrosas con respecto á su disposicion personal. ¿Qué partido tomar? *Se entregará á los deseos de su concupiscencia con la esperanza de dominarlos.* Esta conducta ¿no es un presagio cuasi cierto de morir en pecado, sea la que fuere la hora en que muera el voluptuoso? ¡Ay! morirá como ha vivido, pegado á su pasion, obcecado por su pasion, hundido bajo el peso de su pasion.

Aprovechemos de todo esto dos importantes verdades: la primera, que el voluptuoso por costumbre es en realidad un gran pecador, con respecto á la multitud, á la malicia y á la enormidad de sus faltas. La segunda, que rara vez llega á ser un verdadero penitente, porque es muy raro que odie sinceramente su pecado cuando se acusa, ó bien que per-

severe por mucho tiempo en el aborrecimiento que habia concebido. Porque ¿qué medios emplean esos pecadores por costumbre, hablando en general? No emplean ninguno, ni para curarse, ni para conservar la salud; tienen aprension á todo, y evitan ordinariamente aquellos ministros de la Iglesia, que serian los mas hábiles médicos de su alma, y buscan otros que mas bien conservan sus llagas que no las curan. ¿Hay cosa mas lamentable, exclama san Agustin á este propósito, que no tener compasion de sí mismo en su propia miseria? Si no sois sensibles á vuestros males, hombres sensuales, si no practicais los debidos medios para evadiros, si no comprendeis en qué peligro tan manifiesto se halla la salvacion de vuestra alma, no hay otra diferencia entre vosotros y el impío sino que éste no se acuerda de la eternidad. Habria remedio para vuestros males, si los detestaseis mas que todas las cosas del mundo; y ¿cómo llegareis á hacerlo, si continuais llamándolos fragilidades y miserias perdonables?

LECTURA XII.

Remedios contra el vicio de impureza.

La oracion es el primer remedio contra el vicio de impureza. Es necesario pedir con insistencia al Espíritu Santo las luces necesarias para conocer claramente la magnitud de este pecado á fin de tenerle un grandísimo horror, y de renunciar á él para siempre: *Despues de haberme abierto los ojos, Señor, he quedado confundido, avergonzado y he hecho penitencia.* Porque, si Dios no nos manifiesta la enormidad de un crímen, y principalmente del de impureza ¿qué motivo puede movernos bastante para aborrecerle como un veneno que mata nuestra alma, como un odioso mónstruo cuyo aliento nos causa la muerte? Durante el tiempo que la pecadora Magda-

lena no estuvo iluminada con las luces de lo alto, lejos de detestar sus descarríos se creia feliz en medio de ellos; pero, apenas se manifiesta á su espíritu un rayo del cielo, quedan disipadas sus tinieblas: reconoce al punto todo el oprobio de su comportamiento; viene sin tardanza á arrojarse á los pies de Jesucristo y los inunda con sus lágrimas; hace una confesion humilde y sincera de sus faltas; pide perdon, sin pensar siquiera en el *qué dirán* los que presencian este sorprendente espectáculo; y comienza desde entónces una penitencia que solo termina con sus dias. Esta luz, que recibió Magdalena, Dios la comunica tambien á sus santos, para demostrarles toda la fealdad del pecado, y, aun mas, del pecado de impureza. El espíritu inmundo que respetaba en algun modo la virtud del jóven Javier, mientras velaba, le representó durante el sueño una imágen obscena: entónces Javier, acostumbrado á detestar toda impureza por la horrorosa idea que Dios le habia inspirado, se rompió una vena con el esfuerzo que hizo para sacudirse el objeto que le importunaba. Santa Francis-

ca, llena del mismo horror hácia tan abominable vicio, creyó morirse de dolor cuando le advirtieron que acababa de pasar por una calle de Roma en donde existia una casa de prostitucion. Solo una extraña ceguera, propia de la impureza, puede ocultarnos la fealdad y la abominacion de ese crímen; sin esto nos pareceria *execrable*, como le llama el profeta Ezequiel (1).

El segundo medio para remediar la impureza consiste en dominarse, con los auxilios de la gracia, haciendo las caidas menos frecuentes sobre todo en las faltas mas graves. Los que están acostumbrados á trabajar en las minas dc azufre, apenas perciben tan fuerte olor; pero, si vuelven al mismo trabajo despues de haberlo abandonado por algun tiempo, comienzan á percibir la infeccion, de que no se daban cuenta. Lo mismo acontece con el voluptuoso en medio de sus excesos, no siente los horrores, que causan á las almas castas; pero que se abstenga por algun tiempo y empezará á notar la abominacion. La dificultad, dicen, consiste en suspen-

(1) Ezech. xxii, 13.

der la corriente de sus faltas, en romper la costumbre inveterada que es el principio. Para circunstanciar el remedio que proponemos, es necesario comparar al voluptuoso por hábito, al paralítico de treinta y ocho años que curó el Señor; y, por el modo con que el Hombre-Dios operó la curacion, aprenderémos lo que debemos practicar para obtenerla tambien nosotros.

Jesucristo pidió, en primer lugar, al enfermo extenuado despues tantos años, *si quiere curar* (1), primera disposicion para recibir la salud del alma, quererla verdaderamente. Que se pregunte á esos vagabundos de profesion, que sacan de los fieles limosnas fijas y regulares y que les constituyen una especie de renta, si quieren que se les cure sus llagas, contestarán inmediatameute que no, con tal que digan lo que sienten; porque sus llagas son un recurso, que no pueden suprimir, puesto que sin ellas no hallarian modo de vivir en libertad. Lo mismo sucede á corta diferencia con los voluptuosos por costumbre: temen ser curados

(1) Joan. v, 6.

de sus llagas, es decír, quedar privados de sus infames placeres. Por eso, Agustino, embebido en sus disoluciones, sentia que la gracia no le arrancaba desde luego. ¡Léjos de anhelar su curacion, la temia, ó Dios mio, soberano médico de nuestras almas! Vosotros, pues, cualesquiera que seais, si os resta algun sentimiento de piedad hácia vosotros mismos, excitad en vuestro corazon un sincero deseo de ser curados de la lepra del pecado que lo ha corrumpido; considerad que sin querer exagerar, os hallais en el mas deplorable estado en que puede encontrarse un cristiano en este mundo; meditad seriamente que vivis con la costumbre de un pecado que tal vez ha llenado de tantos hombres el infierno como lo llenó el orgullo de ángeles rebeldes. Sí, exceptuados los niños, pocos son los adultos que se salvan por causa de la impureza, segun opinaba un santo arzobispo de Reims.

Jesucristo dijo en seguida al enfermo de la piscina: *Levántate:* Esta expresion es el símbolo de la segunda diligencia que debe practicar el pecador para la salvacion de su alma:

Levantaos , es decir, apartaos del seno de los millares de peligros que os rodean, abandonad esas conversaciones, esas lecturas, esos paseos, esas compañías, esa ociosidad, ese sensualismo, esas comodidades, esas fiestas, esas reuniones peligrosas. Pretender ser curados sin huir de todos estos incentivos de la concupiscencia, es pretender estar al abrigo de la peste, viviendo en medio de los apestados. La impureza es un contagio; el soberano remedio contra ese mal es la fuga, el alejamiento, y ciertas precauciones, que parecen demasiado severas, son para algunos de absoluta necesidad. Sin alejarse de los objetos que le seducen, sus sentidos le arrastrarán hácia ellos, y no le permitirán pensar en otra cosa que en los placeres que se ofrecen á su vista. El hombre que se halla sentado en una mesa en que abundan los mas esquisitos y sabrosos manjares, solo se ocupa de las delicias de que gusta, y olvida, ordinariamente, la resolucion que habia tomado de comer poco; pero colocad al mismo hombre en una mesa frugal y observará fácilmente el propósito que habia formado. Así es que el peligro

causa en todas los casos la pérdida del que le busca.

Jesucristo mandó, en tercer lugar, al enfermo que se llevase la cama. La cama, en que sufria tantos dolores el paralítico que no le dejaban un momento de reposo, es la figura del *cuerpo del pecado*, de que habla el Apóstol, y en que el alma, agitada por una pasion cualquiera, pero sobre todo por una pasion impura, está siempre inquieta y penando. Se trata, pues, de arrancar de tan vergonzosa sujecion á ese miserable cuerpo, si queremos que el alma goze del reposo y de la tranquilidad, que es el principío de la salud. Pero ¿cómo sustraerse del yugo de esa masa importuna, como la llama san Agustin? La mortificacion, la abstinencia, el ayuno, la lismosna, la caridad y la oracion, con la frecuencia de sacramentos, son remedios apropiados para calmar y curar el alma que se halle atormentada desde largo tiempo por la carne rebelde. La ocasion, puede llamarse la madre que produce este mónstruo de la impureza, y la intemperancia su nodriza que le conserva y acrecienta sus fuerzas con

el exceso en la comida y en la bebida. Refiere san Agustin que en su tiempo, pasaban dos y tres dias sin tomar alimento, no solo hombres de complexion débiles, sino y tambien muchas jóvenes delicadas (1); y actualmente por cualquier pretexto se prescinde del ayuno preceptuado por la Iglesia, ó bien, caso de observarse, se procura endulzarlo de tal modo que se puede decir con el mismo san Agustin: Esto no es penitencia; es si variar de placer, indemnizar la carne de lo que la Iglesia le quita, y de ningun modo mortificarla. ¿Es, pues, estraño que se encuentren hoy dia en el Cristianismo tantas almas impuras que le deshonran, como habia antiguamente de castas que constituian su ornamento y su gloria? No hay comida, en casa de infinitas personas, que no sea un festin en que todo concurre á fomentar las pasiones, que no sea una fiesta casi igual á la de Holofernes, de Baltasar, ó de Herodes. ¿Cómo es posible que la carne se sujete al espíritu, y que, hundida en las delicias no arrastre consigo el espíritu? ¿Puede adqui-

(1) Lib. de Morib. Eccles.

rirse la pureza sin mortificar el cuerpo de una ú otra manera? El Apóstol san Pablo, á pesar de los trabajos, fatigas y penas de su apostolado, no creia segura su salvacion si no castigaba su cuerpo para vencerle y reducirle á su servicio: *Trato con rudeza á mi cuerpo y lo tengo reducido á servidumbre, por temor de que mientras predico á los demas, quede yo reprobado* (1). Es una locura imaginarse que es posible salvarse confesando una que otra vez sus iniquidades en el tribunal de la penitencia, y esperar, por fin, ser casto sin denegarse las dulzuras, las comodidades y las delicadezas de una vida afeccionada y sensual. La sabiduría, que las sagradas letras no distinguen de la virtud, no se obtiene por esa conducta del todo carnal: *¿dónde hallaremos la sabiduría?* dice el santo Job, *y ¿cuál es el lugar de la inteligencia? No se encuentra ciertamente en la tierra de aquellos que viven en las delicias* (2). Hágase lo que se quiera, jamás se devolverá la primera inocencia á un alma voluptuosa, á menos de castigar el cuerpo, ora por medio de ayunos,

(1) I Cor. IX, 27. (2) Job. XXVIII, 12 et 13.

ora quitándole aquellas comodidades que mas le gustan, ora por alguna otra pena que un sabio y prudente director debe ordenar. El espíritu del siglo no hará que jamás prescriban las siguientes palabras del Salvador á propósito de la impureza: *Esta clase de demonio no se echa sino con la oracion y el ayuno* (1).

Por fin, Jesucristo dice al paralítico que ande en señal de una salud perfecta y duradera. Despues de haber recobrado la gracia que es la salud del alma, se trata de marchar en adelante por el camino de la virtud, sin lo cual la nueva vida que ha recibido no puede durar. La causa de abandonar desde luego los buenos propósitos, procede de que cuando se hace la firme resolucion de no pecar mas, no se propone al mismo tiempo ejercitarse en aquellas obras piadosas, que son necesarias para perseverar en el camino de la virtud (2). Si se tiene la mira puesta en tan santas obras, se os concederá mayor gracia, una proteccion mas especial á fin de re-

(1) Matth. XVII, 20. (2) Oraciones, frecuencia de Sacramentos, limosnas, etc.

sistir el empuje de una costumbre que de largo tiempo os combate. Elegid, pues, un confesor ilustrado, que os prescriba las lecturas, las oraciones, las prácticas de piedad y las buenas obras, que sean apropiadas á vuestra condicion y al estado de vuestra conciencia. Estos son los alimentos adecuados para conservar la vida de la gracia y para hacer progresar *el hombre espiritual* que ahora se halla en vosotros. De este modo Jesucristo podrá glorificarse en vosotros, como lo hizo con motivo del enfermo de treinta y ocho años, que curó radicalmente.

LECTURA XIII.

El cuarto obstáculo para la salvación es el orgullo.

La mas peligrosa de las calenturas á que se halla sujeto el cuerpo humano, es, sin contradiccion, la fiebre llamada maligna, porque el veneno es á la vez oculto y mortal. De la misma manera, entre todos los vicios, que san Agustin llama fiebres del alma, el mas peligroso es el orgullo, porque es un veneno igualmente dañoso y desconocido para el que está atacado. La gente del siglo, los grandes, los ricos, no se aperciben siquiera de su soberbia; están tan llenos de si mismos, que embriagados se ponen la corona

sobre su cabeza, como lo dice y se lamenta un profeta, y colocan bajo de ellos á todos los otros. ¡Ay, añade Isaias, desgraciada flor pasajera que causa su fausto y su alegría! Y ¿porqué se conducen de este modo? Porque creen que hay grandeza de ánimo en ser altanero, que es bueno parecerlo, que con esto añaden nuevo lustre á su nacimiento ó á su dignidad, y que así son considerados y respetados.

Sea como fuere ¿en qué consiste el orgullo, que aquí condenamos como un obstáculo para la salvacion? Es el amor desordenado de nuestras cualidades, que hace que nos estimemos infinitamente mas que no valemos en el fondo, y que queremos gozar de una consideracion igual á la que concebimos de nosotros mismos. Ásí es que el orgulloso solo cuida de sí mismo, solo tiene en cuenta su persona y todo lo refiere á sí mismo, como si fuese el centro de todas las cosas: «Trata, dice Filon, á sus dependientes como animales faltados de razon, sus iguales como esclavos, sus parientes como si no lo fueran, y sus compatriotas como bárbaros.» Las san-

tas letras pintan aun mejor, en la persona de Nabucodonosor, el carácter del soberbio: *Se paseaba en el palacio de Babilonia, y empezó á decir: ¿No es esta la grande Babilonia, que he constituido capital de mi reino, que he construido en la grandiosidad de mi poder y en el explendor de mi gloria?* (1). El aire altanero de Nabucodonosor, que se contempla rodeado de una brillante corte, señala perfectamente la vana satisfaccion que todo hombre soberbio encuentra en distinguirse; la complacencia que tiene de su nobleza, de su rango, de sus riquezas y de las cualidades de su espíritu. En seguida, Nabucodonosor, encantado de su grandeza, parece quedar admirado de que toda la tierra no le aplauda, y se indemniza él mismo de los elogios que ambiciona y no se le tributan. *¿No es esta la grande Babilonia, la ciudad mas magnífica y mas célebre del mundo?* El orgulloso no se contenta con admirarse y alabarse á sí mismo, si los otros no le prodigan su admiracion y sus alabanzas; la locura del orgullo va mucho mas lejos: no solo Nabucodonosor se abulta la

(1) Dan., IV, 26 et 27.

verdad para tener motivo de envanecerse mas, sino que se atribuye hasta aquello que sabe que no le pertenece, pues se dice el fundador de Babilonia, que solo ha ensanchado despues de haber sido construida por Belo *¿No es esta la gran Babilonia que yo he fundado?* Todos los espíritus vanos imitan aun bajo este punto á Nabucodonosor, poco satisfechos de estimar en mucho sus acciones, las exageran por medio de falsedades y quimeras; se glorian de hechos que solo existieron en su imaginacion; se alaban de haber procurado favores, empleos, colocaciones y dignidades, á pesar de saberse que no tuvieron parte alguna en todo esto. Pero el colmo de la extravagancia en Nabucodonosor, consiste en creerse el único autor del supremo poder en que se imagina elevado: *Soy yo que la he construido con la grandeza de mi poder y en el explendor de mi gloria.* Todos los orgullosos, lejos de referir á Dios la gloria de su nacimiento, de su elevacion, de sus bienes, y de su mérito, sea el que fuere, se lo atribuyen á sí mismos: *Soy yo que la he construido.* Débese cuanto tienen á su industria ó á sus

talentos y á su fortuna. Estos insensatos no piensan que sin la omnipotente mano del Señor, se hallarian aun sepultados en la nada, como muchísimos otros millones de seres, que no saldrán jamás, ó que solo saldrán cuando lo juzgue á propósito para su gloria.

LECTURA XIV.

El orgullo es muy perjudicial para salvarse.

El orgullo lleva consigo toda clase de pecados, y es un obstáculo á toda clase de gracias. Este vicio domina en el corazon del hombre de dos maneras: ó bien ha llegado al punto de disputar y de negar á Dios mismo el imperio que tiene sobre nosotros, como el impío de que hablan los libros santos: *Yo no obedeceré;* en cuyo caso seria el pecado de Lucifer, el mas monstruoso de los pecados: ó bien el orgullo no ha llegado á tal extremo, como sucede comunmente, y entonces, aunque no sea un pecado grave, conduce fácilmente á toda especie de pecado. Es como una

serpiente, cuyo cuerpo todo entero pasa luego por el punto en que se deslizó la cabeza: cuando el orgullo se ha insinuado una vez en el corazon, todos los pecados siguen el camino que aquel les ha trazado. *El principio de todo pecado*, dice el Eclesiastes, *es el orgullo; el que se apega á él será cubierto de maldicion, y por fin encontrará en él su ruina* (1). Y ¿cómo es que el orgullo es el principio de todo pecado? Consiste especialmente porque Dios castiga y corrige el alma soberbia permitiendo que caiga en toda clase de desórdenes.

Para no entrar en pormenores demasiado extensos sobre esta materia, nos limitaremos á los dos pecados que mas dominan entre los cristianos, y que son como los frutos mas ordinarios del orgullo. El uno se relaciona con las costumbres, y es la impureza, el otro se refiere á la fé, y es el error. En cuanto á la impureza, el profeta Daniel la representa como una consecuencia natural del orgullo; en el capítulo once en que se habla de los crímenes del Antecristo, dice: *Se levantará y*

(1) Eccles., x, 13.

llevará el fausto de su orgullo contra todas las cosas, y se abandonará á todas las voluptuosidades (1). Estas palabras marcan una relacion sensible entre la hinchazon del corazon y el espíritu de libertinaje: *Se levantará y se abandonará á todas las voluptuosidades;* y el soberbio, llegando á ser vuluptuoso, no se limitará á un solo objeto, se prostituirá á todos: *Se abandonará á todas las voluptuosidades.*

El error es otro mónstruo, que produce el orgullo. Echemos una mirada sobre el mundo cristiano, dice el doctor de la gracia, y observemos cuantas sectas diferentes desgarran el seno de la Iglesia y se desgarran entre ellas. Esas diversas furias, que siembran la discordia en diferentes lugares, no tienen mas que una comun madre que las ha dado á luz, y esta madre es el orgullo (2).

Recórranse las páginas de todos los libros que tratan de las heregías, y no se hallará una sola que no haya sido obra de la presuncion, y que una terquedad altanera no la haya sostenido contra todos los rayos de la Iglesia.

(1) Dan., xi, 36 et 37. (2) D. Aug., lib. de Pastor.

En efecto, existe tal oposicion entre el orgullo y la fé, que parece imposible que subsistan juntos en un mismo corazon. Esto venia á decir Jesucristo á los Fariseos, segun esas palabras de san Juan: *¿Cómo podeis creer vosotros, que buscais la gloria que os tributais los unos á los otros, y de ninguna manera la que procede de solo Dios?* (1) Únicamente reprende á los Fariseos buscar la gloria, y ese amor de la vanagloria es juzgado por el Salvador como un obstáculo en cierto modo insuperable para creer. ¡Ah! ¿qué perjuicios ocasiona á la fé el insoportable orgullo de muchos cristianos, que un ligero punto de honor encarniza con frecuencia unos contra otros, á costa del mismo honor y de su propia vida? Sí, es por desgracia demasiado cierto que este vicio arrastra consigo toda clase de delitos.

Veamos ahora de que manera el orgullo incapacita al hombre para toda clase de gracias. No se ignora que es de fé que no podemos concebir siquiera por nosotros mismos un solo pensamiento, formar un solo deseo,

(1) Joan., v, 44.

pronunciar una sola palabra que sea agradable al Señor, y que el socorro de la gracia debe ser el principio de todo acto para que le sea agradable. Con mayoría de razon, pues, nos es necesario este socorro para detestar el pecado sobre todos los males y para amar á Dios sobre todos los bienes. Y esta gracia toda divina, sin la cual no puede operarse la obra de nuestra salvacion ¿podrá ser para los espíritus soberbios? O bien no se les dará por causa de su orgullo, por ser un especial beneficio; ó bien la recibirán en un grado tan débil que no sacarán provecho alguno para salir del pecado durante su vida, y para merecer en la hora de su muerte una eternidad dichosa. Porque es necesario que nos dediquemos á comprender muy bien esta importante verdad. La gracia del Salvador es una gracia de humildad; una gracia de humildad en su principio, que es la cruz sobre la cual Jesucristo, humillándose hasta la muerte, nos ha merecido ese inapreciable don; una gracia de humildad en sus efectos, que son de humillarnos para glorificar al Señor; de humillar nuestro espíritu por una

sumision ciega á los mas incomprensibles misterios de la fé ; de humillar nuestra voluntad por la práctica de las obras cristianas , que son las mas contrarias á la naturaleza. Si no somos, pues, humildes ante Dios, no esperemos que nos conceda las gracias, que solo ha destinado , la fé nos lo enseña, á los pequeños: « Sus gracias, dice san Agustin, son influencias celestiales que únicamente caen en los valles, es decir, en las almas humildes.»

Por lo demas el orgullo, no solo se opone á la gracia en un corazon en que no se halla, sino que la borra y la destierra de aquel en que se encuentra : es decir , que un hombre, rico en obras santas y en virtudes , apenas se llena de amor propio que al punto se hace pobre y miserable á los ojos de Dios. « Es, dice un célebre escritor , como una vana paloma, que el ave de rapiña la arrebata, mientras se complace en admirar la hermosura de su plumaje. » (1) ¡ Ay ! ¡ en qué estado se hallan hoy dia esas dichosas comarcas en que reinaba antiguamente la religion y la piedad ! ¡en

(1) Pic de la Mirand., lib. x, cap. 36.

qué estado se hallan estos vastos desiertos, que contenian tantos santos, como eran los cristianos que habitaban aquellas soledades! Allí reina hoy dia la infidelidad, y las buenas costumbres perecen con la fé. ¿Cómo se ha operado tan espantoso cambio? Estas naciones se habian entregado completamente al orgullo. Por lo que á nosotros hace, admirados de tan horrendo castigo, escuchemos el consejo que nos dá el Espíritu Santo: *No permitais jamás que el orgullo domine en vuestros pensamientos, ó en vuestras palabras; porque todos los males principiaron por el orgullo.*

LECTURA XV.

Remedios contra el orgullo.

Es muy extraño que el vicio mas comun entre los hombres y el mas arraigado en su corazon sea precisamente aquel que menos deberia dominarle. No siendo el hombre por sí mismo otra cosa que miseria y pecado ¿en qué puede fundar su orgullo? Sin embargo, este vicio, que no tiene fundamento alguno, no puede destruirlo el hombre por sí mismo, y si pretendia alcanzarlo seria el mayor grado de orgullo. Es necesario, pues, recurrir humildemente al Señor, á ejemplo del sábio, que pedia que toda señal aun de altanería le fuese arrancada. No permitais, Señor, que reste en mí el menor vestigio, el menor pen-

samiento, el menor sentimiento de orgullo: dignaos concederme vuestra santa gracia para combatir y domar ese mónstruo que vos detestais, para arrojar léjos de mí esta raiz de todos los vicios; y para garantirme contra ese veneno contrario á todas las virtudes.

Es necesario atacar en seguida este vicio por sus principios, que son, la alta idea que tenemos de nosotros mismos, y el deseo de ser estimados de los otros por razon de esta misma alta idea. ¿Qué es este hombre? ¿qué es la gloria que busca? El conocimiento de una y otra hará avergonzarnos de nuestra vanidad y de nuestra locura: *En verdad, todo hombre que vive sobre la tierra y todo lo que hay en el hombre*, dice el profeta-Rey, *no es mas que vanidad. Pasa como un sueño, y es muy en vano que tanto se mueva y tanto se agite* (1). Segun el santo Job: *El hombre, nacido de mujer, vive muy poco tiempo, y está lleno de muchísimas miserias. Nace como una flor, que aun no está abierta ya es hollada por por los piés; desaparece como una sombra, y jamás se halla en el mismo estado* (2). Siendo

(1) Ps. XXXVIII, 6 et 7. (2) Job. XIV, 1 et 2.

de notar que los libros santos definen á todo hombre sin excepcion : el emperador, el monarca, el súbdito, el rico, el pobre , el sábio, el ignorante, todos , por fin. No hay que dudarlo, el hombre en cualquiera situacion que se halle, ya sobre el trono, ya en el polvo, no es por sí mismo mas que vanidad, debilidad, tinieblas , miseria. Todo lo que le rodea , riquezas, honores, reputacion , no puede cambiar la bajeza de su orígen. ¿ En qué se funda pues, su orgullo ? no está fundado en nada.

Considerémos ahora al hombre como pecador. ¿ Qué es para tener la audacia de glorificarse ? ¿ Le compararémos con lo que hay de mas abyecto, con el gusano de tierra, con un vil insecto, con el reptil mas despreciable, con el estiércol , con el cieno , con la nada ? Es todo esto, y aun peor que todo esto , porque es peor que la misma nada , de que ha salido. Es un nada , hoy dia , ensoberbecido, rebelde á su Criador, condenado al fuego y á los castigos eternos , por haber usurpado insolentemente la gloria debida al soberano Sér. Tal es la idea que Dios y sus santos tienen del hombre pecador ; tal la suerte que mere-

ce y que le está señalada. Así es que de cualquier lado que nos examinemos, solo vemos motivos reales de humillarnos y ni un solo pretexto para ensalzarnos.

Con respecto á la estimacion de los hombres, que tanto buscan las almas vanas, es, de una parte, un fruto prohibido en la práctica de las obras cristianas, y, de otra, es indigna de nuestros deseos y de nuestros cuidados. Primeramente, Dios, en el comercio que su bondad ha establecido entre él y nosotros, se ha reservado con justicia el honor del bien que hacemos, ayudados de su gracia, mientras que nos deja todo el provecho para alcanzar un dia la inmortalidad gloriosa que nos ha preparado. Quitarle este honor, es una usurpacion de su propio bien, un atentado contra su dominio soberano, una audacia que no podria dispensarse de castigar sin renunciar á sus derechos sobre sus criaturas. Desgraciado, dice Jesucristo, el que desea la estima de los hombres y la obtiene. En segundo lugar, esta gloria mundana, cuyo deseo ofende sensiblemente al Señor ¿qué tiene para llamar toda nuestra atencion? Es

una gloria frívola por cualquier lado que se examine, lo que vamos á hacer para despreciarla como se merece.

1.° Es frívola en sí misma, porque nada puede añadir á lo que somos, ni tampoco quitar.

2.° Es frívola respecto de aquellos de quienes procede. La recibimos de los hombres; de hombres que comunmente no pueden formarse una idea justa de nosotros, y que aun conocen menos el verdadero precio de cada cosa.

3.° Es frívola, porque aquellos mismos que nos alaban, á menudo no nos aprecian mas por esto, ó bien no nos conservan por mucho tiempo su afecto, que el mas ligero descontento convierte en desprecio.

4.° Aunque fuésemos siempre estimados de los hombres, esta gloria tambien seria frívola, porque desaparece con nosotros, ó bien no podemos sentirla por mas que nos sobreviva. Toda nuestra vida, comparada con la eternidad, no llega á un punto; y ¿ compraríamos una gloria de tan corta duracion por la pérdida de una gloria inmortal? Pero lo

que hace soberanamente despreciable la estima de los hombres, es el objeto en que la fundan la mayor parte. La colocan en la nobleza de la sangre, en las riquezas, en la fortuna, en la hermosura del cuerpo; ventajas, que vemos todos los dias sin ningun mérito, que son extrañas á la persona, y que perecerán con el tiempo: *Cuando el hombre será muerto, tendrá por herencia las culebras, las bestias y los gusanos* (1). Bajo este punto de vista es preciso mirar al hombre y todas las cosas de la tierra. Apenas se halla colocado en el sepulcro, cae la máscara que le cubria, y todo lo que tenia de relumbrante se desvanece, y no resta mas que una corrupcion que horroriza. Hé aquí el término de la gloria mundana.

Pero no es lo mas grave que el soberbio y todos sus vanos honores terminen bien pronto en un poco de polvo; el colmo de su desgracia consiste en que su orgullo acaba por la pérdida de su alma. Porque es preciso comprender una vez mas esta gran verdad del Evangelio, á saber; sin la humildad no

(1) Eccles., x, 13.

hay salvacion para el cristiano: *Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (1). Jesucristo expresa en este lugar la necesidad de ser humilde en los mismos términos que expresa la necesidad de la penitencia y del bautismo: *Si no hiciereis penitencia, perecereis todos* (2). *Si alguno no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios* (3). Así es que los santos doctores miran el orgullo como una señal evidente de reprobacion; y la humildad, al contrario, como una prenda cierta de predestinacion (4). La verdad de esas palabras de san Gregorio, se halla confirmada por muchos pasages de las divinas Escrituras, en que leemos que Dios ha reprobado tantos reyes y tantos pueblos á causa de su orgullo. En efecto, es lo mismo ser esclavo de este vicio, segun expresion de un profeta, que reconocer á Lucifer por soberano, el cual es llamado el Rey de los soberbios.

Puesto que no hay diferencia alguna entre el orgulloso y el reprobado, es necesario que

(1) Matth. XVIII, 3. (2) Luc. XIII, 5. (3) Joan. III, 5. (4) D. L., XXIV, Moral., c. 22.

aprovechemos el tiempo para desarraigar de nuestro corazon toda especie de orgullo. Apliquémonos en primer lugar, á despojarnos de la estimacion de nosotros mismos, y del deseo de ser estimados de los demás: todos somos soberanamente despreciables, y la gloria mundana lo es en igual grado. Acostumbrémonos, en segundo lugar, á no despreciar á nadie sea quien fuere. Este pobre, que ni siquiera nos dignamos mirar, tal vez nos juzgará un dia con Jesucristo, cuya persona ya representa; ese malvado que vituperamos, puede convertirse á Dios, y ser colocado en el cielo en un grado mucho mas eminente. En tercer lugar debemos prohibirnos hasta la menor complacencia sobre lo que somos, ya por nuestra dignidad, ya por nuestros talentos; deneguémonos hasta la menor aficion á todas las vanidades del siglo: *porque lo que parece grande á los ojos de los hombres es abominable á los ojos de Dios* (1). Sobre todo, no olvidemos jamás que el orgullo es el vicio que mas detesta el Señor, y que se complace *en resistir á los soberbios* (2). El mismo justo, por

(1) Luc. xvi, 15. (2) Jac. iv, 6.

poco que se deje llevar de la vanidad, tiene mucho mas que temer que el pecador humilde. Y si aun os pareciese difícil concebir bajos sentimientos de vosotros mismos y de todas las grandezas de la tierra, dirigíos á Jesus crucificado, que desvanecerá sobre este punto todas las dificultades; recordad las humillaciones, los oprobios, las ignominias, los ultrajes que sufrió; entonces os avergonzaréis de ser tan diferentes del modelo, que en esta baja tierra debemos imitar, si queremos ser sus semejantes un dia en la gloria: el orgullo de los mismos demonios se estremece al aspecto de la cruz de este Hombre-Dios: ¿y vosotros dejariais de hacerlo? nó; aunque fueseis elevados en la posicion mas grande que puede imaginarse en el mundo, deberiais decir como la virtuosa reina Ester: *Vos sois, Señor, la necesidad en que me hallo, y que en los dias, en que me adorno con toda magnificencia y con el mayor esplendor, abomino la soberbia señal de mi gloria, que llevo sobre mi cabeza* (1).

(1) Esth. xiv, 16.

LECTURA XVI.

El quinto obstáculo para salvarse es la vida ociosa y la excesivamente ocupada.

Apenas hay un término medio en la vida de la gente de mundo; la ociosidad y el agovio son dos extremos que la absorven, sin que se vea entre una y otra un tiempo señalado para dedicarse al negocio de la salvacion. A este doble desórden aluden las siguientes palabras de Jesucristo: *Porque estais todo el dia sin trabajar* (1). *Os fatigais y os abrumais con el peso de multiplicados asuntos y variados negocios; sin embargo una sola cosa es necesaria* (2). En efecto ¿cuál es la ocupacion de una parte de las personas que

(1) Matth. xx, 6. (2) Luc. x, 41 et 42.

viven en medio del siglo? Consiste en no saber que hacer, y estar siempre preparado para asirse de la primera cosa que le divierta ó entretenga. Se levantan cuando se fastidian de permanecer en la cama, y se levantan sin pensar en nada, ó sin pensar en otra cosa que en continuar y acabar el dia segun lo que se presente; si vienen visitas, se recibirán; sino vienen, se devolverán; se procurará *jugar un poco para matar el tiempo*, como se dice: se irá al paseo, ó bien se entretendrán en bagatelas, á medida que se les ocurran; prepararse despues para asistir á los espectáculos al acercarse la hora; y por la noche se queda tan contento del dia, porque ha pasado sin apercibirse; y con tan consoladoras ideas se entregará al sueño, sin pararse en nada.

No sucede lo mismo con el resto de los hombres, que componen lo que Jesucristo llama el mundo ó el siglo. Estos son los que se *rebullen en los cuidados de muchas cosas;* estas son las personas sobrecargadas de ocupaciones y abrumadas con toda clase de negocios. Las horas ordinarias destinadas al trabajo no

les bastan; tienen que emplear con frecuencia las que están dedicadas al sueño y al descanso, ó por lo menos, las reducen tanto que parece que solo se dejan ver de la mesa y ensayar si pueden descansar. Y ¿qué reposo? interrumpido sin cesar por el recuerdo de los negocios que tienen por todas partes; mas bien que reposo, podria llamarse una continuacion del trabajo. En una palabra, el cuerpo se arruina, el espíritu se gasta con mil preocupaciones excesivas; mientras que se deniega el menor cuidado, la menor idea para la salvacion de su alma. Pero, estos hombres, del todo materiales, aunque solo tuvieran un solo negocio, se hallarian igualmente agitados, igualmente inquietos: multiplicarian este solo negocio, este solo objeto con su imaginacion fecunda en proyectos, en temores, en esperanzas, en recursos, en cuidados, en precauciones, en obstáculos, en medios; no pensarian en otra cosa que en esto, solo hablarian de lo mismo, no trabajarian sino por ello. Tales son los dos extremos de la vida del siglo, cuyas consecuencias funestas vamos á poner de manifiesto.

LECTURA XVII.

La vida ociosa es muy perjudicial para salvarse.

La ociosidad, dice el Espíritu Santo, *enseña mucho mal* (1), es decir, segun lo explican los intérpretes, la ociosidad enseña toda clase de mal. En este lugar parece que el Espíritu Santo nos presenta la ociosidad bajo la idea de una escuela en que se aprende el mal que ignoramos; así como el Evangelio es, al contrario, la escuela del Salvador en donde aprendemos el bien que debemos practicar. Lo cierto es que el tentador, ese primer maestro en el arte de seducir, no tiene necesidad de tomarse tiempo para sugerir el mal á una alma ociosa; siempre la encon-

(1) Eccles. XXXIII, 29.

trará dispuesta para las impresiones que deseará causarle ¡qué digo! basta dejarla á sí misma. Inclinada naturalmente al mal, como todos, muy pronto se dirigirá hácia este lado y ahorrará al enemigo el inútil cuidado de sorprenderla. En efecto, el hombre no puede permanecer mucho tiempo sin objeto, y esta alma no tiene siquiera uno de los que piden una atencion séria y continuada. Por esto nos dice el mismo Espíritu Santo en otra parte, que *los deseos matan al perezoso, que pasa el dia haciendo castillos en el aire* (1). Esos deseos, esos castillos imaginarios, no son por cierto inocentes, puesto que matan al que no tiene otra ocupacion que formarlos. De otra parte, aun cuando nuestra inclinacion al mal no nos arrastrase naturalmente ¿no abundan muchísimo las ocasiones propias para determinarnos? Y estas ocasiones influyen mas sobre el hombre ocioso que sobre otro: las recibe, se para en ellas, porque su espíritu no tiene nada que lo distraiga, ni que le interese, y le conmueva con mas fuerza. Así es que, segun la

(1) Prov. xxi, 26.

pasion dominante, el primer objeto que la dispierta le hace concebir, sin duda, pensamientos de la misma especie, y de aquí ¡cuántos pecados! A estos pecados de pensamiento se suceden los de palabra, las quejas, los odios, las críticas, las murmuraciones, los chismes, las calumnias, los equívocos, las conversaciones libres y obcenas; porque tanto como aborrece toda ocupacion el ocioso, otro tanto busca todo recreo, y un pasatiempo cualquiera es el grande recurso contra el fastidio que le devora, cuando se halla solo.

No se limitará á los pecados de pensamiento y de palabra, y se añadirán los actos desde que espera encontrar en ellos los placeres que busca. Cuando se huye de las penalidades, se buscan naturalmente los placeres, y se aman todos con tal que no incomoden. No haciendo nada, se aprende á practicar el mal, dice un proverbio. La ociosidad condujo á todos los desórdenes á las ciudades culpables de que habla el profeta Ezequiel. Este vicio no ha cambiado de naturaleza; debe de producir aun los mismos efectos y arrojarnos en igua-

les desgracias y calamidades. Afecciona y enerva el alma de tal suerte, que cede al menor empuje de la pasion, aun cuando se sienta de veras ser tentado. La mas pequeña dificultad en la observancia de los deberes esenciales le llenará de temor, perderá todo coraje, porque es preciso violentarse para superarla, y es demasiado cobarde, excesivamente indolente para ensayarlo. A esas almas débiles, que no saben vencerse en nada, se refiere el Espíritu Santo, cuando dice: *El perezoso ha dicho: el leon se halla allá fuera, yo seré matado en medio de la calle* (1). Todo se les representa como un mónstruo, por todas partes hallan obstáculos invencibles. El colmo de su miseria se halla, en que llegan á serles impracticables las obras de penitencia, necesarias para asegurar nuestra conversion. No pueden guardar el ayuno, porque su salud sufriria grandemente; las santas lecturas, son un ejercicio insoportable, al cual no se hallan acostumbrados; la mortificacion de los sentidos, bien sea para apartar la vista de objetos peligrosos, ó ya por prohi-

(1) Prov. xxii, 13.

birse diversiones contrarias al pudor ó á la caridad cristiana, todo esto es imposible, porque seria indispensable violentarse para hacerlo, y la sola sombra de una pena les espanta. ¿Qué esperanza puede tenerse de su salvacion, que no puede alcanzarse sin la penitencia? Todos estos hombres, vacíos de buenas obras, son presa del espíritu impuro: *y toma con él otros siete espíritus, mas malvados que él, y hacen de este hombre su morada* (1).

(1) Matth. XII, 45.

LECTURA XVIII.

Remedios contra la vida ociosa.

El primero es, alcanzar á Dios, por medio de fervorosas oraciones, que se digne hacernos comprender para qué fue criado el hombre: no hay duda que nos hallamos en este mundo para aprovechar el *talento*, que nos ha confiado, y que debe producirnos bienes eternos: *Haced producir ese dinero hasta que yo vuelva* (1). O bien, en otros términos, para amar y servir á Dios en esta vida, y verle en la gloria del cielo. ¡ Qué ceguera tan grande seria la nuestra, si nos imaginásemos que nos hallamos en la tierra para vivir en la ociosidad, ó con el único y exclusivo cuidado

(1) Luc. XIX 1, 3.

de las cosas perecederas. *¡Señor, haced que conozca mi fin!* (1) Esta era la súplica del profeta-Rey. ¡Dichoso el cristiano que hace la misma súplica y es oida! ¡desgraciado de aquel que es rechazada! El servidor perezoso quedará muy luego sorprendido en el sueño de su ociosidad, y al despertarse se hallará con las manos vacías: *Cuando se adormecerá*, dice el santo Job, *no llevará nada consigo; abrirá los ojos y no encontrará cosa alguna* (2). Respecto de los demas, que, segun expresion del Profeta, andan á marchas forzadas, tambien quedarán sorprendidos, y, del torbellino de los negocios que les rodean, caerán súbitamente en las tinieblas de una noche eterna, sin haber dedicado un momento al negocio de su salvacion.

El otro remedio, despues de la oracion, consiste en examinar detenidamente el inmenso precio del tiempo. «¿Quién conoce el tiempo y sabe apreciar lo que vale? (3)» Son palabras de un pagano, que solo medía el valor del tiempo con relacion á las cosas presentes, y no con respecto á la eternidad. Cier-

(1) Ps. XXXVIII, 5. (2) Job. XXVIII, 19. (3) Séneca.

tamente, aunque se reuniesen todos los grannes génios del mundo para hacernos comprender tan precioso tesoro, no nos hablarian sino como niños que apenas saben balbucear; tampoco bastarian los espíritus celestiales para apreciarlo, atendido que el precio del tiempo que Dios nos concede para ganar el cielo, iguala en algun modo el precio del mismo cielo. Sí, si los elegidos, en la abundancia de bienes imperecederos de que gozan, fuesen capaces de envidiarnos alguna ventaja, seria sin disputa la del tiempo; y si los ángelos rebeldes hubiesen tenido un solo momento para expiar su revolucion por medio del arrepentimiento, ni uno solo arderia hoy dia en los infiernos.

¿Porqué pensais que el Señor nos concede tanta parte de ese inestimable tesoro, llamado tiempo, sobre todo despues de haber pecado? La vez primera que violasteis su santa ley, mereciais que os castigase al instante y que os precipitase en las eternas llamas; y sin embargo, por su misericordia, os ha dado, no algunos momentos, ni algunas horas, ni varios dias, sino una larga série de años.

¡Qué favor tan insigne! Pero ¿con qué fin se os ha prodigado? para poneros en estado de hacer penitencia de vuestras faltas, de lavarlas con vuestras lágrimas, de repararlas por medio de buenas obras. Nada hay mas perjudicial que el sueño para las personas que han tragado veneno, segun los mas hábiles médicos. Por lo que á vos hace, *despues de haber apurado la envenenada copa de Babilonia*, pasais los dias en el sueño de una ociosidad mortal para vuestra alma: tranquilizado, despues de haber declarado á un ministro del Señor vuestras iniquidades, ya no pensais mas en ellas, como si jamás las hubieseis cometido. Esto se llama, *recibir en vano la vida*, ser un hombre inútil sobre la tierra, *ser un insensato y muy insensato*, dice el Espíritu Santo (1). En efecto ¿hay una locura igual á aquella, en que se pierde tranquilamente un bien que no tiene precio? ¿Imaginais acaso que un tiempo de tanto precio debe durar siempre? Oid sobre esto el oráculo del Espíritu Santo: *Dormireis un poco, dormitareis un poco..... y la indigencia*

(1) Prov. xii, 11.

vendrá á sorprenderos como un hombre que marcha á paso de gigante y la pobreza se os apegará como un hombre armado (1). Esto significa que viviendo mal, una parte de la vida se escurre como la del hombre dormido, y que no practicando el bien, la otra parte se pasa como la del hombre aletargado; y la muerte llega de improviso, corta nuestros dias, se lleva el tiempo y nos reduce á la estremada miseria de pedir por gracia algunos momentos, que no podemos alcanzar. El primer ministro de un gran rey se lamentaba al morir en estos términos: « ¿Es posible que haya tenido tiempo para escribir muchos volúmenes de despachos para el servicio de mi príncipe, y que para arreglar el negocio de mi eternidad no haya encontrado tiempo siquiera para llenar media hoja de papel?» ¿No os lamentareis del mismo modo en la hora de la muerte, si nada habeis hecho para asegurar el estado de vuestra conciencia? Salid del letargo de vuestra pereza; imitad al viagero que habiéndose echado á dormir debajo de un árbol y apercibiéndose al des-

(1) Ibid. VI .10 et 11.

pertar que sus compañeros están muy adelante, redobla el paso y se apresura cuanto puede á fin de llegar juntos al término. ¡Cuántos años perdidos hasta aquí! Apresurémonos, pues, en reparar estas pérdidas tanto como nos sea posible. *Hermanos mios*, dice el Apóstol, *procurad conduciros con suma circunspeccion, no como personas imprudentes, sino como hombres sábios, rescatando el tiempo, porque los dias son malos* (1). En el tiempo que aun os resta, nada hay de cierto sino su misma incertitud y su brevedad. Lejos, pues, de perder una parte considerable, aprovechad todos los instantes para vuestra salvacion, si quereis obrar sábiamente.

Vengamos ahora á las consecuencias prácticas de estos principios. Por consejo de un director esperimentado, al cual consultareis siempre sin variacion, determinareis el empleo de vuestro tiempo para en adelante, lo que debeis hacer cada dia, cada semana, cada mes, cada año. Cada dia, por ejemplo, rezar el oficio de la Santísima Vírgen, oir la santa misa, leer algun libro de piedad, hacer

(1) Ephes., v, 15 et 16.

limosnas proporcionadas á vuestros bienes, dar alguna muestra de culto á vuestros santos patronos, sobre todo á vuestro santo angel y á san José, á fin de que os protejan en el momento de la muerte. Cada semana, añadir alguna otra práctica de devocion en los dias festivos, oir la palabra de Dios, rezar el rosario por entero, ayunar todos los viernes en honor de la Pasion de Jesu-Cristo, ó bien los sábados en honor de su santa Madre. Cada mes, confesar y comulgar, pues el que no alimenta su alma con el pan de los fuertes, es difícil que persevere en el buen camino; y si, por desgracia, se ha cometido alguna falta grave, no diferir por motivo ó pretexto alguno la confesion. De todas las locuras, la mas inconcebible, cuande se cree en el infierno, es vivir un solo momento en pecado, porque es estar al borde de tan horroroso precipicio. Cada año, seria muy bueno que se hiciese una confesion general desde la última, y que dispusiese sus negocios temporales y espirituales, de suerte que nos hallásemos en estado de comparecer al Tribunal de Jesucristo en cualquier hora que ven-

ga. *En esta lucha en que me hallo ahora*, decia el santo Job, espero todos los dias que llegue mi mudanza (1).

(1) Job., XIV, 14.

LECTURA XIX.

La vida excesivamente ocupada
es muy perjudicial para la salvación.

Llevar una vida excesivamente ocupada es poco menos perjudicial para la salud, que la vida ociosa. Las ocupaciones del siglo, segun explicacion del Evangelio, son como las *espinas que ahogan* el buen grano: impiden que se practique el bien, ó por lo menos motivan que se haga mal. ¿Se trata de llenar los deberes de cristiano, de frecuentar los sacramentos, de poner en órden la conciencia por medio de las disposiciones necesarias para la confesion y la comunion, de dedicar algunos dias, algunas horas á estas preparaciones y y aun de asistir al sacrificio de la misa? No

hay tiempo para esto. Mil negocios se substituyen los unos á los otros y se encadenan de continuo. Apenas se sale de uno que ya se entra en otros: es un círculo de ocupaciones, de tal modo enlazadas, que no se ve jamás el término. Esta es la astucia que con demasiado éxito emplea el demonio para tener como en sus redes á tantas personas de mundo, á tantos hombres públicos, á tantos hombres ávidos y hasta codiciosos de beneficios, y á tantos hombres con la cabeza llena de sistemas y de quimeras. Se hallan en el estado en que Faraon habia reducido á los Israelitas, cuando querian ofrecer sacrificios al Señor. Este príncipe impío les habia sobrecargado de trabajo, á fin de quitarles el descanso y, si hubiese sido posible, hasta la libertad de pensar en hacer bien. Así es como las ocupaciones y la solicitud por las cosas temporales, son otros tantos lazos, que apegan á la tierra á los hijos del siglo, que les hace perder hasta el menor recuerdo de los bienes celestiales, todo sentimiento de cristianismo, toda atencion al fin, por el cual deberian trabajar sin descanso: «Se sirven de Dios, dice

san Agustin, y gozan del mundo» (1); y por una aberracion monstruosa convierten el fin en medios, y los medios en fin.

Supongamos, ahora, que una vida excesivamente ocupada, no vaya siempre acompañada de tan extraño desorden, y que haya sus momentos destinados á algunos ejercicios cristianos, ¿cómo se practican estos ejercicios? *Donde está vuestro tesoro*, dice Jesucristo, *allí está tambien vuestro corazon*, es decir, que allí donde está lo que nosotros estimamos y lo que amamos, allí se reficren siempre nuestros pensamientos y nuestras afecciones. En efecto, si un hombre sobrecargado de multiplicados negocios que le interesan quiere llenar alguna de las obligaciones de cristiano ¿De qué manera lo hará? El cúmulo de pensamientos que se remueven tumultuosamente en su espíritu, y los diversos movimientos que agitan su corazon, no se aquietan á la primera señal de la voluntad, este ruido y ese rumor interior no le dejan; y no puede desembarazarse de ellos, así como no puede separarse de sí mismo.

(1) V. Aug., de Civ. D., l. xi, c. 25.

Ora lea, pues, algun libro de piedad, ora rece algunas oraciones, ora oiga la divina palabra, ó bien asista al sacrificio de nuestros altares, ó bien procure prepararse para recibir los sacramentos en el tiempo prescrito por la Iglesia, su atencion se descarria al instante, ó mas bien queda absorvida por otros objetos, cuya impresion está mas profundamente grabada en su imaginacion: su cuerpo está presente á esas obras de cristiano, pero su espíritu se halla en otra parte. ¿Son estas disposiciones propias para recibir la luz y la fuerza desde lo alto, sin lo cual nada podemos todos cuantos somos? ¿Es este el estado de un alma á quien el Señor se digne hacer oir su voz? *El Señor no habita con el tumulto*. Nó, no hablará á esa alma en medio de tanto ruido: obrará con respecto á ella, como obraríamos nosotros respecto de un hombre que pensase en todo menos en lo que deberia decirnos.

Pero aun cuando el Señor hablase, su voz no seria escuchada: esta voz se compara, en las santas Letras, al lijero soplo de un céfiro, que sopla apaciblemente y que solo se perci-

be en la calma, y que no se hace sensible en una mar tempestuosa, como es el alma agitada por las inquietudes del siglo. Leemos en el libro tercero de los Reyes, que el profeta Elías se retiró en la cima de una lejana montaña, cuando los hijos de Israel hubieron violado la ley de Dios, destruido sus altares y asesinado á sus ministros. El profeta, en en vista de tantos crímenes, se humilló, se juzgó culpable, y temió que Dios dejase de comunicarse con él. «Yo no soy mejor que este pueblo», decia, con toda la amagura de su corazon. Estos motivos le condujeron á la soledad, en que, dirigiéndose fervorosamente al Señor, le conjuró de sostenerle siempre de su gracia: sus súplicas fueron oidas, pero ¿bajo qué figura el espíritu de Dios se hizo sentir en él? Un viento impetuoso se levantó muy luego en los aires, trastornó las montañas, arrancó los árboles, rompió las peñas y el espíritu del Señor no estaba allí: *Non in spiritu Dominus*. A tan impetuoso huracan sucedieron horribles torbellinos, formados por el tenaz combate de las nubes, y el espíritu del Señor tampoco estaba allí: *Non in*

commotione Dominus. El rayo brilló muy luego y el estallido retumbó en todos los lugares del alrededor, y el espíritu del Señor tampoco estaba allí: *Non in igne Dominus*. Por fin, despues de tan desecha tormenta, que llevaba el terror y el espanto por todas partes, el apacible soplo de un céfiro se dejó sentir en la llanura, llegó poco á poco hasta Elías, y aquí reconoció la voz del Señor que le hablaba: *Spíritus auræ tenuis*. Hé aquí el símbolo de la gracia, cuyo atractivo se insinua ordinariamente en el alma de un modo casi insensible, y que exige toda la atencion para ser notada y puesta en obra. Los embarazos de que está llena la cabeza ¿son compatibles con ese recogimiento?

LECTURA XX.

Remedios contra la vida muy ocupada.

Lo que hemos dicho para remediar la vida ociosa puede convenir tambien á la vida excesivamente ocupada, porque la única diferencia que hay entre una y otra consiste en que la primera deja transcurrir en vano el tiempo, y que esta lo emplea por completo á cosas frívolas, en comparacion de las que miran á la salvacion. «Las ocupaciones de los niños, las llamamos bagatelas; y Dios, á su vez, trata de bagatelas lo que los hombres llaman negocios (1).» Es necesario que el cristiano, cargado de ocupaciones, considere las tres claves de excesos que puede cometer y que se preserve de ello de cualquier modo

(1) Aug., l. 1, Conf. c. 9.

que sea. La primera clase se halla en la multitud, la segunda en la calidad, y la tercera en el fin.

1.° Tal vez vos mismo os formais tantas ocupaciones, cuyo número excede al de las estrellas del cielo, segun expresion de un profeta (1). Disminuid ese número de embarazos, si quereis dar lugar á que la gracia del Señor os ilustre con su luz divina para conocer los caminos del cielo (2). El Espíritu Santo no os dice que renuncieis todas vuestras ocupaciones para adquirir la verdadera sabiduría, que consiste en conocer á Dios y los bienes y males eternos; unicamente os prescribe disminuir el número. Es un grave error pretender que ciertas condiciones elevadas le dispensen de toda ocupacion; pero, de otra parte ¿en dónde está la prudencia sobrecargándose de negocios y quehaceres? ¿cómo es posible en este caso fijar el entendimiento y el corazon en las cosas del cielo? Una fuente, distribuida en mil canales distintos, como puede salir con fuerza? Los mismos santos deben moderar sus funciones exteriores, por

(1) Nah. III, 16. (2) Eccles. XXXVIII, 25.

temor de que trabajando por la salvacion de otro, no descuidase la suya propia: *Me han colocado en los viñedos para guardarlos*, dice el Libro de los Cánticos, *y no he guardado mi propia viña* (1). Con mayoría de razon, pues, no debeis comprometeros en mil ocupaciones temporales. Cuando debemos hablar de un proceso á un Juez, que se halla asediado por una multitud de clientes, tememos que el cúmulo de negocios impedirá que fije la atencion en el nuestro, y que le falte tiempo para enterarse perfectamente. Mas triste es aun para nosotros exponernos á que los cuidados y embarazos que nos abruman, nos hagan alejar para el último de nuestros dias los deberes de cristiano y á cumplirlos de corrida.

Pero diréis ¿mis ocupaciones nada tienen de criminal? Esto no basta, si de otra parte son excesivas. Las enfermedades del cuerpo no proceden siempre de la corrupcion de la sangre; tambien las causa su superabundancia, que impide que circule por las venas y que dejen de hacerse las funciones necesa-

(1) Cant. 1, 6.

rias para la salud. Examinaréis, pues, entre vuestras ocupaciones las que están de sobras, á fin de confiarlas á otro que lo merezca. Tomad el consejo que Jetró daba á Moisés, á este sabio y conductor del pueblo de Dios. *Os consumís inútilmente*, le decia Jetró su suegro, *este trabajo es superior á vuestras fuerzas, y no podeis hacerlo vos solo..... escoged algunos hombres temerosos de Dios, que amen la justicia y la verdad..... encargad á unos de mandar mil hombres, á otros ciento, á otros diez..... así la carga que os hunde será mas ligera, repartida entre muchos. Si haceis lo que os digo, complireis los mandamientos de Dios, y podréis hacer lo que os demanda* (1). Y vos, hombre del siglo, no teneis una hora vuestra cada dia; estais constantemente en accion, os atormentais sin cesar, y os aniquilais con vanos esfuerzos, como el insecto que urde una tela inútil. La consecuencia de un negocio terminado es para vos el principio de otro mas embrollado aun; el fruto de un feliz suceso es por vos el temor de no alcanzar otro. *Os consumís inútilmente.*

(1) Exod., xviii, 21, 22 et 23.

2.° Por lo que mira á la naturaleza y á la cualidad de las ocupaciones, hay que tener en cuenta que son muchos los negocios en que casi no es posible mezclarse sin cometer algun crímen. ¿Qué desgracia tan grande arrojarse en esa clase de negocios? ¡Cuán difícil es exponerse en peligros próximos de caer, sin dar en algun escollo, y sin marchar despues de precipicio en precipicio! Cuando nos hallamos embarcados en una empresa delicada, quiere salirse airoso de ello, cueste lo que costare: si los medios lícitos no se creen suficientemente eficaces, se echa mano de los ilícitos: si no se puede ganar un pleito por falta de derecho, se emplea el sofisma, la astucia, la trampa, hasta dejar abrumada de gastos y fuera de combate la parte contraria: si no hay testigos, no se titubea en sobornarlos: si el juez no se muestra favorable, se intentará corromperle y hacerle prevaricar á fuerza de solicitaciones y de presentes. Así es que un solo negocio mal planteado llega a ser un manantial de iniquidades.

3.° Es necesario considerar las ocupaciones en su fin: *Vuestras ocupaciones*, dice el pro-

feta Isaías, *serán consagradas al Señor;* lo que se verifica cuando la justicia ó la caridad las motivan. Los pintores que saben su oficio comienzan una figura por la cabeza, y sobre esto dispone las proporciones con el resto. Imitad en algun modo esta conducta, es decir, que Dios sea como la cabeza de todos vuestros asuntos paraque sea su norma; entonces saldrán siempre bien, porque, aun cuando perdais en ello considerado temporalmente, ganareis de seguro respecto de la eternidad: ganareis mas que Saul, que, por haber obedecido á su padre, alcanzó la corona de Israel. Recordad con frecuencia que en esta baja tierra solo teneis un negocio importante, que consiste en salvar vuestra alma, y que todos los otros, comparados con él, deben reputarse por nada. *Os exhorto, hermanos mios*, dice el apóstol san Pablo, *á que procureis vivir tranquilamente y á que os apliqueis en aquello que unicamente os interesa* (1). Si salís airosos de este negocio único, la felicidad eterna será su precio; si os sale mal, la desgracia eterna será su resultado infalible; aun-

(1) I Thers. IV, 11.

que llegueis, por medio de las mas inauditas conquistas, á ser dueños del orbe entero. *¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?*

LECTURA XXI.

El sexto obstáculo para salvarse
es el amor a los placeres.

El mas dulce atractivo para el corazon del hombre, el encanto mas lisongero, es el que le hace sentir el placer. ¡Cuánta debe ser, pues, la fuerza de la verdad para convencerle de que aquello, que le es tan agradable y que tanto aprecia, es un obstáculo para la felicidad que espera! Si el enemigo de nuestra dicha nos presentase su veneno, preparado con hiel, de seguro que nadie querria gustarlo; pero como nos lo ofrece mezclado con una dulce bebida, es infinito el número de los imprudentes que caen en la trampa: allí en-

cuentran la muerte y la encuentran con placer.

Sin embargo, no hablo aquí de un ardor brutal, que arrastra á placeres que se le parecen. No se ignora que la impureza, siendo el vicio que mas ciega el entendimiento, el que mas endurece el corazon, y el que nos apoya mas fuertemente á la tierra, es tambien el mas comun de los obstáculos para la salvacion; hemos dicho ya que, segun opinion de un santo y sábio arzobispo: *Exceptuados los niños, son pocos los adultos que se salvan, por falta de pureza.* El obstáculo, que atacamos en la presente lectura, es la vida afeminada y sensual de ciertas gentes del siglo, que parecen exceptuadas de esta ley general: *El hombre ha nacido para el trabajo.* Despues de haberse entregado al sueño gran parte del dia, pasan el resto en banquetes y orgías, en en diversiones, visitas, conciertos, espectáculos y juegos, sin denegarse el menor de esta clase de placeres, que las diferentes horas del dia apenas pueden cubrir. Este género de vida, que es un tejido de delicias, de lujo, de vanidades y de invenciones siempre sor-

prendentes para llamar la atencion, les parece que es del todo inocente y cualquiera que se atreva a condenar tal conducta, es tratado como un salvaje escéntrico, melancólico, enemigo de la sociedad. Pero, si esas almas mundanas tienen razon en su plan de vida, dejará de tenerla el Espíritu Santo, Jesucristo no habrá dicho la verdad y se equivocará el Evangelio, puesto que su vida es reprobada por ellos. *Desgraciados*, dice el profeta Amos, *ricos de Sion, que vivís en la abundancia de todo, vosotros que Dios reserva para el dia de la afliccion, que dormís en camas de marfil y que empleais el tiempo destinado al sueño para satisfacer vuestra sensualidad, que comeis los mas excelentes corderos y los becerros escogidos de entre todos los rebaños, que unís vuestras voces con los dulces acentos del arpa, que bebeis el vino á grandes copas y que os perfumais con las mas preciosas esencias* (1). La Sabiduría encarnada se espresa de este modo. *Desgraciados de vosotros, porque ya sois consolados en este mundo. Desgraciados de vosotros los que estais hartos, porque ten-*

(1) Amos, VI, 1, 4, 5, et 6.

dreis hambre. Desgraciados de vosotros los que ahora reis, porque os vereis reducidos á llorar (1). Vosotros, hombres temerarios, he aquí lo que pensais, hé aquí lo que decís: «¿Qué mal hacemos proporcionándonos contentos teniendo los medios para ello, en vivir segun el siglo cuando no estamos en clausura, en seguir las maneras del mundo, como hacen tantas personas honradas, en conformarnos con las costumbres de una condicion, cuyas diversiones, juegos y placeres son inseparables? ¿no es mucho en nuestro estado de no ser injustos, ni voluptuosos?» Pero, sin demandaros si estais ciertos de que este estado deje de ser criminal por sí mismo, Jesucristo os hace entender claramente que es una disposicion para vuestra eterna pérdida. *Desgraciados de vosotros*, exclama muchas veces, *desgraciados de vosotros!* De otra parte, en la ley antigua, tan inferior á la nueva, el Espíritu Santo ha advertido que *el infierno dilata sus abismos, á fin de tragarse los insensatos que, por algunos años de placeres, se preparan una eternidad de suplicios*. La vida

(1) Luc. VI, 24 et 25.

que llevais, hombres del siglo ¿ no es parecida á la de *estos insensatos*? En una palabra, ¿es acaso Dios mismo, la sabiduría encarnada, que descendió del cielo para enseñarnos el camino de la salvacion, el que se engaña sobre este punto? Si Dios no se engaña, como no puede engañarse, resulta necesariamente que somos nosotros los que nos engañamos. ¡Ah! obrad, por lo menos, del modo que lo hariais cuando en un camino incierto se os advirtiese del peligro de extraviaros: escuchais la voz del que os habla, y seguis su consejo para llegar infaliblemente al término de vuestro viage. Fijad vuestra atencion para comprender bien el peligro en que os hallais, permitiéndoos todas las dulzuras y todas las delicias de la vida.

LECTURA XXII.

Es muy perjudicial para la salvación
el amor a los placeres.

Es digno de notarse el modo con que el Salvador se espresa, por boca del santo Job, acerca de aquellos que buscan los placeres de este mundo. No dice que se precipiten de una vez en el infierno; dice, sí, que bajan en él por grados y paso á paso. Esto significa que la vida muelle y sensual, siendo una especie de pendiente para caer fácilmente en el pecado, es un estado opuesto al del cristiano, una conducta que no está acorde con las magníficas promesas que Dios hace á sus verdaderos servidores.

Un cristiano sincero debe *vivir de la fé*, segun las palabras del Apóstol. Mas ¿qué si-

tuacion mas contraria al espíritu de la fé, que es toda espiritual, que buscar continuamente los placeres sensibles de la tierra? ¿No podria decirse de estos hombres, que son mas bien epicúreos que cristianos? Es necesario que tengan una idea bien pobre de las delicias del cielo, una idea muy débil de la grandeza de Dios, de su poder, de su bondad, de su justicia: es una especie de milagro que la fé no se halle casi extinguida en ellos. Pero, así como el cristiano vive de la fé, tambien vive de la esperanza y de la caridad. ¿Qué especie de esperanza pueden tener esas gentes apegadas á los vanos placeres del siglo? Si estuviese en su mano vivir para siempre en esta baja tierra con las mismas condiciones ¿no renunciarian voluntariamente la celestial herencia? ¿no harian como esas tríbus, que viendo la fertilidad de las comarcas situadas sobre el Jordan, abandonaron la porcion que les correspondia de la tierra prometida? Lo mismo decimos de la caridad, de ese fuego puro y espiritual, que casi no puede subsistir en un alma entregada á los placeres mundanos y materiales: la oposicion es de-

masiado grande entre estos dos amores, para que puedan estar juntos.

De otra parte, la profesion de cristiano es una profesion de soldado, que no es compatible con el seguimiento de placeres, capaces de volver muelles las mas fuertes almas. En efecto ¿ cuántos cristianos cobardes y muelles se hallan reducidos al extremo de que el solo pensamiento de padecer les hace condescendientes y volver al antiguo camino? Al primer ataque un poco serio, que sigue á su confesion, olvidan las santas resoluciones, se encuentran débiles y sin fuerzas y al momento rinden las armas casi sin combatir. Dígase sino ¿qué significa ese lenguaje? ¿No es ningun pecado procurarse comodidades, tratarse bien, divertirse y jugar, estimar en mucho las compañías y los placeres? Yo supongo, si es necesario, que en todo esto no haya realmente pecado bien descifrado; pero sostengo que esta conducta es una disposicion para cometer, al fin, toda clase de pecados, para sucumbir fácilmente bajo el peso de la tentacion, para llegar á ser insensible á las cosas de Dios, para caer hasta en la irreligion

y en la incredulidad; del modo que Salomon que, no habiéndose propuesto mas que los placeres de la vida, cayó muy luego en la mas grosera idolatría. Es necesario que todo cristiano destierre de su corazon el amor de las delicias, que quitan el valor para llevar el estandarte de la cruz, y la fuerza para resistir al enemigo de Jesucristo, segun Tertuliano (1).

Pero, si es opuesta al carácter de verdadero cristiano, una vida muelle y llena de comodidades; lo es por consiguiente mucho mas el carácter del predestinado. La señal cierta y segura de nuestra predestinacion, es nuestra conformidad con Jesucristo, que es el gefe de los predestinados: *Los ha predestinado para ser conformes con la imágen de su Hijo, á fin de que este fuese el mayor entre muchos hermanos* (2). Mas, la vida de Jesucristo fué acompañada siempre de la pobreza, del dolor y de la humillacion: por estas sendas debia entrar en la morada de la gloria. *Era menester que el Cristo padeciese y que así entrase en su gloria* (3). ¿Qué responden á esto esos hombres

(1) De cultu fæminarum. (2) Rom., VIII. 29. (3) Os., IV, 14.

delicados á quienes aturden el sufrimiento y la mortificacion? ¿Se les ha anunciado acaso un Evangelio particular? ¿Ha venido para ellos un nuevo Redentor sobre la tierra? ¿Son miembros privilegiados de un gefe al cual pueden semejarse coronándose de rosas? ¿Se les ha abierto un camino sembrado de flores para alcanzar la felicidad de aquellos hombres crucificados al mundo y á ellos mismos? *Por muchas tribulaciones y angustias nos es necesario entrar en el reino de Dios*; y para esos sensuales y mundanos ¿les será dado entrar por las delicias y placeres? La estrecha via, que conduce á la vida ¿se ensanchará para ellos?

Hagamos un momento de reflexion sobre lo que el Evangelio nos dice, y sobre lo que hacemos; sobre las contradicciones extrañas que se encuentran entre nuestra fé y nuestra conducta. Una sola de esas reflexiones sobre nosotros mismos, haciéndolo con recta intencion y buena fé, puede descubrirnos la peligrosa ilusion que nos arrastra al precipicio para perdernos.

LECTURA XXIII.

Continuación del mismo asunto.

Un señor de la corte de España, hombre de gusto y de placeres, habia oido hacer grandes elogios de la alta virtud y profundo saber de de cierto religioso. Tuvo curiosidad de verle y de consultarle acerca del estado de su vida mundana; fué pues á encontrarle y le declaró su objeto. « *Solo teneis qué deciros á vos mismo estas palabras*, respondió el sacerdote; *Jesucristo era pobre y yo soy rico; Jesucristo ayunaba, y yo tengo una mesa expléndida; Jesucristo andaba casi desnudo, y yo voy soberbiamente vestido : Jesucristo vivió en medio de tribulaciones y angustias, y yo vivo entre deli-*

cias y placeres, » El señor no negó estas verdades, pero las consideró como cosas triviales, y se despidió con una pobre idea del religioso, cuya rara ciencia tanto le habian ponderado. Pero, algunos dias despues, las palabras del hombre de Dios le vinieron en la memoria, las meditó en silencio, examinó el sentido que encerraban detenidamente; y, entonces, movido de la gracia, comprendió la monstruosa desproporcion que existia entre su comportamiento y la vida de Jesucristo, nuestro ejemplo y nuestro modelo; comprendió toda la dificultad que habia en salvarse con la vida muelle y sensual que llevaba, y, sin titubear, tomó la resolucion de observar una vida mortificada y penitente, en la cual persistió hasta el último momento.

¡Ojalá vosotros, que leeis estas verdades, recibieseis semejante gracia! entonces comprenderiais que cuanto mas dulce y tranquilo os parece el curso de vuestra vida, tanto mas deberiais temblar sobre el porvenir: «Se nos advierte que temamos en gran manera las prosperidades del mundo y de desplegar la mas activa vigilancia con respecto á las felici-

dades del siglo.» Son palabras de san Gregorio sobre el salmo cincuenta. Debemos comprender que, despues de tantas fáltas de que somos culpables, seria el mayor de los castigos de Dios no habernos castigado en este mundo: la amenaza, que en su cólera hace á los hombres, es dejarles gozar en paz de los placeres del siglo: *Yo no castigaré á vuestras hijas por su prostitucion, ni á vuestras mugeres por sus adulterios. De esta manera será castigado ese pueblo* (1). Vosotros concebireis, pues, que dejar de sufrir en este mundo con los hombres, es ponerse en peligro de sufrir en la eternidad con lo demonios (2). Vosotros concebireis que el goce de los bienes de este mundo, que en algun modo ya os asocia con el rico reprobado, os asociará, por fin, á su desgraciado destino. Porque, puesto qué vivís como él en las delicias ¿qué motivo teneis para no temer que un dia no se os digan tambien estas palabras: *Hijo mio, acuérdate que ya has recibido tus bienes en tu vida?* Vosotros concebireis, en una palabra, que el reino de los cielos no está prometido á la moli-

(1) Bern., Serm. 23 in Cant. (2) Luc, XVI, 23.

cie y al placer, sino á la fortaleza y á la violencia: *El reino de los cielos requiere violencia y solo los que se vencen á sí mismos lo alcanzarán* (1). Todas estas verdades os parecerán evidentes; pero envuelto en las tinieblas de una sabiduría carnal, estais tan lejos de comprenderlas, que no quereis siquiera meditarlas; y aun rechazais en vuestro corazon aquellos que tienen el valor de presentároslas á la vista: *Si el hombre sensual*, dice el Eclesiástico, *oye una palabra sabia, le disgustará y la arrojará á sus espaldas* (2). Por lo demás, no os pertrecheis mas en la inocencia de vuestros placeres ¿pueden considerarse ¡nocentes, atendido el tiempo que desperdiciais y á que no se os imponen? ¿Consagrais á ellos dias enteros por razon del apego que les teneis? ¿Los seguis con desprecio de toda práctica de penitencia que olvidais para dedicaros á ellos? ¿Y con relacion á vuestra eternidad? Visiblemente la poneis en peligro, y de vos depende conocer las pruebas evidentes.

Refiere santa Teresa que en cierto dia Nuestro Señor la hizo ver el puesto que le

(1) Matth. XI, 12 (2) Eccles., XXI, 18.

estaba preparado en el infierno, si hubiese continuado las relaciones que tuvo por algun tiempo. Estas amistades y esas conversaciones, no eran, como asegura ella misma, ningun crímen, pues ya no se las hubiera permitido: pero Nuestro Señor, añade, quiso solamente advertirla que por medio de estas faltas leves habria caido en otras de mas considerables, y de estas á las llamas del infierno. Vuestras diversiones, vuestras visitas, vuestros entretenimientos, vuestros placeres ¿no tienen nada que sea mas culpable que las amistades, de que habla santa Teresa? No creo que lo presumais, y sin embargo esas relaciones la habrian insensiblemente corrompidido, la habrian arrojado de desórden en desórden, la habrian perdido para siempre jamás; hubiera, por fin, abandonado á Dios, y Dios se hubiera retirado de ella. ¡Ah! no seais en adelante tan ciegos acerca de vuestra sensualidad, de esa artificiosa Dalila, que poco á poco os conduce á vuestra perdicion. Aunque no fuese criminal vuestra conducta, lo que yo deseo mucho mas que no me atrevo á creer, seria muy posible que lo hubiese muy

luego; el amor de las cosas vanas conduce muy pronto al amor de las cosas criminales, dice san Gregorio. Los que quieren concederse todo lo que es permitido, están próximos á concederse tambien lo que está prohibido: *Todo el pueblo*, se lee en el Exodo, *se levantó para comer y para beber, y en seguida para bailar* (1) y esta diversion terminó por un acto de idolatría.

Tomad, pues, la resolucion de prohibiros varios placeres y diversiones sensuales opuestas al carácter de un cristiano, cuya vida, dice el Concilio de Trento, debe ser una no interrumpida penitencia. Es cierto, que no nos está prohibida toda diversion; pero que esto se haga de modo que no desmienta nuestro estado; que sea á propósito, y no en todos los momentos del dia; que sea para recuperar las fuerzas perdidas, á fin de cumplir mejor los deberes de nuestro estado; que sea con el espíritu del Señor, y no segun el espíritu del mundo: Alegraos en el Señor. *Jesucristo se ha entregado á sí mismo para nosotros, á fin de rescatarnos de toda iniquidad y de purifi-*

(1) Tít., II, 14.

carnos para hacerse un pueblo particularmente consagrado á su servicio, y ferviente en las buenas obras (1). Este hombre-Dios no ha bajado del cielo únicamente para ser nuestro Salvador, sino que ha descendido á la tierra para ser nuestro Maestro por su doctrina, y nuestro modelo por sus acciones; él mismo declara en términos formales, que el que no quiera tomar su cruz y seguirle no merece ni el nombre, ni la recompensa de sus servidores.

(1) **Matth., x, 38.**

LECTURA XXIV.

Remedios contra el amor a los placeres.

Para arrancar de nuestro corazon un afecto que ha nacido con nosotros, es necesaria la fortaleza y la constancia; de consiguiente, una oracion humilde y perseverante es el socorro de que tenemos extrema necesidad. *Señor*, direis á menudo con el Sabio, *Señor, dignaos extinguir en mi corazon la insaciable sed de placeres que le devora, y no permitais gue sea entregado al ardor de mi sensualidad* (1). La mayor desgracia que os puede sobrevenir, es que Dios os abandone á vuestra codicia sin freno y sin vergüenza. Cuando se ha llegado á tal grado, ya no se respetan

(1) Eccles., XXIII, 6.

la leyes divinas ni humanas; se huellan todas con los piés para satisfacerse, hasta parece que lo que deberia contenernos se convierte en un aguijon que nos excita aun mas. Implorad, pues, con frecuencia el socorro del Señor para ser delibrado de vuestro mayor enemigo, que es la inclinacion á los placeres. Por lo que respecta á vuestra cooperacion para alcanzar la inmensa gracia que suplicais, he aquí tres medios que debereis emplear:

1.° No mirar en adelante los placeres del lado del presente, sino del porvenir, es decir, con relacion á su fin, y sobre todo á lo que será en el momento de la muerte. *No mireis el vino*, dice la Sabiduría, *cuando brilla su color en el vaso. Entra agradablemente, pero por fin muerde como la serpiente, y derrama su veneno como un basilisco* (1). Una engañosa apariencia seduce á los mundanos, que solo piensan en contentar sus sentidos; pero ¿cuánto durará esa ilusion? Nos encontramos ¡ay! en un momento en el lecho de muerte, en que nada mas resta de un tiempo pasado agrada-

(2) Prov. XXIII, 31 et 32.

blemente, que el sentimiento amargo de haberlo perdido en locuras y vanidades. Se me ha dado la vida presente para alcanzar la eterna ¿qué uso haré de ella? He sido criado para amar y servir á Dios, y solo sirvo mi sensualidad. Me encuentro en este mundo, no por el cuerpo, sino por el alma, y vivo como si solo tuviese que cuidar mi carne, como si no tuviese una alma inmortal para salvar. Para reconocer estas verdades, no debo aguardar la hora de la muerte, ya seria tarde; es necesario empezar desde este dia, y arreglar mi vida del modo que entonces desearé haberlo hecho. Pero al recuerdo de la muerte, siempre mas próxima de lo que imaginamos, añadamos una circunstancia que la hace mucho mas espantosa que todo lo que podemos decir, á saber; la cuenta exacta de toda nuestra vida, que tenemos que dar infaliblemsnte en el tribunal de Jesucristo, nuestro juez. Salomon, despues de haber experimentado todos los goces, habla de esta manera acerca de lo que se trata, para instruccion de aquellos, que llaman á sus *primeros años la estacion de los placeres: Alégrate, hombre joven, en tu ju-*

ventud: que vuestro corazon se halle alegre durante vuestra primera edad; marchad, segun las inclinaciones de vuestro corazon y segun las miradas de vuestros ojos, y sabed que Dios os pedirá cuenta de todas estas cosas en su juicio (1). Meditad, profundizad estas últimas palabras: « *Y sabed que Dios os pedirá cuenta de todas estas cosas en su juicio.* » La verdad que encierran ha llenado de espanto á los cristianos mas mortificados, á los mas grandes santos. Si creeis firmemente esta verdad ¿cómo podrá dominar vuestro corazon el amor de los placeres?

2.° Tambien será muy útil leer las vidas de los Santos, cuyos ejemplos os persuadirán tal vez mas que las instruccionés. De esta lectura podreis sacar una doble ventaja, la primera, confundiros y humillaros á la vista de sus acciones, comparadas con las vuestras; la segunda alentaros para hacer obras dignas del nombre de cristiano, que habeis recibido en el bautismo, y del fin que se os ha propuesto, á saber: participar de la gloria de la celestial Sion. *Somos hijos de los Santos*, de-

(1) Eccles., XI, 9.

cia Tobías, *y esperamos la vida eterna que Dios concederá á los que le sirven fielmente* (1). Es, pues, muy justo que si esperamos la misma recompensa que los Santos, adoptemos los mismos medios para alcanzarla. ¿Qué impresiones no deberian causar sus ejemplos sobre nosotros? Pero nos dispensamos de imitarlos, bajo pretexto que han exagerado las cosas y que se han excedido por sus penitencias. Sin embargo, en las divinas Escrituras leemos la condenacion de esos pretendidos excesos. San Pablo nos dice terminantemente: *Castigo mi cuerpo y lo sujeto á servidumbre, por temor de que, predicando á los demás, quede yo reprobado* (2). ¿Hay razon, pues, para sostener que nada de lo que han sufrido ó hecho los Santos para su salvacion no nos sea necesario para la nuestra? Las persecuciones, las cárceles, la sed, el frio, el calor, todas las miserias de la vida no parecen suficientes al Apóstol para asegurar su eternidad; añade á tales sufrimientos, continuos y rigurosos, voluntarias y rudas mortificaciones: y nosotros ¿afianzarémos la dicha eter-

(1) Tob., II. 18. (2) I. Cor., IX, 27.

na sobre los placeres y las delicias de la vida? Es necesario, para discurrir de este modo, admitir un doble Evangelio.

Despues de la lectura de la vida de los Santos, pasarémos á la de la Pasion de Jesucristo, que ha cargado con todos nuestros males, á fin de procurarnos todos los bienes. Seria vergozoso para los cristianos, que no pueden dudar de las infinitas obligaciones que les ligan á su Salvador, que no hallasen algun tiempo para enterarse de la dolorosa historia de su redencion. ¿Falta tiempo para las vanas y con frecuencia perniciosas lecturas? ¡Ah! si nos prescribiésemos la regla de leer de tiempo en tiempo la narracion de los sufrimientos de Jesucristo, seria imposible que no nos avergonzásemos de llamarnos sus discípulos, y de no tener ni un solo rasgo de semejanza con el divino Maestro. ¡Qué! mi Dios, mi Salvador padece por mí el desprecio, la ignominia, los oprobios, los mas afrentosos y crueles tormentos ¿y yo me procuraré con afan todas las dulzuras de la vida? *No*, *nada de esto haré* (1).

(1) 2 Reg., XI, 11.

3.° Convencidos, como debemos estarlo ya, de las funestas consecuencias de una vida muelle, ensayemos generosamente vencer primero nuestra sensualidad en las cosas mas pequeñas. ¿Es acaso un sacrificio tan difícil abstenernos alguna vez de una conversacion, que es para curiosidad, ó de algun plato mas delicado que otro? San Francisco de Borgia, duque de Gandia, no pudiendo dispensarse de seguir á la caza al emperador Carlos Quinto, su señor, cerraba los ojos cuando el halcon caia sobre su presa, y se quitaba el placer que daba este agradable momento. Teodosio, obligado de asistir á los espectáculos por bien parecer, encontraba materia para triunfar, por su virtud, contra el amor tan natural de divertirse; mientras que el pueblo entusiasmado aplaudia estrepitosamente, el emperador apartaba la vista de los objetos que conmovian á los espectadores. Estos ejemplos y tantos otros de semejantes deben enseñarnos el camino para la mortificacion de los sentidos; no son hombres exagerados, ni solitarios, como decís, sino príncipes y hombres del gran mundo los que nos ofrecen tales

ejemplos, y no en su retiro, sino en la misma corte. El amor propio, á pesar de ser tan elocuente, debe quedar sin respuesta.

Sin embargo, no debemos ocultaros que al principio encontrareis alguna repugnancia para combatir una inclinacion, que habeis secundado muy voluntariamente hasta el presente; pero esta repugnancia no debe alarmaros, disminuirá cada dia por vuestra constancia en vencerla; cada dia os hallareis con mayores fuerzas, y la costumbre de mortificar vuestros sentidos dominará, por fin, el hábito de holgazanes: *Una costumbre vence á otra*, dice el autor del libro de la *Imitacion de Jesucristo*. A mas de que, si no empezais de este modo, no hareis jamás un paso en el camino de la virtud. *La sabiduría no se encuentra en aquellos que viven en las delicias* (1). No solamente no alcanzareis jamás el primer grado de virtud, sino que no resistireis las tentaciones, y sucumbireis á medida que os ataquen: *Hijo mio*, dice el Espíritu Santo, *si contentais vuestra alma en vuestros desarreglados deseos, sereis objeto de alegría para vuestros enemigos* (2). Si fijais vuestra atencion en

(1) Job., XXVIII, 13. (2) Eccles., XVIII, 31.

las cosas que os halagan, si tomais por regla de vuestras acciones lo que mas os gusta; en vez de ser vuestro cuerpo esclavo del alma, llegará á ser su dueño: *El que alimenta con delicadeza á su criado, verá que se revoluciona en seguida contra él* (1). En una palabra, no podeis correr mayor peligro de perder vuestra alma, y de cerrarle para siempre la entrada á la patria celestial, que siguiendo en el estado en que vivís. Jesucristo lo ha declarado, es una necesidad comun á todos de seguirle en el camino de la cruz; no hay otro camino que conduzca al término de la gloria.

(1) Prov. xxix, 21.

LECTURA XXV.

El séptimo obstáculo para la salvación
es el amor a las riquezas.

El ángel de la Escuela, santo Tomás, distingue dos clases de avaricia: la una es contra la justicia y consiste en usurpar el bien ageno; la otra es contra la liberalidad y es un fuerte apego á su propio bien. Nadie ignora que los avaros de la primera especie serán excluidos del reino de Dios: *Los ladrones no entrarán en el reino de Dios;* son palabras del Apóstol en su primera carta á los de Corinto. Mas los avaros de la segunda especie están muy lejos de creer que la exclusion del reino de los cielos les toca tanto como á los otros. Sin embargo el Evangelio se explica

sobre esto de una manera que no ofrece duda alguna: Jesucristo no reprendia otra cosa en los Fariseos que su orgullo y su avaricia. Y ¿qué clase de avaricia les reprendia? No la que se apodera del bien ageno, sino la que se apega con exceso al bien propio, que le codicia con excesivo ardor, que le busca con infatigable afan: solo por esto eran culpables los Fariseos en aquel entonces. De otra parte Jesucristo, instruyendo sobre este particular á todos los cristianos, les dice en la persona da sus apóstoles: *Poned mucho cuidado en precaveros de toda avaricia* (1); es decir, guardaos de codiciar el bien que os pertenece, y de aficionaros excesivamente al que legítimamente poseeis. En efecto ¿en qué ocasion nos hace conocer el Salvador de un modo sensible el mas peligroso de los obstáculos para poseer el reino de Dios? En la de un hombre virtuoso, pero apegado á sus bienes. Hé aquí el hecho con toda su sencillez y sacado del Evangelio, á fin de que podais convenceros de la verdad. Habiéndole preguntado un hombre: *Maestro bueno ¿qué debo hacer para alcanzar la*

(1) Luc. XII, 15.

vida eterna? Jesus le respondió: Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos. El le dijo: ¿ Cuáles? Y Jesus le respondió: *No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honra á tu padre y á tu madre, y amarás á tu prójimo como á tí mismo.* El mancebo le dice: *Yo he guardado estos preceptos desde mi juventud.* Jesus, habiéndole echado una compasiva mirada, le dijo: *Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven despues y sígueme* (1). Y cuando oyó estas palabras, se fué triste, *porque tenia muchas posesiones* (2). Jesus dijo entonces á sus discípulos las palabras siguientes: *En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos* (3). Los discípulos se asombraron de las palabras del Maestro, á propósito de un rico que su virtud hacia digno de la amistad de Jesucristo; y sin embargo la tristeza que demostró para renunciar sus bienes fué bastante para que el Salvador repitiese á sus admirados discípulos estas palabras: «*Hijitos, ¡ cuán difícil cosa es que en-*

(1) Ibid., XVIII, 20, 21 et 22. (2) Ibid., 23. (3) Ibid., 24.

tren en el reino de Dios los que confian en las riquezas! Mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de Dios (1). Puesto que la posesion de las riquezas puede ser un obstáculo tan grande para salvarse ¿cuánto mayor deberá ser el actual apego y el estar poseido de un vivo afecto á esas mismas riquezas? ¡Cuán difícil es, pues, á los ricos entrar en el reino de Dios! Esto vamos á examinar mas detenidamente en la siguiente lectura.

(1) Luc. XVIII, 25.

LECTURA XXVI.

El amor a las riquezas es
muy perjudicial para salvarse.

El amor á las riquezas, considerado con respecto al prójimo, nos arrastra fácilmente á cometer varias injusticias; y considerado con relacion á nosotros mismos, nos precipita en toda clase de pecados. Para convencerse de esta verdad, hasta formarse una idea justa y precisa de la violencia de esta codicia, y de la tiranía que ejerce sobre el alma de que se ha apoderado. Santo Tomás dice, que la pasion para la riquezas participa de dos especies de pecado, de los cuales los unos se llaman pecados del entendimiento y los otros pecados del cuerpo; los primeros son mas bien

propios del demonio, y los segundos del hombre. Así es que de una sola pasion nacen en algun modo dos monstruos conjuntamente unidos, que son la codicia del espíritu para amontonar riquezas cueste lo que costare, y la codicia de la carne para satisfacer todos los sentidos por estos medios. ¿Cómo resistir esos dos *fuertes artillados*? En seguida las ocasiones de fomentar el amor de las riquezas pasan á ser muy frecuentes, y de consiguiente se forma muy luego una violenta costumbre. Vemos todos los dias una infinidad de cristianos que solo se ocupan de sistemas para aumentar sus bienes, y de proyectos para aumentar los réditos por medio de cambios, de ventas, de préstamos ó adquisiciones; se hallan segun espresion de un profeta, *completamente absorvidos en el dinero*. Así es que al paso que con el tiempo menguan y pierden su intensidad las otras pasiones, estas parece que aumentan y que se fortifican; las otras pasiones solo procuran al hombre un placer único, al paso que esta los procura todos por los medios de que dispone; por esto arrastra con una fuerza superior á todo otro atractivo.

Pero el mayor mal del apego á las riquezas consiste en tomar esta pasion diferentes formas, á fin de disimulársela á sí mismo: ora se encubre bajo el pretexto de la prudencia, que pide prevenirse contra los posibles peligros de la pobreza; ora se reviste con los mentidos ropajes de la caridad y de la justicia, que demandan que se piense con sus hijos y con sus parientes; ora se cubre con la necesidad de tener siempre con que sustentar su rango en el mundo. Así como un serpiente, que á causa de su color difícilmente se percibe en la superficie de la tierra, así es una pasion revestida con las apariencias de la razon, que difícilmente se reconoce por una verdadera pasion. De esto se desprende naturalmente que el amor á las riquezas es una especie de sed insaciable, un vivo ardor de adquirir, un apego inquieto para conservarlos y un excesivo temor de perderlos. ¿Quién, pues, será capaz de fijar á tal pasion los precisos límites, para que jamás los traspase, olvidándose de su deber? ¿Quién puede persuadirse de que, cuando nos hallamos dominados por ella, sea fácil mantenerse en el

derecho, sin permitirse jamás una injusticia; sin dejar de administrarla á quien quiera que sea, sin aprovecharse de ciertas ocasiones en que no puede justificarse su mala fé, su rapiña, su prevaricacion? ¿Cómo puede conciliarse que no se ponga límite alguno al deseo de enriquecerse, y que al mismo tiempo se observen constantemente todas las reglas de la equidad, que se quiera acumular en pocos años tesoros inmensos y simplemente por las vias legítimas, es decir, por los caminos ordinariamente los mas largos y los menos lucrativos? Esto son, otras tantas paradojas, otros tantos misterios, prodigios incomprensibles. *Dichoso el rico que ha sido hallado sin mácula*, dice el Espíritu Santo, *¿quién es este? y le alabaremos, porque ha hecho cosas maravillosas* (1). El libro de los Proverbios añade que, *aquel que se apresura á enriquecerse, no es inocente* (2).

Sin embargo, yo supongo que pueda existir sin injusticia una grande pasion por las riquezas: yo supongo aun que son exageradas esas palabras de un Padre de la Iglesia:

(1) Eccles. XXXI, 8 et 9. (2) Prov. XXVIII, 20.

Todo rico es injusto, ó heredero de un injusto (1). ¿Cómo se abstendrá de los otros pecados un hombre codicioso de bienes? Si tan fácil fuera, no diria San Pablo que *la raiz de todos los males es el amor á las riquezas* (2). El ejemplo que Jesucristo nos ha dado en su vida, y la gracia que por su pasion y muerte nos ha merecido, están patentes para enseñarnos y ayudarnos á vivir en la piedad hácia Dios, en la justicia y en la caridad con respecto al prójimo, y muy sóbriamente por lo que mira á nosotros mismos: *Debemos, vivir en el mundo con temperancia, justicia y piedad* (3). Pero, á fin de que los designios del Verbo encarnado tengan cumplido efecto en nosotros, los apoya en el desprecio que debemos tener de los bienes perecederos: *Dichosos los pobres*, es la primera de sus enseñanzas: *Desgraciados de vosotros, ricos*, es la primera de sus amenazas. Por este medio ha querido demostrarnos que, así como el desprecio de las riquezas es el fundamento de su Evangelio, el apego á las mismas es, al contrario, su destruccion y su ruina. Sí, las

1 D. Greg. (2) I. Tim. VI. 10. (3) Tit. II. 12.

gentes apasionadas á las riquezas son los enemigos declarados del Salvador, cuyo nuevo edificio destruyen tanto como pueden; y así como los verdaderos cristianos son llamados hijos de la luz, aquellos son los hijos de las tinieblas: tal es la oposicion que existe entre unos y otros: el primer cuidado del verdadero fiel es *buscar el reino de Dios y su justicia;* el primero y el único cuidado del avaro, es buscar el modo de aumentar cada dia su tesoro. Debeis estar íntimamente persuadido que Jesucristo jamás ha dicho nada que no fuese verdad, y ¿no ha dicho en términos muy claros que no se puede servir á dos señores á la vez? *¿que no se puede servir á Dios y á las riquezas?* (1) ¿Os creereis capaz de hacer lo que el Salvador ha declarado que no estaba en el poder de persona alguna? Ó despreciará el uno y amará el otro, añade, ó bien se someterá al uno y detestará el otro. ¿Qué mas puede decirse? Aunque en la antigua ley fuesen propuestas las riquezas á título de recompensa, sin embargo, alarmaron de tal suerte á Salomon, que dirigió á Dios

(1) Matth, VI, 24.

esta súplica: *No me concedais riquezas, por temor de que estando saciado no me venga la tentacion de renegaros y de decir: ¿Quién es el Señor?* (1)

El amor á las riquezas no nos separa menos de nuestro prójimo que de Dios. No hay pasion que perturbe tanto la sociedad civil como el interés: esta pasion es el orígen de diferencias, de querellas, de procesos, de ódios y de divisiones; y no solo se litiga y se disputa con todo el ardor contra los estraños, y á menudo por una friolera, sino que se hace contra un padre, contra una madre, contra un hermano, contra una hermana, que llegan á ser enemigos irreconciliables por una insignificante parte de bienes que cada uno se atribuye. El espíritu del cristianismo es un espíritu de paz, de union y de caridad; pide que hagamos bien á todos en cuanto nos sea posible; pide que amemos á los otros como á nosotros mismos, del modo que Jesucristo nos ha amado; el espíritu del interés quiere que solo nos amemos á nosotros mismos, que solo pensemos con nosotros, que todo lo haga-

(1) Prov. xxx, 8 et 9.

mos redundar en provecho nuestro; con tal que le resulte alguna ventaja, poco le importa que sea en perjuicio de tercero. Así es que el negociante solo busca monopolizar, si puede, las mercancías, y en seguida ponerlas en venta á un precio exorbitante lo mismo si son buenas que si son de mala calidad. Así es tambien que el hombre de posicion las mas de las veces se cuida poco de que los pobres perezcan de hambre, que los obreros vean frustrados los resultados de su trabajo, que á sus criados no se les pague el salario de sus servicios, que se corrompan los muchachos por falta de instruccion y de vigilancia, que las deudas no sean satisfechas; todo esto, repetimos, le embaraza pocó con tal que vaya bien su soberbio equipaje, su magnífica mesa, el juego y mil otros gastos de toda clase. Seria nunca acabar si se quisiesen describir todas las iniquidades de un hombre apasionado á las riquezas.

Concluyamos, que el hombre, de quien se ha apoderado el amor de las riquezas, no deja lugar en su corazon para su eterna salud; el Espíritu Santo se expresa muy claramente

acerca de este punto, por boca del Sabio: *Nada hay mas injusto que amar el dinero, porque un hombre de esta especie venderia su alma* (1). Y ¿á quién la venderia? al demonio: y ¿para cuánto tiempo? ¿para cierto número de años, como los demás pecadores que vuelven por fin á Dios? no, sino para siempre; porque ¡ay! ¿dónde se hallan aquellos que, habiendo cometido alguna injusticia, hacen la debida restitucion? Se van buscando y rebuscando personas que, aunque condescendientes, todos, sin embargo, reconocen que los bienes en cuestion son mal adquiridos, segun la declaracion que les hacen; pero, al fin, desentierran alguno que, ó mas audaz, ó mas ignorante, piensa de otro modo; y se atiene á él, y él solo prevalece contra todos, y él es el único que entiende los negocios. Si no se puede eludir absolutamente la obligacion de restituir, se promete devolver, y siempre se difiere, y se dice que con el tiempo lo encargará á sus herederos; ó bien, si se restituye, se hace á medias, porque se hallan, dicen, en la imposibilidad de hacerlo de otro

(1) Eccles., x, 10.

modo; los acreedores se ven obligados á aceptarlo por temor de perderlo todo: en adelante queda tranquilo, morirá sin inquietud, y con la conciencia cargada de una verdadera injusticia.

LECTURA XXVII.

Remedios contra el amor a las riquezas.

El primer remedio para curar vuestra ardiente calentura, como la llama un padre de la Iglesia, *es una fiebre vuestra avaricia*, consiste en dirigiros á la omnipotente bondad del Señor, diciéndole con el Salmista: « *Inclinad mi corazon hácia vuestra santa ley, y no hácia la avaricia* (1). Cambiad, Señor, mi amor á los bienes frívolos y perecederos, en amor á vuestros santos preceptos. » Cuando el Profeta-rey opone á la avaricia la observancia de los divinos mandamientos, no quiere significarnos tan solo que el apego á los bienes de la tierra es una fuente de transgresiones

(1) Ps., CXVIII, 36.

de la ley, sino que nos advierte además que cuanto mas obligados estamos á guardar esta misma ley, otro tanto debemos implorar la asistencia de Dios para que nos libre de la desgraciada pasion por las riquezas. Cuando este mal ha llegado á ser extremo, solo hay dos medios para destruirlo: ó la muerte, que todo lo arrebata, ó bien la gracia superior, que está concedida á la perseverancia y á la humildad de nuestras oraciones, que rompe el encanto que nos tenia ciegos, y nos hace vislumbrar las riquezas como humo, segun el Apóstol.

Otro medio, para desprenderse del amor á las riquezas, seria acostumbrarse á concebir por grados algun desprecio; acostumbrarse á no estimarlas ciegamente, á no considerarlas como ventajas muy grandes, á no envidiarlas á sus poseedores, á no creer felices aquellos que tienen inmensos bienes, como se lo persuade el mundo reprobado por Jesucristo, sino, al contrario, mirarlos como personas muy expuestas al peligro de ser eternamente desgraciadas; como gentes, á quienes el Soberano Juez de los grandes y de los pequeños,

dirá tal vez muy luego esas terribles palabras: *Acordaos que habeis recibido ya en vida vuestra dicha y vuestra satisfaccion* (1). Por esto el desprecio de las riquezas fué como el primer signo y el primer grito del cristianismo naciente. Entonces los fieles, no contentos de no poseer nada como propio, llevaban á los piés de los apóstoles el precio de los bienes que habian vendido. Querian testificar con esto, y del modo mas auténtico, á todos sus descendientes, que el verdadero discípulo del Evangelio debe hollar con los piés el dinero, como un ídolo del paganismo que no podemos adorar. Sin embargo, es necesario decirlo, ni la posesion de las riquezas, ni el uso que de ellas se hace, cuando está bien regulado, no constituyen crímen alguno; grandes servidores de Dios han sido ricos, y grandes servidores de Dios pueden serlo y disponer útilmente de sus bienes; pero, ¿es posible amarlos sin cometer falta alguna? Así es, que un rico que quiere sinceramente su salvacion, no le resta mas que uno de estos dos caminos para tomar: ó despojarse real-

(1) Luc., xvi, 25.

mente de sus bienes para seguir á Jesucristo pobre, ó hacer tan poco caso de ellos, que, ora para aumentarlos, ora para no perderlos, no ofenda jamás al Señor. Cuando se obra de este modo, la maldicion que el Señor dió á los ricos no les comprende. Porque, así como los pobres no son dichosos sino en tanto que son *pobres de espíritu*, es decir, desprendidos de los bienes de la tierra, del mismo modo los ricos no son malditos sino en tanto que son ricos de espíritu, es decir, aficionados á los bienes de la tierra.

Tal vez replicareis: ¿cómo es posible despreciar ventajas tan universalmente amadas y con tanto afan buscadas, que casi se prefieren á todo? El mejor medio para obtener ese desprecio es proponerse otras ventajas que sean infinitamente mas considerables. Tal es la regla ordinaria y natural para convertir nuestro afecto en desprecio con respecto de cualquiera cosa. Mas los bienes infinitamente preferibles á las riquezas son los bienes de la gracia y los de la gloria, en que son coronados los primeros. Todas las ventajas del mundo, la ciencia, la hermosura, las riquezas,

la salud, todas las perfecciones imaginables de los hombres y de los ángeles reunidas, no igualarian el valor de un solo grado de gracia. La gracia es el don mas precioso que Dios puede dispensar á los mortales; es un destello de la luz increada, que es Dios, una participacion del Ser divino, como el nudo de una verdadera amistad entre el Criador y su criatura. Puesto que tal es la excelencia de la gracia, que aun no es mas que el bien posible en esta vida perecedera, ¿cuál deberá ser, pues, la excelencia de la gloria, bien soberano, infinito de la vida eterna? Como este bien supera todos nuestros pensamientos, solo dirémos: Que la gloria del cielo es un bien tan grande como Dios; como este Dios, que, contemplándose á sí mismo, ha sido desde la eternidad infinitamente dichoso; como este Dios, cuya clara vision nos hará eterna é infinitamente dichosos.

Hé aquí los bienes que la fé nos revela y nos promete. Y vosotros solo anhelais las riquezas, que son la mas vil porcion de los bienes creados; y ¿por estos bienes disputais, mentís y rompeis por todo? ¿Por estos bienes

estais sin cesar inquietos? ¿Por ellos aventurais la dicha eterna? ¡Los cristianos, que tienen una religion del todo celestial, los hijos de Dios, destinados á reinar un dia con él en el cielo, se rebajan de este modo por las afecciones terrestres! Por esta senda se convierten en polvo, segun expresion de san Agustin: Si amais la tierra, sois terrestre. Reanimemos, pues, nuestra fé y nuestra esperanza, que nos descubren y nos anuncian otra felicidad verdadera y otras riquezas que las de aquí bajo: con la ayuda de estas dos virtudes nos será fácil disgustarnos de todo lo que nos atrae y nos seduce en este valle de lágrimas. «Lo que creemos es indescriptible, decia un soberano pontífice; lo que esperamos es inmenso; no tengamos, pues, nada de bajo, ni de limitado en nuestro modo de vivir.» Dejemos para los infieles el amor de las riquezas; son el mayor bien que conocen; por lo que á nosotros hace, ilustrados por la luz del Evangelio y educados con el glorioso título de coherederos de un Dios-Hombre, tomemos la firme resolucion de despreciar bienes indignos de nuestro rango.

LECTURA XXVIII.

De la limosna.

Despues de un generoso desprecio de las riquezas, es necesario pensar en el modo de eternizar su posesion, empleándolas segun el espíritu del Evangelio. Jesucristo nos dice primero que no hagamos caso alguno de las riquezas, porque son bienes groseros, frágiles y que, por fin, los arrebata la muerte: *No aumenteis tesoros en la tierra, en donde los toman el orin y el gusano, y los descubren y los roban los ladrones* (1): y en seguida añade que debemos colocarlos en el cielo, en donde están asegurados. Y ¿cómo lo harémos? socorriendo á lo pobres: *Vended lo que teneis y dis-*

(1) Lib. de Ob.

tribuidlo en limosnas..... acumulad en el cielo un tesoro que jamás perezca, en donde no se acercan los ladrones y los gusanos no le corrompen De esta manera, por una insigne gracia del Salvador, los bienes que la corrupcion del corazon humano convertiria en crímen, se convierten para nosotros en ventajas eternas, fuentes venenosas se cambian en manantiales saludables; los instrumentos de nuestra reprobacion en medios para salvarnos. Todo esto se verifica con respecto de aquellos cristianos, á quienes el celo por la gloria del divino culto, ó el espíritu de caridad por las fundaciones en favor de los pobres, les conduce á sacrificar una parte de sus bienes. Pero nosotros nos limitarémos á tratar aquí de la caridad, llamada limosna, que es el camino mas comun de enriquecerse para el cielo. Nada hay que Jesucristo nos recomiende con mayor eficacia que esta especie de caridad, y nada hay tampoco que sea recompensado con mayor liberalidad: establece por medida de su misericordia hácia nosotros, la medida de nuestra caridad hácia los pobres; por medida de su rigor con res-

pecto á nosotros, la medida de nuestra dureza respecto á los pobres; sobre lo cual san Cipriano exclama: «¿De qué modo Jesucristo podria obligarnos con mayor eficacia á practicar las obras de misericordia?» Nos asegura que es él mismo quien recibe lo que damos á los pobres, que el pobre representa su persona, que el pobre es nuestro acreedor con relacion á las deudas que debemos satisfacer á Dios. Así es que en el dia de llanto y de terror, en que han de comparecer todos los hombres para ser juzgados, la sentencia que pronunciará Jesucristo contra los réprobos, estará fundada principalmente sobre su dureza con respecto á los menesterosos; insistirá acerca de la violacion del precepto de la limosna, como si la insensibilidad por la miseria de los pobres fuese el orígen de todos los otros crímenes, ó los superase á todos. De otra parte; examinando bien porque el rico, de que habla el Evangelio, es condenado al fuego eterno, se ve que es porque vivia en medio de las delicias, mientras que observaba sin piedad al pobre, falto de todo y en medio de los sufrimientos.

Ciertamente, si queremos dar fé á las palabras de Jesucristo, debemos convenir que todo rico que no socorre al pobre, *tendrá el infierno por herencia*. En el supuesto, pues, de que queremos obrar segun nuestras creencias, ya es tiempo de ponernos en regla acerca del buen uso de nuestras riquezas. Arreglemos cuentas con nosotros mismos para examinar seriamente el total importe de nuestros bienes, á fin de proporcionar á ellos nuestras limosnas. Consultemos á un santo y hábil director sobre un precepto, cuya observancia nos importa tanto, como oir de la boca de nuestro soberano Juez una sentencia favorable en el dia de las venganzas. ¡Tengamos la generosidad de ir aun mas allá da las prescripciones de tan estrecha obligacion, á fin de ser contados entre el número de esas almas caritativas, á las cuales están prometidos toda clase de bienes! Las santas Letras están llenas de esas promesas; Dios ha dado su palabra infalible, diciendo, que *todo mal será alejado de nosotros, y que todo bien nos será procurado*. Nos promete libertarnos de la indigencia: *El justo está siempre preparado*

para aliviar las necesidades de sus hermanos, ya con préstamos, ya con limosnas; esto perpetuará las bendiciones del cielo sobre su posteridad (1). Nos promete tambien protejernos en las persecuciones que nos susciten: *La limosna será un arma mas poderosa para combatir contra vuestro enemigo, que el escudo y la lanza del hombre mas valiente.* No hay mal alguno, así en esta como en la futura vida, contra el cual no deba ser la limosna nuestra defensa: *Encerrad la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por vosotros á fin de libraros de todo mal.* El Señor promete aun todos los bienes espirituales á una grande caridad: *El que es misericordioso, encontrará la justicia y la gloria.* A esta promesa, añade la de perseverancia en el bien, la cual es la mas señalada de todas las gracias: *La limosna se conservará como las niñas de los ojos* y hará que encuentre la vida eterna. ¿Cuánta es, pues, la locura de los ricos avaros? Pueden con poco gasto alcanzar toda clase de bienes; y prefieren ser crueles hasta consigo mismos, á dejar de serlo para con sus seme-

(1) Ps. XXXVI, 26.

jantes. Cuidan de sus riquezas para el caso de necesidad; pero ¿qué necesidad, qué males mas apremiantes pueden tener que librarse de sus verdaderos males, que son los del alma? ¿qué necesidad mayor puede haber que la garantía de la eterna dicha, que es la recompensa de la limosna? ¿Qué necesidades son mas reales y mas apremiantes para ellos? Esos bienes con los cuales puede formarse un tesoro en el cielo, tal vez se los arrebatará mañana la muerte, como los quita á tantos otros en el momento que menos lo esperaban. Reflexionad sobre estas verdades en presencia de vuestro Dios y convendreis en que el único bien sólido que os resta es el que haceis á los pobres. *Todo lo que poseo se halla en lo que he dado*; y todo lo que les denegareis quedará eternamente perdido para vosotros.

LECTURA XXIX.

El octavo obstáculo para la salvación
es la dureza respecto del prójimo.

Ningun legislador entre los hombres ha hecho una ley que mandase amar al prójimo: el único legislador supremo, Dios, ha dictado esta ley para todos, y prefiere su observancia al sacrificio: *Amar al prójimo como á sí mismo es alguna cosa mas grande que todos los holocaustos y que todos los sacrificios* (1). La razon de este precepto consiste en que el hombre, arrastrado por el peso de una naturaleza corrompida, se busca únicamente á sí mismo en todo, todo lo refiere y lo reduce á sí,

(1) Marc. XII, 33.

sin consideracion y sin miramiento para los otros. Pero Dios que ama á los hombres, obra de sus manos, quiere tambien que nos amemos mútuamente y que nos hagamos el bien posible los unos á los otros, como él lo hace á cada uno de nosotros. Esta ley de amor era tan querida de los primeros cristianos, que en aquel entonces les distinguia de los infieles, todos ellos no componian mas que *un solo corazon y una sola alma;* y la menor division, y la menor tibieza les hubiera parecido una falta enorme. Mas hoy dia tenemos grandes motivos para lamentarnos y para exclamar como el profeta Jeremías; ¿Cómo se ha manchado el oro? (1) ¿Cómo el oro de una caridad tan pura se ha obscurecido tanto? ¿Cómo se han eclipsado esos buenos tiempos del cristianismo naciente? Léjos de reconocer á un hermano en el prójimo, sea quien quiera, solo se vé á un extraño: si la sangre, el interés, ó alguna otra pasion no nos mueve, el corazon permanece insensible, helado; solo se siente la dureza, solo se tienen, segun expresion del Espíritu Santo, *crueles entrañas* (2).

(1) Thren., IV, 1. (2) Prov., XII, 10.

Sin embargo, el Señor nos ha mandado en todas épocas el amor al prójimo, y en las tres leyes que ha dado, ha extendido mas y mas la medida de este amor. La primera fué la ley natural, escrita en nuestros corazones; y la medida de la cavidad que nos prescribe consiste en tratar á nuestros semejantes del modo que nosotros queremos ser tratados: *Haced á los hombres todo lo que quereis que os hagan* (1). La segundo fué la ley escrita de Moisés, y la medida señalada á la caridad para con el prójimo, fué amarle como á nosotros mismos: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (2). La tercera es la ley de gracia, establecida por Jesucristo, y en esta la caridad no reconoce límites, porque el Verbo encarnado prescribe como regla su amor mismo para nosotros: *Os doy un precepto nuevo, que os ameis los unos á los otros como Yo os he amado* (3). Puesto que tal es la regla, que el Evangelio impone á la caridad para con el prójimo, si nosotros le tratamos duramente ¿qué podemos esperar cuando comparecerémos en el tribunal de Jesucristo? *Su espíritu es de dulzura*, es pues

(1) Matth., VII, 12. (2) Ibid., XXII, 39. (3) Joan., XIII. 34

necesario que le imitemos, ó bien se convertirá en espíritu de rigor para con nosotros. *Señor*, decia David, perseguido de sus enemigos, *Vos sereis bueno con el bueno y riguroso con el malo* (1).

Resumamos en tres puntos todo lo que puede hacerse contra el precepto de la caridad, que el Salvador impone á todo cristiano. Se ejerce comunmente la dureza con respecto á tres clases de personas; los inferiores, los pobres y los que nos han ofendido. Las gentes duras con respecto á sus inferiores deberian recordar con frecuencia estas palabras del Sabio: *No os hagais terribles, como leones furiosos, en vuestra casa* (2). Examinaos acerca de este punto y ved de que manera os conducís respecto de vuestros domésticos. San Martin, cuando aun era catecúmeno, trataba á su criado como hermano. San Cárlos Borromeo, en las visitas que hacia á su diócesis, se encargaba de despertar por la mañana á las personas de su séquito, á fin de que descansasen tranquilamente, y si pasaba antes de tiempo por el aposento en que dormian, lo

(1) Ps. XVII, 26. (2) Eccles., IV, 35.

hacia con todas las precauciones imaginables para no interrumpirles el sueño. Naaman, aunque idólatra, era mirado por sus dependientes como *su padre* (1). Y vosotros, cristianos, haceis consistir una parte de vuestra grandeza en tratar rudamente á todos los que dependen de vosotros, ó que están á vuestro cuidado: vuestros subalternos, los trabajadores, los domésticos; no teneis miramiento alguno respecto de estos últimos, mientras que cuidais con esceso los animales á menudo inútiles, y cuya pérdida sentís casi hasta el punto de haceros derramar lágrimas. El centurion del Evangelio tenia tal caridad para su criado enfermo, que fué en persona á suplicar á Jesucristo que se dignase curarlo: este buen señor, dice el sagrado texto, amaba su criado como su tesoro, le queria y le apreciaba (2), su ternura le hacia temer que la muerte se lo arrebatase. Hoy dia, si un criado enferma se le despide, ó bien se le abandona en manos poco cuidadosas, ó bien si se pone el debido cuidado es una caridad ejemplar y no comun. Los primeros cristianos

(1) 4 L. Reg., v. 18. (2) Luc. v n. 2.

buscaban los enfermos y se los llevaban en sus casas para servirles como á sus mismos parientes, como á sus hermanos; y los cristianos de ahora despiden á menudo de su casa á las personas, que una enfermedad contraida á su servicio les imposibilita continuar por falta de socorro. ¿Dónde está, pues, la conmiseracion natural? ¿dónde la humanidad? En la ley antigua, Dios habia prohibido que se apesadumbrase hasta á un esclavo (1); y vosotros maltratais sin razon á un hombre rescatado como todos por la sangre de Jesucristo, á un hombre tal vez amado de Dios por su sencillez, mientras que vosotros sois de seguro aborrecidos por vuestra dureza; un hombre que probablemente se verá sobre vosotros en el dia del último juicio: entónces la escena cambiará de faz; colocado tanto mas bajo cuanto sereis colocado mas alto por el orgullo, le vereis á causa de su paciencia, *sentado como un rey sobre su trono.*

(1) Lév., xxv, 43.

LECTURA XXX.

Continuación de la precedente lectura.

La dureza no es menos comun respecto de los pobres que respecto de los inferiores. Es propio del espíritu mundano, herido con tantos anatemas por Jesucristo, no tener compasion, amor, ni cuidado que de sí mismo. Al oir contar, ó al ver las necesidades extremas del pobre, se emplea el lenguaje del cruel Cain: ¿Estoy acaso encargado del destino de ese desgraciado? Esas personas no tienen con que vivir ¿estoy por ventura obligado á alimentarles? *¿Qué tomaré mi pan y mi agua y la carne de los animales que he mandado matar para darla á personas que no co-*

nozco? (1). Este era el insultante discurso del rico Nabal, en una necesidad apremiante en que se le reclamaba en vano su socorro. Cada dia se oye lo mismo respecto de los menesterosos : no se contentan con ser de hierro y de bronce acerca de su estado tan digno de compasion ; se les rechaza, se les despide con el mayor desprecio , como si fuesen el oprobio del género humano y como si fuese formado de otro barro : *Así como la humildad es abominable al soberbio*, dice el libro del Eclesiástico , *del mismo modo el pobre horroriza al rico* (2).

El leon pierde mucho de su ferocidad cuando está apaciguada su hambre ; el rico es tanto mas inhumano, cuanto mas colmado se halla de riquezas ; cuanto mas se cree á cubierto de la indigencia , tanto menos es su piedad para con el indigente. La experiencia nos pone á la vista todos los dias esos prodigios, ó mas bien esos mónstruos de crueldad. La razon de esto parece evidente , cuantos mas bienes posee el hombre , tanto mayor es su orgullo ; cuanto mayor es su orgullo, tan-

(1) 1 Reg. xxv, 11. (2) Eccles., xiii, 24.

to es mas irreligioso ; cuanto mas irreligioso es, tanto mas cerrado tiene su corazon á todo sentimiento cristiano. Los ricos se miran como si estuviesen solos sobre la tierra, como se lo reprende el profeta Isaías, prediciéndoles la suerte de sus riquezas : *Desgraciados de vosotros los que juntais casa á casa y que reunís tierras á tierras hasta que os falta espacio : ¿ habitareis acaso vosotros solos la tierra?..... Yo os declaro que esta multitud de casas, que esos palacios tan grandes y llenos de adornos quedarán todos desiertos* (1).

Puesto que la dureza va tan léjos respecto de los pobres, que no nos han inferido la menor injuria ¿ hasta dónde la llevarán respecto de aquellos que les han causado algun daño, sea de la manera que fuere ? El mundo está lleno de personas delicadas y sensibles, que todo les hiere y á quienes la mas ligera ofensa, un gesto, una palabra, una bagatela, abre en su corazon una profunda llaga. ¡ Estraña debilidad ! digamóslo mejor, orgullo insoportable. Teneis el ejemplo de tantos santos, cuya dulzura no pudieron alterar jamás,

(1) Is.. v. 8 et 9.

ni las mas negras calumnias, ni las mas violentas persecuciones, ni los mas afrentosos suplicios. Sin embargo, una sola palabra, poco respetuosa segun vosotros, escapada á la vivacidad ó por inadvertencia, os agria y os irrita; pedís una satisfaccion humillante al agresor, quereis que lo recuerde y que se arrepienta toda su vida. Y no me refiero en esto á esos hombres que se glorian de seguir en todo las reprobadas máximas del mundo; hablo por aquellos que respetan, ó que hacen profesion de respetar las reglas del Evangelio. ¿Cuántos se cuentan entre estos últimos que dicen que no quieren mal alguno á aquel de quien están ofendidos, y que no dejan de denigrarlo cuando se presenta ocasion, de alegrarse de sus desgracias, y aun de consolarse que el mismo Dios haya tomado de su cuenta vengarles? ¡Ojalá aun que estos sentimientos naciesen de improviso en el corazon sin permanecer mas en él! pero desgraciadamente sucede casi siempre lo contrario. El tiempo que, al parecer, deberia borrar el recuerdo de una injuria, solo sirve para conservarla y mantenerla: ese recuerdo

se convierte , por fin , en un ódio que dura y envejece con nosotros. ¡ Quisiera el Señor preservaros de tener un corazon así dispuesto ! Se muere con el ódio, y á menudo ¡ ay ! tampoco muere ; nos sobrevive y pasa á nuestros hijos y se perpetúa alguna vez hasta la última generacion.

LECTURA XXXI.

Es muy perjudicial para salvarse la dureza respecto del prójimo.

Es una verdad incontestable, puesto que es del Evangelio, que la medida de nuestra misericordia hácia los otros, será la medida de la divina misericordia hácia nosotros. En todas las virtudes cristianas, Dios mismo se nos propone por modelo: *Sed santos*, dice, *porque yo soy santo* (1); el Verbo encarnado quiere que aprendamos de él la dulzura y la humildad: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon* (2). Pero este órden, dice san Pedro Crisólogo, queda cambiado cuando se trata de la misericordia: Dios quiere te-

(1) Lev., XIX, 2. (2) Matth., XI, 29.

nernos entonces en algun modo por modelo; es decir, que segun fuere nuestra misericordia para con el prójimo, será la suya respecto de nosotros. Vosotros, pues, ¡oh, hombres! continúa el mismo santo Padre, vosotros mismos sois la medida de la misericordia para vosotros. Sed misericordiosos tanto como deseais que lo sean para vosotros; está en vuestro mano el derecho de indulgencia en el grado que la pedís; se os ha constituido árbitro de vuestro perdon. ¿Hay alguna exageracion en estas palabras? El Evangelio quita toda duda acerca de este punto: *Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará... Porque con la misma medida con que medireis á los demás, se os medirá á vosotros* (1). ¿Qué términos mas formales podia usar Jesucristo? Perdonad, dice, y se os perdonará; extended vuestra mano sobre las miserias agenas, y yo extenderé la mia sobre vuestras propias miserias: sabed que la Providencia ha regulado mi conducta en este punto sobre la conducta de los hombres, los unos para con los otros. ¿Qué pensais que hace Dios cuando permite

(1) Luc., VI, 38.

que seais injuriado? Por su parte, creedle, os dispensa un gran favor: por este medio os abre los tesoros de su gracia; os invita á participar de ellos tanto como cedereis de vuestros supuestos derechos; quiere en algun modo cambiar el perdon que concedereis por la remision entera de vuestras deudas para con él. Sin embargo, vosotros os lamentais, exagerais una injuria tal vez lijera, os entristeceis en vez de decir como el Profeta: «¿Por qué me aflijo cuando mi hermano me contrista? Perdonándole, ¿no aseguro el perdon de mis faltas? ¿qué objeto tan grande de consolacion y de alegría?» Pero, léjos de aprovecharos de tan feliz ocasion, que el Señor os envia para satisfacer vuestras culpas, os servís de ella para aumentar mas y mas vuestros cargos, por el abuso que cometeis; y en vez de reconciliaros con Dios, os atraeis su mas severa justicia. Sí, el mayor enemigo en el mundo, todo el infierno desatado, ¿podria ser mas cruel para con vosotros de lo que lo sois vosotros mismos? A fin de disimularse el resentimiento que alimentais, decís: «Yo no quiero mal alguno á este hombre, pero, aña-

dís, no sabria resolverme á hablarle. » Dios obrarará del mismo modo, no os hablará en el corazon ¡qué terrible es este silencio! Os ha señalado una regla respecto de vuestro deudor, dice san Agustin; *hará lo que hagais* (1). Pero es un ingrato, es un desgraciado que no merece perdon. Vuestro Dios os encontrará aun mucho mas ingrato y mucho mas miserable; os juzgará indigno de su clemencia. Pero si le perdonais, si os anticipais y le salís al encuentro, ¿abusará de vuestra bondad para ofenderos de nuevo? Vuestro Dios dirá de su parte que si os perdona, si os dispensa su gracia, abusareis de su bondad para volver mas fácilmente á vuestro desórden. Os le dirigireis, y cerrará el oido á vuestras súplicas; os confesareis con el corazon ulcerado; y vuestra confesion, en vez de borrar vuestras faltas, las multiplicará: sereis absueltos por un ministro de la penitencia, que no puede leer lo que pasa en vuestra alma, y sereis condenado secretamente por Jesucristo, que ve tan criminal situacion: *El que quiere vengarse caerá en la venganza del Señor, y Dios*

(1) Aug. Serm. 15, De verbo Dom.

le pedirá cuenta de sus pecados para siempre jamás (1). En una palabra, sin acumular tantas dificultades, sin buscar tantos razonamientos: ó quereis, ó no quereis que Dios os haga misericordia: si no lo quereis, firmais desde luego, y con vuestra propia mano, la sentencia de vuestra reprobacion; si lo quereis, haced respecto de vuestro prójimo como una tierna madre que oculta los defectos de sus hijos, que los escusa y los olvida. « Dios os hace juez de vuestros crímenes, dice san Crisóstomo, si perdonais al que os ofende, y con este acto lo poneis en el número de vuestros amigos, Dios os tratará de la misma manera. »

Despues de haber aplicado esta regla de la divina misericordia á la nuestra acerca de aquellos que nos han ofendido, es necesario aplicarla á lo que Dios exige de nosotros para con los pobres: *No aparteis vuestra mirada del pobre, y el Señor no apartará su rostro de vosotros* (2). El mismo Espíritu Santo nos habla de este modo por boca de Tobías: no nos dice que hagamos limosna á todos los po-

(1) Eccles., xxviii, 1. (2) Tob., iv, 7.

bres, lo módico de nuestros recursos tal vez no alcanzaria á tanto; pero nos ordena compadecernos de nuestros males, consolarlos, y despedirlos por lo menos con palabras caritativas. Dios nos promete devolvernos todo esto de una manera digna de su infinita largueza: *El que se compadece de los pobres será dichoso.* Por fin, apliquemos esta regla de misericordia con el prójimo, quien quiera que sea; si le tratais con dulzura, Dios será bondadoso con vosotros; si le tratais duramente, Dios será severo respecto de vosotros: *Un juicio sin misericordia será la herencia de aquel que no es misericordioso* (1).

(1) Jac. II, 13.

LECTURA XXXII.

Remedios contra la dureza para con el prójimo.

Empezarémos, como siempre, implorando el socorro del Espíritu Santo, á fin de que nos conceda un corazon tierno para con el prójimo. Tan afectuosa caridad, es señal de predestinacion. El Profeta llama á los elegidos *los ungidos con el sagrado óleo*, para significar la tierna compasion de que están poseidos para con sus hermanos. Al contrario, la dureza respecto del prójimo, ya en las palabras, ya en los modales, ya en los sentimientos, esta dureza tan comun á los grandes y á los ricos, es signo de reprobacion. *El corazon duro será lleno de males al fin de su vida.*

Si quereis, pues, asegurar vuestra salvacion, rogad con insistencia al Señor, para que *os arranque vuestro corazon de mármol*, y os conceda *un corazon de carne*, es decir, *entrañas caritativas. Revestíos como los elegidos de Dios, santos y bien amados, de ternura y de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de paciencia.*

El segundo medio consiste en substituirnos en su lugar, para conducirnos en adelante con respecto á él del modo que desearíamos que se nos tratase. Imaginaos que, así como sois su superior y el vuestro inferior; que así como vos sois rico y él pobre; hubiese podido suceder que él fuese el superior y vos el inferior, él podria ser rico y vos pobre. En el supuesto de que las cosas hubiesen marchado de esta manera ¿cómo hubierais deseado que se os tratara? Con fiereza, rudamente, con desden? nó, sino con bondad, con dulzura, con caridad. ¿Porqué no observais pues la misma conducta con respecto al prójimo? La sola razon os lo dicta.

Pasemos al tercer medio. En el sacramento del Bautismo, el Espíritu Santo pone en nues-

tras almas los hábitos de tres virtudes, llamadas *teologales*, á fin de que podamos en su caso practicarlas fácilmente. Pero la mayor parte de los cristianos no hacen fructificar *esos talentos*, y los hunden á veces en tan profundo abismo de vicios que restan verdaderos pobres en medio de las riquezas. En cuanto á vosotros, trabajad en cultivar ese fondo de virtudes infusas, y esto para el prójimo que debe ser otro de vuestros principales objetos. Primeramente la fé os manifestará á Jesucristo en el prójimo y sobre todo en los pobres. El Dios Salvador, dejando este mundo, ha establecido dos clases de personas, que le representasen mas particularmente, á saber: sus ministros y los pobres. Nos dice, en cuanto á los primeros: *El que os escucha á mí me escucha, y el que os desprecia á mí me desprecia* (1). Nos dice, respecto de los últimos: *Lo que hareis con el mas pequeño de mis hermanos, lo habreis hecho á mí mismo* (2). Una fé ordinaria parece bastante para reconocer á Jesucristo en un superior; pero para reconocerle en el pobre, es necesario una fé viva

(1) Luc,, x, 16. (2) Matt., xxv, 40.

que penetre el exterior despreciable de que se halla rodeado y que descubra en su persona la oculta magestad de Nuestro Señor. Por esto el profeta-Rey exclama: *¡Dichoso el hombre que medita sobre el pobre y el indigente!* (1) Animado por esta fé, un rey de Francia llamaba su querida guardia á los pobres que le acompañaban casi por todas partes: animado por esta fé, san Juan, patriarca de Alejandría, llamaba á los pobres sus superiores y sus señores. Con el auxilio de la fé, santa Margarita, reina de Escocia, y santa Edviges, reina de Polonia, servian arrodilladas á los pobres, lavaban sus piés y besaban sus llagas. San Paulino, san Serapio y muchísimos otros se constituian voluntariamente esclavos para la redencion ó para el alivio de los desgraciados. ¡Ah! por falta de esta fé se ven hoy dia los pobres tan comunmente abandonados!

En cuanto á la virtud de la Esperanza cristiana, es necesario renunciar al bautismo y á las divinas promesas, ó bien confesar nuestra extremada locura; porque nosotros

(1) Ps. XL, 2.

esperamos tener parte un dia á la gloria de los elegidos, y nosotros sabemos que no se verificará sin buenas obras; sabemos que, entre las buenas obras, las de misericordia para con el prójimo son muy agradables á Dios, muy ventajosas para nosotros y muy fáciles de cumplir. ¿De que nos sirve, pues, el hábito de la esperanza infusa en nuestras almas, sino practicamos esta virtud en las cosas que son su fundamento, que la fortalecen y nos ponen en el caso de esperar de Dios el cumplimiento de sus magníficas promesas? ¿No hay acaso pobres en el lugar que habitais, no hay enfermos, presos y otras personas que tengan necesidad de socorro para el alma ó para el cuerpo? Socorred la miseria de los unos, visitad á los otros, consolad á estos, instruid á aquellos. Obtener el cielo á ese precio ¿es comprarlo demasiado caro? « Dad al pobre lo que no es mas que tierra para alcanzar el cielo, dad alguna moneda para obtener un reino, dad algun resto de vuestra mesa para recibirlo todo, dad al pobre para daros á vosotros mismos (1).» Es un consejo

(1) S. Pet. Chrysol., Serm. 8.

de san Pedro Crisólogo, que deben seguir todos los cristianos que esperan otra vida despues de esta. Procurad hacer al prójimo todo el bien posible, segun vuestro estado; ayudad, si podeis, con vuestras limosnas, con vuestros cuidados, con vuestro crédito, ó por lo menos con vuestras oraciones á los que se consagran á su servicio, bien sea por las necesidades del cuerpo, ó bien por las del alma, mas importantes aun que las primeras. ¿Vuestra esperanza en la divina misericordia puede tener principios mas sólidos que tan santas obras? Cuando sereis emplazados en el tribunal de Jesucristo, y os pedirá cuentas, le manifestareis, por decirlo así, los ahorros que habeis hecho en favor de los desgraciados, y él tendrá mas compasion de vosotros que una madre de su hijo (1).

Por último la Caridad: la primera de todas vuestras resoluciones, para obtener vuestra salvacion, debe ser, amar á Dios sobre todas las cosas, apreciar su amistad sobre todo, y observar con la mayor exactitud su santa ley con la mira de complacerle. Hé aquí el pri-

(1) Eccles., IV, 11.

mero de los mandamientos; el es el alma, la vida y el mérito de todos los otros; para el que no lo observa mas le valiera no existir, ni haber existido jamás. ¿Quereis amar á Dios? Es necesario que ameis tambien al prójimo; estos dos preceptos no pueden separarse: son como dos ramas que tienen el mismo tronco; como dos arroyos que proceden de la misma fuente; son dos actos, pero producidos por el mismo hábito, por el mismo motivo de esta caridad, que ama á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios: *Hemos recibido de Dios este precepto: el que ama á Dios, ama tambien á su hermano* (1). Una esposa fiel y verdaderamente cristiana ama á su esposo y á todo lo que se refiere á él; ama su dicha, siente los males que le sobrevienen, y tiene afecto hasta al retrato que le representa en su ausencia. El alma fiel á su Dios ama de la misma manera todo lo que le pertenece; quiere sobre todo al prójimo, porque es obra de las manos de su criador, porque es su mas grande imágen sobre la tierra, hecha á su semejanza, porque es una conquista de su Re-

(1) Joan., IV, 21.

dentor, porque es un espejo animado en que se refleja el mismo Jesucristo.

Así es que, en la práctica, luego que se os presenta ocasion de ser útil al prójimo, aceptadla como un tesoro que Dios os ofrece, y decid: Hé aquí el que me representa la persona de Jesucristo; su justícia le transmite en algun modo sus derechos sobre mí; le traspasa las obligaciones que tengo contraidas por los bienes que de su mano he recibido; los designios de su misericordia dependen de la conducta que observe para con él. En seguida, para animaros aun mas, recordad en compendio las ricas promesas que hace el Señor á los que aman al prójimo: no hay bien alguno, ni en la tierra, ni en el cielo, ni por lo que mira al tiempo, ni á la eternidad, que no esté preparado para los cristianos caritativos. Esto aun es poco: el servicio que presteis al prójimo, hacedlo por causa del amor de Dios; acordaos y alegraos de servir á él mismo en su criatura; pensad únicamente en complacerle en tales momentos, en imitarle en aquel de sus atributos de que mas se gloría con relacion á nosotros, á saber; su mi-

sericordia y su beneficencia ; en ser misericordioso , casi diria singularmente. Todas vuestras obras de caridad, por pequeñas que os parezcan, tendrán un precio infinito, cuando se hagan por estos motivos. Este comportamiento nos une á Dios mas estrechamente, santifica mas y mas nuestra alma, nos dispone aquí bajo para esa dichosa vida del cielo, en donde nos amarémos todos para siempre jamás, en donde no compondrémos mas que un corazon y un alma.

LECTURA XXXIII.

El noveno obstáculo para salvarse
es temer poco al Señor.

Una embarcacion tiene igual necesidad de velas que de lastre; de velas para marchar, y de lastre para no ser echada á pique por las olas y por los vientos. Lo mismo sucede con nosotros; para marchar por el camino de la salvacion, la esperanza, principio de accion, nos es necesaria; pero el temor no lo es menos á fin de contenernos en medio de los peligros á que se halla expuesta la vida del cristiano: *El que evita los peligros estará seguro*, dice el Espíritu Santo (1). ¿En qué se

(1) Prov., xi, 15.

funda, pues, la seguridad de un crecido número de pecadores que siempre esperan y nada temen? En apariencia ignoran la conducta de los santos, directamente opuesta á la suya; no piensan que solo puede causarlo el espíritu de las tinieblas, que los ciega y los asegura; que este enemigo de nuestra salvacion les sugiere la seguridad, á fin de precipitarlos en la perdicion, segun la palabra de un Padre de la Iglesia. Ya no sorprende, despues de esto, que tantos cristianos, de escollo en escollo lleguen á naufragar y caigan en los eternos abismos; es el destino cierto de todos los que viven sin temor.

Por lo demás, es necesario distinguir dos clases de temor: el uno nace del amor de nuestra dicha, y se halla en el cristiano, que aborrece el pecado por causa de la pena; el otro nace de la caridad, y se halla en el cristiano que aborrece principalmente el pecado, y, por consecuencia del pecado, la pena misma. El primer temor es *de los principiantes*, el segundo *de los perfectos*. Al presente no hablamos de éste, sino del primero, ó mas bien, de un temor que participa de uno y

otro, pero en que tiene mayor parte el primero; y á éste se le llama *temor comenzado*. Esto supuesto, ¿es posible echar una ojeada sobre la conducta de los cristianos, notar cuán pocos son los que temen al Señor, y dejar de espantarse, á menos de haber perdido la razon y la fé? ¿No se ha llegado hoy dia á ese grado de audacia impía que el santo Job deploraba antiguamente? *Se imaginan que el Todopoderoso nada puede* (1). Un rey en escena llama mas nuestra atencion, y nos inspira mayor terror que la presencia de Dios, *que ve todos los sentimientos y que cuenta todos nuestros pasos*; con mayor circunspeccion ofenderíamos un hombre vulgar, que la que usamos para ofender al Señor del cielo y de la tierra; es por lo menos seguro que no se insultaria á ese hombre si no causaba daño á nadie; solo Dios es insultado porque es bueno. Es infinito el número de aquellos que le ofenden sin cesar, porque se prometen que les concederá siempre su perdon; si el castigo fuese mas pronto, se temeria mas en el instante de ofenderle. ¿Qué diferencia hacen

(1) Job, XXII, 17.

tantos cristianos audaces, entre la amistad ó el alejamiento de Dios, entre agradarle ú ofenderle, entre el cumplimiento ó el desprecio de su ley, cuando se trata de sus placeres, de sus intereses ó de sus pasiones? ¿Cuántas vueltas, cuántas reflexiones hacen acerca de sus terribles juicios, cuya incertitud, así para ellos como para todos, deberia llenarles de espanto? Nada piensan de todo esto: cargados de un sin número de crímenes, *se alegran, comen bien, duermen tranquilamente* y viven con la misma seguridad que si hubiesen ofendido á un Dios débil é impotente. Hacen como los hermanos de José, que despues de haberle echado en una cisterna á fin de que pereciese, *se sentaron para comer*, y conversaron con tanta tranquilidad como de costumbre. Esta paz presuntuosa, digámoslo mejor, esta estupidez es la causa principal de la condenacion de una infinidad de cristianos, como vamos á verlo.

LECTURA XXXIV.

Es muy perjudicial para salvarse
temer poco al Señor.

Sin el temor de Dios, el pecador no sale del camino de la iniquidad, y el justo no persevera en la senda de la justicia. La seguridad es igualmente contraria en el principio, que durante el progreso y en el cumplimiento de nuestra salvacion. Ella se opone al principio de esta importante obra: *El que está sin temor no podrá llegar á ser justo*, dice el Eclesiástico. En efecto, ¿de dónde procede la seguridad de que hablamos? Santo Tomás dice que tiene su raiz parte en el orgullo y parte en la locura: doble obstáculo para convertirse á Dios. El orgullo, aunque los peca-

dores tal vez apenas se dan cuenta de ello, no es menos uno de los móviles de su conducta. En el fondo de su corazon se miran, sobre todo, los grandes, los ricos, como hombres para quienes no existe el infierno; no pueden persuadirse de que Dios, por mas severo que se les represente, no tendrá mas consideraciones para ellos que para el comun. Con esos sentimientos, que desarrollan á medias, pero que el ojo de Dios penetra, continúan marchando por *la senda de los impíos*, libres de toda inquietud acerca de su porvenir. ¿Qué situacion mas contraria á la gracia, sin la cual, empero, la obra de la conversion no puede tener principio? ¿Qué presuncion, y de consiguiente, qué orgullo? Esas almas soberbias son llamadas, en las santas Letras, elevadas montañas á las cuales se les deniega una lluvia saludable, mientras que se concede á los valles: *¿Sobre quién echaré compasivas miradas*, dice el Señor, *sino sobre el pobre, que tiene el corazon humillado, y que escucha mis palabras con temblor?* (1)

(1) Is., LXVI, 2.

De otra parte, los cristianos que no temen al Señor se parecen á aquellos pueblos de que habla un escritor antiguo, quienes, por un exceso de locura, nada temian. Así es como afrontan y desafian en algun modo todos los rayos de la divina justicia. Los juicios de Dios, objeto de terrores, no les intimidan; los castigos ejemplares, con que son castigados á menudo los pecadores presuntuosos, no les aturden: *viven con la misma seguridad que si practicasen las obras de los justos* (1). ¿Cómo pueden convertirse? El camino ordinario que Dios toma para atraer á sí á los pecadores, es castigarles por el temor, poner á su vista la muerte próxima que les amenaza, el rigor de su juicio que sigue á la muerte, la eternidad de las penas del infierno que está abierto ¡verdades espantosas, que han hecho tantos penitentes! *Somos llamados por el temor,* dice san Bernardo, *y somos justificados por el amor. Precede el temor,* dice el mismo santo padre en otro lugar, *y sigue la justificacion.* En tanto que el temor no tiene cabida en el alma del pecador, no se aparta de sus

(1) Eccles., VIII, 14.

descarríos. San Agustin escribe que en su época no sucedió jamás que un idólatra quisiese convertirse á la fé sin estar *poseido de algun temor de Dios* (1).

Pero tampoco el hombre justo se sostendrá en la senda de la justicia sin el temor. Esta verdad está fundada en la fé y en la razon. En efecto, puesto que el temor es el fundamento de todo el edificio espiritual, *el temor de Dios es el principio de la sabiduría* (2). Es cierto que no solo no puede empezarse esta obra sin temor, sino que tampoco puede continuarse sin él y darle la solidez necesaria para que dure y subsista. Por esto el Sabio, que llama primero al temor, principio de la sabiduría, lo llama en seguida la perfeccion: *El temor del Señor es el complemento de la sabiduría* (3). El temor sirve para todo en el negocio de la salvacion, le da principio, sostiene el progreso y termina la perfeccion de las virtudes cristianas. Por esto decia san Bernardo haber aprendido por experiencia, que en todo tiempo no hay medio mas eficaz que

(1) Tract. 9 in Ep. Joan. (2) Ps. CX, 10. (3) Eccles., I, 22.

el temor de Dios para obtener la gracia, para conservarla y para recobrarla (1).

La razon lo corrobora tambien de un modo plausible. « El que teme, dice san Agustin, se aparta de todos los peligros para no reincidir en el pecado (2).» Al contrario, «el que no teme se expone á todos los peligros, y de consiguiente, á toda clase de caidas, dice Tertuliano (3).» Los ventajosos efectos del temor se observan claramente en ciertas circunstancias, que nos lo inspiran, así como desaparecen desde el punto que dejan de subsistir las circunstancias que lo han ocasionado. Cuando alguna poblacion se halla atacada por la peste ó por cualquiera enfermedad contagiosa; cuando una ciudad se halla conmovida hasta en sus cimientos por un espantoso terremoto; cuando una recia y violenta tempestad agita de todos lados una frágil nave en el mar; cuando estalla un formidable huracan, y los rayos rasgan las nubes, y el trueno retumba con estrépito, entonces la oracion, el socorro del Señor, y las

(1) Ser. 54,, n. Cant. (2) Tract. 90 in Epist. Joan. (3) De Cultu fæm.

resoluciones de no ofenderle jamás, suceden á las rjsas, á los juegos, á las conversaciones demasiado libres y á las diversiones peligrosas. Lo mismo sucede con las almas poseidas de un santo temor de perderse para siempre jamás: se nota en ellas un completo alejamiento de los placeres del siglo, y una aplicacion ardiente á todos sus deberes, á la oracion, á las lecturas piadosas y á las buenas obras: *Josafat, herido del temor, se entrega todo entero á la oracion* (1).

Hé aquí por qué el irreconciliable enemigo de Dios considera como un punto capital destruir en nosotros el temor. Este proyecto le dá resultados desde el principio del mundo: cuando sedujo la primera de las pecadoras, arrojó léjos de ella el temor de la muerte, que debia ser el castigo de su desobediencia: *No morireis*, dijo; Díos es bueno, y no quisiera perderos por tan poca cosa. Y, despues de haber quitado el fundamento de la obediencia debida al Señor, hizo que sucumbiese fácilmente. Empleó el mismo artificio respecto de los pecadores para asegurarles con-

(1) Par., xx, 3.

tra la muerte: «No morireis de muerte eterna. ¿Para quienes se habria formado el cielo, si los cristianos fuesen excluidos? ¿Seria infinita la misericordia de Dios, si no perdonaba á todos? Seria necesario que renunciase á su bondad y á su grandeza, y que todas las criaturas pereciesen igualmente, si podia ofenderse por esos viles insectos comparados con él.» De esta manera el tentador persuade á los pecadores, y aun mas á los pecadores por hábito y reincidentes, diciéndoles que nada tienen que temer de parte de Dios, y que su salvacion corre á su cargo, sin que procuren mucho por ella, ni tengan por qué inquietarse. Pero, por mas deplorable que sea tal situacion, se empeora mucho mas por las consecuencias; porque, despues de haber perdido el temor de Dios, queda reemplazado por un temor mundano y criminal. No resta otro temor que el de perder los bienes temporales, vergonzosos placeres; se teme mas la pérdida de un empleo lucrativo, que la de su alma, el menor menoscabo de la honra, que la pérdida del cielo, y la de un objeto al cual nos hemos aficionado, que la pena eterna, que puede causarnos tal aficion.

LECTURA XXXV.

Remedios contra la falta de temor de Dios.

El primero, que es el recurso general para todos nuestros males en esta vida, consiste en recurrir al Señor por medio de fervientes oraciones, á fin de obtener de su bondad el saludable temor que le pedia el Profeta-rey: *Señor, penetradme de vuestro temor, porque vuestros juicios me han llenado de espanto* (1). Notad en tan enérgicas palabras dos verdades, que la estupidez de los pecadores les impide sentir; es la primera que David, para ser oido del Señor, le representa el espanto que le han causado sus juicios: *Vuestros juicios me han llenado de espanto.* Este ejemplo

(1) Ps. CXVIII, 120.

de un gran rey, de un monarca guerrero, nos demuestra perfectamente que el temor no es una debilidad, como se lo imagina el espíritu impío del siglo, sino un don del Espíritu Santo, un don que inunda el alma de bendiciones, un don que lo hace mas capaz de recibir las impresiones de la gracia y mas dócil á las inspiraciones divinas. ¡Oh! ¡qué importante es disponernos para recibir tan grande don por medio de un cristiano temor, que impulse la misericordia del Señor para concedérnoslo!

La otra instruccion se halla en que no conviene limitarse al temor, sino esforzarse siempre en progresar purificándolo y aumentándolo á la vez: *Penetrad mi carne de vuestro temor, como fijado con clavos*, añade un intérprete. No, el temor de Dios no es tan solo de los principiantes; los perfectos, los santos, cuanto mas avanzaban en el conocimiento de las cosas eternas, tanto mas temian, tanto mas estaban sobre sí. *El hombre sábio todo lo teme*: dice el Espíritu Santo (1), y no cuenta con la victoria hasta que se vé en el cielo con

(1) Eccles., XVIII,, 27.

la palma en la mano. Por esto Jesucristo instruyendo á sus discípulos, les advierte dos veces en el mismo paraje de temer la justicia divina: *Temed aquel que, despues de haber quitado la vida, tiene el poder de arrojaros al infierno. Sì, os lo repito. temedle* (1).

El segundo medio está en remontarse al orígen del mal; así como lo hemos hecho para los otros obstáculos á fin de salvarse. La audacia de los pecadores procede de una doble ignorancia, de las cuales la primera es reprendida por el Apóstol: *¿Ignorais que la bondad de Dios nos invita á la penitencia?* (2). Y la segunda está aun mas expresamente marcada por Jesucristo en su primer discurso despues de la cena: *Justo Padre, el mundo no os conoce* (3). Expliquemos esas dos clases de ignorancia, de las cuales la primera se refiere á la divina misericordia. Los pecadores presuntuosos no conocen ni la naturaleza de esta misericordia, ni sus efectos, ni su fin y sus motivos.

Seguramente aquellos, que solo hablan de la misericordia de Dios para pecar sin escrú-

(1) Luc., xii, 5. (2) Ad. Rom. ii. 4. (3) Joan. xvii, 25.

pulo y sin inquietud, se forman una idea muy estraña de este divino atributo. Miran aparentemente la misericordia como una especie de condescendencia en Dios, que el pecado no le afecta infinitamente, que no le ofende y que no se apresura á castigarlo. ¡Pensamiento de los pobres pecadores, mas distantes de los de Dios *que no lo está el oriente del ocaso!* A la verdad, si bien el Señor es infinitamente admirable en todas sus perfecciones, parece con todo que lo es mas en su misericordia, él mismo se admira de tanta paciencia, si es lícito expresarse de esta manera. «¿Es posible que, dueño absoluto de todo como soy, no os haya castigado aun, no os haya anonadado? (1)» Conceder gracias, hacer la dicha de algunos ó de muchos, si se quiere, es propio de los grandes hombres en el mundo, es la gloria de su estado muy superior á los otros; pero sufrir que se opongan á su voluntad, ó que hagan algo que les disguste, es una paciencia que, segun ellos, les degradaria. Así es que la España toda admiró esta virtud en Felipe II, en una circuns-

(1) Malach., III. 6.

tancia extraordinaria. Este príncipe habia pasado casi toda la noche en escribir de su propia mano al Soberano Pontífice; su secretario, por distraccion, derramó sobre la carta el tintero en vez de echar polvo. El rey pidió tranquilamente otro papel y volvió á empezar la carta sin hacer la menor queja á su secretario. Paciencia digna de admiracion sin duda; pero ¿es siquiera una sombra de la longanimidad de Dios para con los pecadores? todos los divinos atributos se sublevan contra él; es necesario entonces que la misericordia *combata sin descanso* á favor del culpable, segun expresion del Salmista (1). Dios ejercita en este mundo su paciencia y su fuerza á la vez; su paciencia hácia nosotros que le ofendemos y le ultrajamos; su fuerza para consigo mismo, que retiene su brazo para no castigarnos. Puesto que tal es la violencia, que se hace en algun modo para sufrir solamente al pecador ¿cuál debe ser, segun nuestro modo de expresarnos, la que siente para perdonar el crímen, y los millones de crímenes que ante su vista se cometen por cria-

(1) Sap., xi, 21.

turas ingratas, cometidas en el momento que con un solo signo de su voluntad puede vengarse eternamente? El pecador que estima en poco el perdon de sus pecados ¿conoce la naturaleza de la misericordia del Señor? nó, pero aun la conoce menos en sus efectos y con relacion á su misma persona.

Aunque sea infinita la bondad de Dios, que le lleva á perdonarnos el número de veces que nos otorga el perdon, es sin embargo limitado: *Señor, todo lo disponeis con medida, número y peso* (1). Dios que mide el curso de los astros, y fija los límites de la mar, tambien mide la corriente de nuestras pasiones y señala sus límites: *Llegareis hasta allí y no pasareis mas adelante, y allá rompereis el orgullo de vuestras ondas* (2). «El testimonio de Dios mismo, dice san Agustin, nos asegura que hay un número determinado y una cierta medida de pecados» Así es que el pecador que acumula iniquidades sobre iniquidades, persuadido de que la misericordia de Dios será siempre un recurso para él, se preocupar y se engaña groseramente. La miseri-

(1) Job., XXXVIII, 11. (2) L. de vilt, ch.

ricordia de Dios es infinita por sí misma, porque Dios lo es; pero sus operaciones, sus obras, no lo son respecto de cada uno de nosotros. Pero ¿conozco yo acaso la que falta aun para que se llene la medida, segun los eternos designios, en particular acerca de mí? Tal vez ¡ay! el Señor, que me ha perdonado hasta aquí, no lo hará dentro de poco. Las santas Escrituras confirman la terrible incertitud que pesa sobre todos acerca de este punto: *Despues de los crímenes que Damos ha cometido tres ó cuatro veces contra mí, no modificaré la sentencia que he pronunciado contra él* (1). A pesar de esto una infinidad de pecadores insensatos no dejan de llenar de manchas enormes el misterioso vestido de su inocencia, como si estuviesen ciertos de lavarla con la sangre de Jesucristo tantas veces como gusten; no temen ensuciar su alma con mil y mil manchas como si tuviesen la seguridad de ser purificados siempre por los sacramentos de la Iglesia; se arrojan en un océano de abominaciones, como si obrase en su poder lo promesa de encontrar siempre una tabla

(1) Am., 1, 3.

de salvacion para entrar con facilidad al puerto. Y si durante este tiempo sus excesos llegan al límite señalado ¿qué será de esos desgraciados? Su malicia ha ascendido hasta mí (1). Vedles ya en el término funesto prefijado por el Señor: *Me he callado hasta el presente, he guardado silencio, me he contenido; pero ahora haré que se me oiga como una muger que se halla con los dolores del parto, lo destruiré todo, lo abismaré todo* (2).

Pero ¿es limitado el número de gracias de conversion? Estas gracias, que son los méritos de Jesucristo ofrecidos á su padre á favor nuestro, es verdad que son inagotables en su orígen; pero esas mismas fuentes, consideradas con relacion á nosotros, van disminuyendo poco á poco y llegan por fin á quedar exhaustas para decirlo así. Mas claro, la aplicacion libre de los méritos del Salvador, destinada á cada uno de nosotros con medida, va restringiéndose y limitándose, segun el abuso que hacen los hombres de la divina bondad por su tenaz perseverancia en el crímen. Sin duda que el Señor es *riquísimo en*

(1) Jon., I, 2. (2) Is., XLIII, 14.

misericordia, pero como tambien es infinitamente sábio, no prodiga sus riquezas del modo que los hombres, sino que los dones preciosos que quiere distribuirnos los cuenta, los pesa, los mide y los regula. El cristiano, que meditase seriamente acerca de esto ¿se expondria á tantas recaidas y cometeria un número de pecados igual al de los cabellos de su cabeza?

En tercer lugar, los pecadores no conocen el fin ó los motivos de la divina misericordia. ¿Por qué el Señor es misericordioso para con nosotros, mientras continuamos ofendiéndole? Sin duda para destruir el pecado por medio de la penitencia: *Ignorais que la bondad de Dios os invita á la penitencia?* (1) y sin embargo, por vuestra dureza y por la impenitencia de vuestro corazon, os acumulais un tesoro de cólera. En efecto, el pecado es como el enemigo capital de Dios; este Ser, soberanamente bueno, no aborrece otra cosa que el pecado, y con motivo del pecado, la criatura que le comete. Así es que esta bondad suprema se halla determinada desde la eter-

(1) Ad. Rom., II, 4.

nidad, ó á destruir el pecado en el pecador, ó á destruir el pecador en el pecado. Para destruir el pecado en el pecador, Dios mismo bajó del cielo en calidad de redentor del género humano: y para destruir el pecador en el pecado, bajará Dios un dia del cielo como juez de vivos y de muertos. A este grande y último acontecimiento se manifestará tan incomprensible por los males de que llenará á los malvados, como incomprensible se habia manifestado por los bienes inmensos de que les habia antes colmado. No es, pues, para que se encadenen sin intermision vuestros pecados que la misericordia del Señor aguarda que hagais penitencia; sino para que compenseis vuestra rebelion contra sus santos mandamientos por otros tantos actos de fiel observancia. Por esto Jesucristo demandó por tres veces á san Pedro si le amaba: *¿Pedro, me amas?* Pedro habia renegado á su Maestro tres veces, y su Maestro queria que reparase estas infidelidades con otros tantos actos públicos de afecto inviolable: *Le pidió, pues, por tercera vez, Pedro, me amas?* (1) Leccion

(1) Joan., xxi, 17.

importante para todos los pecadores, que deben saber que la misericordia de Dios solo les tolera en tal estado, á fin de que se conviertan con la resolucion de servirle con un ardor igual al que han desplegado por el crímen. Es doctrina del Apóstol á los fieles de Roma: *Así como habeis empleado vuestro cuerpo en la impureza y en la injusticia para cometer iniquidades, hacedle servir ahora en defensa de la justicia por la santificacion de vuestra vida* (1)

Por la misma razon que Dios es bueno, quiere que aprendamos á temerle, pues dejaria de ser bueno si dejaba de ser el enemigo de los malvados: porque es bueno, quiere que sepais que sois tanto mas culpable, cuanto sus beneficios han sido pagados con la mayor ingratitud: porque es bueno quiere que os esforzeis en imitar esta misma bondad; quiere que procureis imitar el aborrecimiento que tiene á toda clase de iniquidad; y que le temais tanto mas cuanto es mayor su tolerancia y su perdon; en vista de tanta bondad exclaman los bienaventurados en el cielo: ¿Quién dejará, Señor, de respetar vuestra so-

(1) Ad. Rom., VI, 19.

berana grandeza, quién no temerá ofenderos, porque solo vos sois bueno? (1) Recordando la misma bondad, los santos de la tierra dicen: *Porque el Señor es paciente, hagamos penitencia de esta falta é imploremos su misericordia con muchas lágrimas* (2). Esta paciencia irritada se cambiaria en furor, si abusásemos de ella cometiendo nuevos crímenes; hacer traicion al que nos ha perdonado, es la mas grande de las perfidias.

(1) Apoc., xv, 4. (2) Judith, iii, 14.

LECTURA XXXVI.

Continuación del mismo asunto.

Los pecadores, ignorantes de la divina misericordia, ignoran tambien en la misma proporcion la justicia divina ; desconocen la naturaleza de esta , sus efectos , y su fin. El mundo no sabe en que consiste la divina justicia. Así, pues ¿ cuál será su sorpresa cuando comparecerán ante el tribunal de Jesucristo , quien demostrará entonces *su justicia* en toda su extension ? *Mis juicios* , dice por uno de sus profetas, *caerán sobre vosotros como un rio desbordado y mi justicia como un impetuoso torrente* (1). Los hijos del siglo conciben la justicia de Dios , bajo la idea de una

(1) Amos. v, 24.

especie de ódio que tiene á sus criaturas: tal vez la desaprueban en el fondo de sus corazones, ó por lo menos la creen poco conveniente á su bondad; todas las perfecciones divinas les parecen amables, excepto la justicia, y parece que les gustaria un Dios que no pudiese ó que no quisiese vengarse de los pecadores. Tales son las tinieblas de esos desgraciados: es necesario que la caridad cristiana, ilustrada con la luz del Espíritu Santo, les ayude á salir de un estado tan digno de piedad. Nó, la justicia de Dios no es ódio á sus criaturas; es el amor del bien, el amor del órden; entre los hombres mismos, una justicia severa, pero proporcionada á la enormidad del crímen ¿no es una virtud? ¿no es el terror de los malvados y la garantia de las personas de bien? ¿no es la que sostiene y la que restablece el órden con daño de los que le perturban? La infinita santidad de Dios no le permite dejar de detestar soberanamente el pecado; su infinita sabiduría no puede ver con indiferencia el desórden: su justicia exige poner las cosas en órden. Cuando, pues, á pesar de la dila-

cion de las penas, á pesar de las amenazas, y á pesar de los beneficios, persiste el pecador en su desarreglo, el Señor, como lo hemos dicho, destruye por fin con el crímen el culpable que no ha querido que el crímen se destruyese en él. De este modo la justicia es una perfeccion amable, al igual que todas las otras perfecciones divinas. De otra parte, aunque castigue severamente á los pecadores es ventajosa á los justos, cuyas virtudes corona. « Dios, castigando á los malvados, dice Lactancio, asegura la salvacion de los buenos (1). » La justicia, ejercida rigurosamente con respecto de los réprobos ¿no es útil á los mismos pecadores? ¿renunciarian á sus vergonzosos desórdenes, si no creian y si no temiesen semejantes castigos? Por fin, sin la justicia, no se daria en este mundo la gloria debida al soberano Sér, no se repararia lo que se le hubiese arrebatado, y la gloria de un Dios infinitamente bueno ¿no es infinitamente preferible á criaturas desagradecidas que solo conocen su bondad para aumentar los ultrajes? ¡Qué extravagancia, imaginar-

(1) De ira Dei.

se un Dios que solo dispensa gracias y beneficios y que no castigue el mal ! Esta especie de bondad, no convendria á un hombre razonable, que estuviese revestido de la autoridad para conservar el órden y las leyes, y ¿ podrá convenir á la santidad y á la sabiduría por esencia ? *El Dios de los ejércitos* no lleva en vano en su mano una espada vengadora.

En segundo lugar, los efectos de la divina justicia son desconocidos á los pecadores, pues no colocan en el número de estos efectos las penas espirituales, y que sin embargo son el mas temible castigo. Si el Señor aflige una poblacion por medio de una enfermedad contagiosa, se dice con toda la tristeza del corazon : Dios nos castiga con este azote de su cólera. Pero, si permite que una poblacion caiga en la mas desenfrenada licencia ¿ se siente mucho la pérdida de tantas almas? Algunas personas piadosas deploran tan graves males : todos los demas lo miran con la mayor indiferencia, ó mas bien se alegran de una disposicion tan favorable á sus depravadas inclinaciones. Sin embargo, siendo el pecado el mayor mal que puede sucedernos

¿qué castigo puede igualar la permision de Dios que le deja penetrar cada dia en el corazon de los hombres? Entónces, segun expresion de un profeta, cesa la lluvia del cielo, y todo queda como tierra sin agua (1). Se fortifican las malas costumbres, la fé se debilita, se olvidan las prácticas de la religion, la frecuencia de sacramentos, fuente de las gracias, es abandonada. Todo un pueblo queda, *como una tierra seca y estéril;* y estos terribles castigos de la divina justicia ya no atemorizan, porque no hieren los sentidos. « No tengais la vista de los paganos, tened ojos de cristiano. » Estas bellas palabras son del doctor de la gracia, en su comentario sobre los Salmos. Hombres del siglo, que aun creeis en el Evangelio; hombres del siglo, abrid los ojos, ó mas bien, siguiendo el consejo de Jesucristo, empezad por *arrancaros los ojos* de escándalo y de infidelidad, que todo lo refieren á los sentidos, y sustituidlos con ojos cristianos que todo lo dirigen á la regla de la fé. Entonces vereis, que si todo el

(1) Aug., in Ps. 56.

universo está lleno de la misericordia del Señor, tambien está lleno de su justicia. No digo lo bastante: aunque los efectos de la divina justicia no sean mayores que los de su misericordia, los primeros son por cierto mas universales y por lo mismo se extienden á mayor número de personas. Veámoslo: así como la permision del pecado y la condenacion de los pecadores son los dos principales efectos de la cólera de Dios; la redencion del pecado y la eterna salvacion de los justos son los dos principales efectos de su misericordia. Ahora bien ¿cuánto supera el número de los pecadores al de los justos? ¿cuánto mayor es el número de los réprobos comparado con el de los elegidos?

A la verdad, solamente se han perdido los réprobos porque han querido, y Dios, tan solo los ha entregado á su justicia, despues de haberlos llenado de gracias por un exceso de su bondad; mas, de otra parte, haber castigado los pecados cometidos, permitiendo que cometiesen de nuevos hasta la muerte, y en seguida, perderlos para siempre jamás, son golpes de justicia tan severos, que prevalecen

en el espíritu de esos desgraciados sobre todos los favores que la misericordia les habia dispensado. ¿Cómo dejar de temer un Dios tan grande? Sin hacer nada por su parte, y dejándonos obrar, no dándonos lo que merecemos, puede reducirnos á un estado incomparablemente mas miserable que la misma nada. ¿*No me respetareis*, dice por uno de sus profetas, *y no os llenareis de espanto en mi presencia*? (1) ¿Es posible que el hombre, que no es mas que polvo, no considere con temor la cuenta rigurosa que debe dar de los inumerables insultos causados á una Magestad infinita que ultrajan, á una Santidad infinita que les detesta, á un Poder infinito que les castiga?

3.° Los pecadores no conocen el motivo y el fin de la justicia severa de Dios, á saber: la reparacion de las faltas cometidas contra su gloria por el abuso de la libertad. Cuando peca el hombre, sustituye su propia voluntad en lugar de la voluntad de Dios, que degrada tanto como puede: refiere á sí mismo todos sus pensamientos, todos sus proyectos,

(1) Jer., v, 22.

todas sus empresas, todos sus deseos, todas sus acciones, como si fuese el centro de todo; como si fuese el Criador y Dios fuese la criatura. ¡Qué estraño trastorno! Si el pecador, pues, no corrige y no restablece á tiempo tal desórden por la penitencia, la justicia de Dios lo hará por el castigo del culpable. « Dios, dice san Agustin, reformará la infamia del pecado por la gloria de la venganza. » ¿Qué pensamos que es el infierno con relacion á los condenados? « Es una tierra de miseria y de tinieblas en donde habita la sombra de la muerte, en donde todo se halla en confusion y en un horror eterno, » dice el santo Job (1).

Pero, con relacion á Dios, el infierno es como un teatro levantado á su gloria; es como un lugar de triunfo, en que todo lo que hay de miserable de cualquiera condicion, de cualquier sexo, de cualquiera nacion, alaba, por los suplicios, su santidad, su sabiduría, su grandeza; en que los condenados le restituyen el honor que le habian arrebatado con su rebeldía.

Os parecerá estraño que Dios castigue de

(1) Job., x, 22.

esta manera; que su honor le sea mas caro que vosotros; que sus derechos, que no puede renunciar, los prefiera á una criatura rebelde é insolente, ¿os parecerá estraño que, despues de haberos abandonado, con sentimiento, al mas grande de los males, que es el pecado, repare, á costa de vosotros, el órden que habiais considerado conveniente destruir? Pero á los bienaventurados, que no se hallan como vosotros rodeados de tinieblas, no les causa estrañeza alguna. Desde la morada de la luz contemplan el espectáculo de la divina justicia, y saltan de puro gozo por el honor que refluye en Dios, su felicidad eterna: *Salud, gloria, honor y poder al Señor nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos; que ha condenado esta grande prostituta, que ha corrompido la tierra con sus disipaciones; que ha vengado la sangre de sus servidores, que habia derramado con sus manos* (1).

Saturad bien vuestro espíritu de tan grandes verdades, muy propias para dar una alta idea de la Magestad divina. En la actualidad,

(1) Apoc,, XIX, 1 et 3.

decia un hombre de bien cercano á la muerte, y del cual se habia apoderado un santo temor de los juicios de Dios; al presente, decia, nos formamos una idea de Dios tal como nos agrada; pero, muy luego, ¡qué diferente le hallarémos! Haced, pues, verdadera penitencia de los pecados cometidos, y reparad tanto mal por un gran número de buenas obras. Muchas deudas teneis contraidas con el Señor; es absolutamente necesario pagarlas; no hay término medio, ó hacer penitencia en este mundo, ó derrumbarse en el infierno en el otro. Ó vivo ó muerto, no puedo escapar de las manos del Todopoderoso. Exige un castigo leve y pasagero durante esta vida, ó bien nos impondrá uno de forzoso y eterno despues de la muerte, esto es inevitable. Sin embargo, no debemos separar la esperanza del temor. *El Señor*, dice el Profeta-rey, *se complace con aquellos que le temen y con los que esperan en su misericordia* (1); pero usareis estas dos virtudes cristianas, siguiendo el ejemplo de aquellos varones experimentados en el camino del cielo. Cuando

(1) Ps., CXLVI, 11.

son tentados por una excesiva confianza, se libran de ella por los poderosos motivos que tenemos para temer al Señor y sus juicios; cuando, al contrario, les asaltan pensamientos de desesperacion, se sostienen por los fundados motivos de esperanza en la misericordia divina. Al principio de la conversion es conveniente inclinarse al temor, porque es un eficaz preservativo de las faltas en que estamos mas expuestos á recaer. Si se quiere, despues de esto, una regla sobre la cual podamos descansar, que se tome la siguiente: temer tanto como es necesario para guardarse de pecar; para tributar el debido homenaje á Dios, presente en todo lugar; para implorar á menudo su asistencia contra nuestra flaqueza; para alcanzar una tierna devocion á la Santísima Vírgen, tan poderosa por su intercesion con Jesucristo; para reclamar el socorro de algunos santos en particular; para recomendarse, sobre todo, á Nuestro Señor Jesucristo, que un dia debe ser el juez inflexible de nuestros pensamientos, palabras y obras. Con esto, aun es necesario meditar algunos libros piadosos, que nos pongan de

relieve á nuestra pobre vista los castigos de la divina justicia. El ejemplo de los santos demuestra de un modo inconcuso la necesidad de estas lecturas. Los juicios de Dios ocupaban de contínuo sus pensamientos. «Es un grandísimo castigo del pecado, dice san Agustin, haber perdido el temor de los juicios de Dios (1).» Por lo demás, lo que llamamos esperanza es una verdadera temeridad, cuando no va acompañada del temor, cuando nos promete lo que el Señor jamás nos ha prometido, á saber: que no seremos castigados por nuestros pecados. La verdadera esperanza tiene por efecto propio preservarnos del pecado y *santificarnos* (2).

(1) Aug., Serm. 3, de temp. (2) I. Joan, III, 3.

LECTURA XXXVII.

Sobre la conducta que debe observar el cristiano, después de haber triunfado de los obstáculos para salvarse.

La órden que el profeta Jeremías recibió del Señor para la conversion de los pueblos en donde le habia enviado, fué que destruyese primero el mal y que en seguida estableciese el bien: *Os he colocado sobre las naciones y sobre los reinos para arrancar y para destruir, para perder y para disipar, para edificar y para plantar* (1). Una órden semejante se os ha dado de parte de Dios, á fin de que la ejecuteis sobre vosotros mismos. Despues de haber apartado los obstáculos de que

(1) Jer., 1, 10.

hemos hablado hasta el presente, es necesario pensar en el modo de estableceros sólidamente en el bien. Para esto acepto gustoso el parecer de aquellos que reducen toda la vida del cristiano á tres cosas, que expresan con estas tres palabras: combatir, abstenerse, obrar. Expliquemos el sentido de cada una de ellas por medio de otras tantas importantes lecturas.

Guardaos bien de imaginaros que la virtud de un cristiano es una virtud dulce y tranquila, y que toda su felicidad consiste á no verse en la necesidad de combatir. Guardaos aun mas de creer que, porque Dios os ha rescatado de la esclavitud de vuestros enemigos, estos enemigos ya no existen, ó han depuesto las armas, ó han perdido toda esperanza de veros nuevamente encadenados. Esta no es la advertencia que nos dá el Espíritu Santo: *Hijo mio*, nos dice, *cuando entrareis en el servicio de Dios, permaneced firme en la justicia y en el temor, y preparaos para la tentacion* (1). Preparad las armas para ese combate espiritual, poneos en defensa contra los

(1) Eccles., II, 1.

ataques de vuestros enemigos, mas irritados que nunca por la resolucion en que estais de no recaer bajo su poder. Cuando Faraon tuvo conocimiento de que los israelitas habian huido, dice el libro del Exodo, *que hizo preparar su carro de guerra y marchó con todo su pueblo* (1) para alcanzar y sujetar de nuevo los fugitivos. Asimismo el príncipe de las tinieblas empleará todos los medios para reponeros bajo su imperio. Es, pues, muy importante daros á conocer vuestros enemigos, preveniros acerca de las armas que emplearán, y enseñaros el modo de salir victorioso de esta guerra.

Vuestro primer enemigo es el mundo ; sus armas son, sobre todo, los malos ejemplos que ofrece y las perniciosas máximas que enseña; máximas que tienden todas á la adquisicion de los bienes presentes y á olvidarse de los futuros.

Otro de los enemigos es vuestro cuerpo; enemigo doméstico, tanto mas temible, cuanto que os hace la guerra en vuestra propia casa. Sus armas son los atractivos del placer

(1) Exod., xiv, 7.

y el horror á las penas que se encuentran en la práctica de las virtudes.

El tercer enemigo es el demonio que se coaliga con los otros, y cuyas armas toma para volverlas contra todos. Sus armas particulares son la violencia y la astucia; por esto se llama en las sagradas Letras, ora dragon, ora serpiente; dragon por su furor, y serpiente á causa de su finura. Vengamos á un detalle instructivo. La violencia que el demonio ejerce sobre nosotros no alcanza, en verdad, hasta forzar nuestra voluntad, que siempre es libre, y que no puede ser forzada por todos los poderes del infierno reunidos; esta violencia consiste en calentar la imaginacion, turbarla y sacarla de su quicio por medio de los objetos vivamente representados. Los principiantes que aun no tienen experiencia alguna de las vias espirituales, se creen entonces perdidos, porque ignoran la diferencia que media entre el sentimiento y el consentimiento; pero, por lo demás, no está permitido al demonio emplear muy á menudo esa clase de ataques contra nosotros y estar siempre como un leon rugiente. Lo

que se le permite con mayor frecuencia, es imitar la serpiente con sus astucias. Descubramos aquí esos diversos artificios:

1.° Durante algun tiempo deja de atacarnos, á fin de que esa especie de tregua y de suspension de hostilidades nos arroje en una seguridad, cuya consecuencia natural es la negligencia de nuestros deberos. El cazador se para de tiempo en tiempo, al objeto de que la caza, no oyendo ruido alguno, vuelva á comparecer, y al punto que se le presenta le echa un tiro. El demonio, sin alarmaros con sugestion alguna, os deja llevar por alguna amistad tierna, ó exponeros en algun otro peligro; y, cuando os mira bajo su mano, arroja su dardo envenenado.

2.° Ataca con mayor violencia y con mayor asiduidad que antes al hombre que se ha sustraido á su dominacion por una conversion sincera: y esto es lo que debe esperar todo pecador. No se baten las murallas de una plaza, que abre las puertas al enemigo, y que le presenta las llaves; pero se atacan las de una ciudad que se defiende con vigor. « El demonio, dice san Gregorio, se ahorra el trabajo

de importunar á los que está seguro de poseer (1).»

3.° Primero solo pide poca cosa, á fin de allanar el camino para obtener mucho, y en seguida todo por grados. «El demonio, decia san Francisco, á veces solo os pide un cabello, pero desgraciados de vosotros si se lo concedeis, porque muy pronto se convertirá en un cable para arrastraros á su servicio.» Solo queria alcanzar de David una mirada por sorpresa y no meditada: ¿podia pedir menos de un santo rey, de un príncipe que Dios le encontraba segun su corazon, de un hombre colmado de favores celestiales y depositario de los secretos de la divinidad? Ese poco, sin embargo, esa mirada encontrada concedió la victoria al enemigo sobre el mas grande de los santos que hubo tal vez entonces en el mundo.

4.° Procura que no consultemos á ministro alguno del Señor acerca de la clase de tentaciones de que somos atacados y que no las declaremos. San Ignacio, instruido de tales asechanzas, dice que el demonio se porta

(1) S. Gr., LXIV; mor. VI, 12.

respecto *de los principiantes*, como un libertino que emprende seducir á una jóven; le recomienda sobre todo de no confiar sus conversaciones á quien quiera que sea. El enemigo de nuestra salvacion es llamado espíritu de tinieblas á causa de sus trabajos ocultos y subterráneos, para servirme de esta expresion. Si se declaraba en estos encuentros, es decir, si sus trazas y artificios se descubrian á un director ilustrado, quedarian neutralizadas y sin resultado.

5.° Á fin de que se pierda el coraje y se cansen de resistirle, nos presenta en la imaginacion una falta grave en que hemos caido, aunque no sea verdad. Pero si estamos resueltos á no consentir en modo alguno los malos pensamientos; si protestamos á menudo contra ellos; si nos encomendamos con frecuencia á Jesucristo; si nos parece que á sangre fria y con intencion, no cometeríamos jamás tal pecado, cobremos aliento, pues tenemos todos los señales, todos los indicios de alcanzar victoria y no una derrota. San Isidoro decia un dia: «Hay cuarenta años que me hallo combatido por un vicio, al cual no he

consentido jamás.» Pero como no es fácil distinguir en las tentaciones el sentimiento del consentimiento, el enemigo, con sus estratagemas, gana terreno sobre los *principiantes*, cuando no están prevenidos y enterados.

6.° Ensaya hacernos comprender, que si cedemos una vez cesaria la tentacion y terminaria la lucha. Esto es una superchería é ilusion temible, en que han sucumbido algunos por no haber consultado la razon y la experiencia; porque es muy cierto que solo resistiendo el mal se forma y crece el hábito del bien; en lugar de que, cediendo al primer choque, renace la mala inclinacion, se fortifica y se desenfrena. «Dar entrada en el corazon á una sola infidelidad, decia un santo y experimentado solitario, es abrir la puerta á otras muchas.» *Jerusalen ha cometido un gran pecado, por esto anda errante y vagabunda* (1). Un solo pecado, segun expresion del Profeta, arrastra á otra infinidad de faltas de las cuales es causa.

7.° El último estratajema del enemigo, si es posible contarlos, consiste en representar-

(1) Thess., I, 8.

nos con vivos colores una lucha que ha de durar toda la vida, y que el tiempo mismo hará que sea mas violenta; y sin embargo es muy cierto lo contrario de esta sugestion. El Espíritu Santo promete al alma cristiana conducirla por los caminos de la justicia, No hay duda que encontrará dificultades en el comienzo; pero, despues de vencidos los primeros obstáculos, quedará libre de las penas y angustias inseparables de una virtud aun naciente, y correrá por las mas estrechas sendas, sin encontrar nada que le detenga (1). Cuando un buen picador empieza adiestrar un caballo, se burlaria del que le dijese que jamás lo domará; sabe que con el tiempo abandonará sus vicios, que aprenderá á conocer la espuela, y que obedecerá del todo la voluntad del caballero. Lo mismo digo de nuestro cuerpo; se domina poco á poco y se convierte á todos los ejercicios de una nueva vida á los cuales se dedica sin resistencia. A los pecadores si que es verdad que las penas se les representan sin cesar en el curso de su vida, porque creciendo siempre el número

(1) Prov., IV, 11 et 12.

de sus pecados, sus remordimientos sobre el presente y sus temores acerca de el porvenir aumentan en la misma proporcion; cuanto mas presurosos andan por los caminos de iniquidad, tanto mas se disgustan, se fatigan y se cansan (1).

Hé aquí vuestros enemigos, hé aquí sus mas formidables armas. Tal vez os causan espanto; sin embargo los Santos no las han temido, han parado los golpes, hasta con alegría, por las ventajas inmensas que les resultaban para su adelantamiento espiritual. Considerad como un motivo de gozo todas las diversas tentaciones que os sobrevengan (2). Son palabras del apóstol san Jaime, que no exceptuan género alguno de pruebas, y que quiere que se consideren todas como un motivo de extrema satisfaccion. Por lo demas, las ventajas de las tentaciones consideradas particularmente pueden reducirse á dos, á saber: ayudarnos mucho á *despojarnos del hombre viejo y revestirnos del hombre nuevo*. En primer lugar, nada contribuye tanto á mortificar nuestras pasiones como esas pruebas.

(1) Sap., v, 7. (2) San., i, 2.

¿ Quién podria dominarlas sin esto ? ¿ Quién podria sobre todo refrenar el orgullo, si todo nos salia como deseamos ? A fin de que el apóstol de los Gentiles, este santo arrebatado hasta el tercer cielo, ese santo eminente en todas las virtudes, no se enorgulleciese por las revelaciones, le fué considerada necesaria la tentacion y la tentacion mas humillante de todas. *Por temor de que la grandeza de mis revelaciones no mi hiciese orgulloso, Dios ha permitido que sintiese el aguijon de la carne* (1). Con mayoría de razon, pues, necesitamos tales remedios nosotros, á quienes el menor soplo de vanagloria puede derribarnos. Por medio de las pruebas Dios nos llama, cuando nos alejamos. Una tempestad volvió á la obediencia á Jonás fugitivo. *Cubridlos de confusion, Señor, y ellos procurarán conocer quien sois* (2). Por medio de las pruebas, despues de haber entrado en el servicio de Dios, perseveramos en él con mayor fidelidad que antes. David observó mas religiosamente que nunca los santos preceptos del Señor, despues que sus fragilidades le hubieron humillado (3). En efecto

(1) Cor., XII, 7. (2) Bs. LXXX II, 17. (3) Ps., CXVIII, 71.

las tentaciones fortifican y perfeccionan al *hombre nuevo*, con tal que sepa hacer buen uso de ellas. Su fé aumenta cuando, en medio de sus dudas y perplejidades, se decide animoso en pro de la autoridad de un Dios que ha hablado. Se perfecciona su pureza, cuando sacrifica gustoso, con noble desprecio, los pensamientos engañosos que la combaten. Su amor á Dios se purifica, ofreciéndole las amarguras que se mezclan con los placeres de la vida. Además, todas las sugestiones del maligno espíritu pueden considerarse como abejas que nos rodean, para servirme de la espresion del Profeta-Rey en sus adversidades. Las abejas solo causan un dolor pasajero, que á ellas mismas les cuesta la vida. Las tentaciones solo pueden causarnos una ligera pena, pero que desconsuela y aflije al maligno espíritu su autor. «¿Porqué temeis el fuego, dice san Agustin, si sois oro?» El pensamiento de este santo Padre es, que la virtud se purifica por la tentacion, del modo que el oro por el fuego, y que el cristiano no debe temer mas la una, de lo que teme el oro al otro. En vez, pues, de temer

esos combates, dedicaos á conocer los medios de salir airoso y con ventaja de la pelea.

En una guerra cualquiera son necesarios el arte y la fuerza para vencer. Con el arte solo somos débiles; con la sola fuerza somos temerarios; el que reune á entrambos es un gran guerrero, aunque no triunfe siempre. Pero en los combates espirituales somos siempre vencedores cuando se reunen la fuerza y el arte. Bien se ve que la fuerza que demandamos no es la del cuerpo, sino del espíritu; es aquella firmeza y determinacion que no desiste jamás del partido que ha tomado. Empezad, pues, por formar dentro de vosotros mismos este inflexible propósito de no fiaros jamás de vuestros enemigos, que son la carne, el mundo y el demonio. Cuando la sensualidad os atrae con el aliciente del placer ó que os atemoriza por dificultades insuperables á vuestra debilidad, recordad las siguientes verdades que procurareis grabar sólidamente en vosotros: que las dificultades con que se os amenaza son un puro fantasma; que los placeres, que se os prometen no son mas que vanidad, que son muy breves, muy

vergonzosos y muy acerbos á la reflexion. Cuando el mundo quiere apartarnos de la verdadera senda con sus máximas, que se dirigen todas á los bienes presentes ó por los ejemplos de las personas del siglo, que viven de una manera diferente, meditad estos principios, que, repito, debeis grabar profundamente en vuestra alma: las máximas de Jesucristo son las de la sabiduría eterna, y por consiguiente, las del mundo no pueden dejar de ser insensatas; y en cuanto á los ejemplos, no pocos en número, sino innumerables que se os oponen, ateneos á la autoridad de las palabras del Salvador, porque si el pequeño número, como lo ha declarado, es el de los elegidos, y el número mayor el de los réprobos, es evidente que es necesario vivir como viven los del pequeño número para gozar un dia de la felicidad de los elegidos. Pero el demonio es el enemigo de quien debemos desconfiar mas aun, porque nos quiere tanto mal como al mismo Dios, que le castiga por su orgullo. Por lo tanto, sea lo que fuere lo que os sugiera, armaos de coraje y de firmeza y respondedle siempre *nó*. ¿Qué daño puede

causaros? « Solo perjudica á los que quieren,» dice san Bernardo. Felipo, rey de Macedonia, solicitó permiso de los Atenienses para atravesar con su ejército su territorio; y le contestaron con letras enormes esta sola palabra: NO. Que esta sea vuestra respuesta á todas las tentaciones del enemigo, y de seguro que no os vencerá.

Sin embargo, no debeis limitaros á rechazar el enemigo con vigor, sino que además practicareis actos contrarios á sus deseos. Si la sensualidad os llama hácia los placeres ilícitos, protestareis en seguida que aun cuando se os ofreciesen todas las delicias de Salomon, las sacrificariais gustosos á Jesucristo, pendiente de la cruz por vosotros. Contra el mundo, protestareis que aun cuando todos los hombres se sometiesen á sus máximas, jamás seguireis otra moral que la del Hombre-Dios, que es la via, la verdad y la vida. Contra el espíritu del error, que os tentase acerca de la fé, protestareis que estais prontos á sellarla con vuestra sangre, si fuese necesario, como san Pedro mártir, que próximo á espirar entre los mas acerbos tormentos, escribió con la

sangre que manaba de sus llagas, *Yo creo;* que si el tentador os apremiase con pensamientos de desconfianza y desesperacion, protestareis, con el santo Job, que aun cuando Dios con la espada en la mano estuviese pronto á quitaros la vida, no dejaríais de esperar en él (1). Este es el comportamiento que debemos tener en todos los ataques del maligno espíritu; así caerá él mismo en la red, que nos haya tendido.

Pasemos á tratar del arte de esta guerra espiritual. Consiste en primer lugar en resistir brusca y enérgicamente. Al principio de la tentacion el hombre es fuerte y su enemigo débil; pero si duda, se debilita con este retardo, y aumentándose las fuerzas del enemigo, la victoria empieza á inclinarse de su parte. Es mucho mas difícil rechazar los sitiadores cuando han clavado el estandarte sobre los muros, que no lo era impedir que se acercasen tanto á la plaza. *Dichoso*, dice el Profeta-Rey, *el que estrellará contra la piedra los hijos siendo pequeños* (2), es docir, desde que nace en vosotros un movimiento contrario á la

(1) Job., xv, 15. (2) Ps. cxxxvi, 9

ley de Dios no aguardeis que crezca y aumente ese mónstruo, sino al contrario, ahogadle con un esfuerzo súbito: entonces sereis feliz con la esperanza cierta de un nuevo grado de gloria. Hay quienes se entretienen en considerar el primer objeto que de golpe se les presenta: ¿es, pues, extraño que se paren en él y que en seguida se deleiten contemplándolo? Conceder la mas leve dilacion en tales encuentros es arriesgarlo todo.

En segundo lugar, es necesario recurrir prontamente al Señor, á fin de que se digne ser nuestro apoyo, y el sosten de nuestra fragilidad. Este consejo daba con frecuencia á sus discípulos Juan de Avila, gran siervo de Dios y maestro habilísimo en las vias espirituales: «La tentacion viene á vosotros, y vosotros volveos hácia Dios» les decia. Tambien Jesucristo nos ha dejado esta leccion importante: velad y orad, para que no entreis en tentacion (1). El mismo rogó, sobre todo en el tiempo de su Pasion, á fin de confirmarnos de una manera autéutica y con su ejemplo de la necesidad, no que él la tuviese, sino que

1) Matth, xxxvi, 41.

tenemos todos nosotros de rogar, sobre todo en los momentos de prueba. Por esto los Salmos, en donde habla el Profeta bajo la figura del Salvador, están llenos de súplicas dirigidas á Dios para alcanzar su socorro, y de acciones de gracias por haberlo alcanzado. Tales son las armas espirituales, que debe usar el cristiano, á fin de que obtenga provecho de las tentaciones, en vez de perjuicios.

LECTURA XXXVIII.

Sobre las ocasiones de pecar.

Si se necesita valor y resolucion para sostenernos en las dificultades que se encuentran á pesar nuestro en el servicio de Dios, no es necesario menos para abstenernos de muchas cosas que dependen de nosotros. Para asegurar nuestra salvacion, no basta prohibirnos seriamente todo lo que por su naturaleza es un pecado grave, si no nos abstenemos al mismo tiempo de todo lo que es una ocasion real de caer en él. Para comprenderlo, debemos notar que todos los objetos que nos seducen en el exterior nos llevan al pecado de dos maneras, es decir, ó bien con mucha frecuencia, ó bien raramente. Si nos arrastran con

frecuencia se llaman ocasiones próximas, y es una necesidad de precepto, una obligacion indispensable huir de ellas; si nos seducen raramente, se las llama ocasiones remotas, y aunque no estemos estrechamente obligados á evitarlas, sin embargo la prudencia pide que lo hagamos. Supongamos que habeis tenido alguna relacion culpable y que caeis á menudo en faltas graves con las visitas, tertulias, comidas, correspondencia etc.: vuestro confesor os habrá sin duda manifestado la estrecha oblígacion en que os hallais de no exponeros nuevamente á esos peligros, porque la misma ley que nos prohibe el pecado, nos manda tambien huir de las ocasiones próximas de cometerlo.

Algunas veces os será moralmente imposible alejaros de aquellos objetos que os ponen en peligro próximo de recaer. En este caso sois digno de compasion; pero vuestro confesor os habrá instruido en los medios que debeis emplear para alejar el peligro, como por ejemplo, mayor número de actos interiores renunciando al mal, recurrir con mas frecuencia á Dios pidiéndole los auxilios de la

gracia, hacer mayor número de buenas obras, de limosnas, de lecturas espirituales, de ayunos, etc. El que se halla en una pendiente, que debe recorrer forzosamente, busca toda clase de apoyos para no precipitarse. Mas aun, creo que estais instruido de todas estas verdades necesarias para una buena confesion; y ¡ desgraciados de vosotros si no habeis resuelto practicarlas á todo trance ! la salud de vuestra alma solo habria sido aparente ó duraria poco; los restos de una costumbre antigua os haria recaer muy pronto en el pecado. ¿ De que os serviria en este caso la esperanza de no reincidir ? Esta esperanza seria una verdadera temeridad, pues se fundaria sobre lo que Dios jamás ha prometido, á saber, de socorrer al que se arroja voluntariamente en peligro : al contrario, amenaza con su perdicion a las almas presuntuosas que se exponen voluntariamente. *El que ama el peligro, perecerá en él* (1). Protesta que no se compadecerá de ellas : *¿ Quién tendrá piedad de un hechizero cuando será picado por la serpiente, y de todos los que se acercan á los animales dañinos* ? (2).

(1) Eccles. III, 27. (2) Ibid., XII, 13.

Vengamos ahora á las ocasiones, que se llaman remotas, porque solo raramente conducen al mal, y que solo de lejos predisponen al alma para recibirlo. Son como los guias de un ejército, los cuales no combaten, no incendian, no matan; pero preparan el camino á las tropas, que con su ayuda pueden pasarlo todo á fuego y sangre. Del mismo modo los caminos, que preparan la muerte del alma, son las visitas, los juegos, los libros, no hablo de los prohibidos y de los licenciosos, sino de las novelas y otros que remueven profundamente las pasiones, y por fin cien otras costumbres mundanas. Pero el punto sobre el cual jamás serémos bastante circunspectos, es la libertad de los ojos y de las conversaciones. Los ojos son como dos traidores, que se entienden con frecuencia con nuestros mas grandes enemigos, para entregarnos entre sus manos. *Muchos*, dice el Espíritu Santo, *habiendo sido sorprendidos por la hermosura de una mujer estraña han sido alejados de Dios* (1). Con estas palabras del Eclesiástico explica un sábio intérprete todos los grados por los

(1) Ibid., IX, 11.

cuales se precipita el alma en un abismo de males. «*A la mirada*, dice, *sigue el pensamiento; al pensamiento la delectacion; á la delectacion, el consentimiento; al consentimiento la accion; á la accion la costumbre; á la costumbre la necesidad; á la necesidad el desespero; y al desespero la condenacion.*» Lo que al principio es un ligero vapor, se va condensando poco á poco en nubes y luego se transforma en agua, se endurece, se hiela, y termina en un pedrisco. ¿Creeis vosotros que los santos hubieran velado tanto, si el crímen, la dureza de corazon y por último la pérdida de la salud eterna, no se hubiesen verificado muchas veces de esta mismísima manera? San Luis Gonzaga temia mirar cara á cara á su madre; san Ugon, obispo, durante los cuarenta años que su ministerio le obligó á tratar con el prójimo, jamás echó una mirada sobre las mujeres; santo Tomás de Aquino, aun que favorecido con el precioso don de la castidad, evitaba con tanto cuidado la vista de las mujeres, que parecia su enemigo. Sin embargo ¿es posible estar en el mundo, relacionarse, vivir con las mujeres y no hacer caso de ellas,

del modo que miramos cualquiera otro objeto indiferente y permitido? Las palabras del Espíritu Santo, que hemos aducido son la respuesta á esta cuestion: la advertencia que nos dá se refiere á las miradas intencionadas, de que debemos abstenernos, aun cuando se nos presenten los objetos á pesar nuestro. En una palabra, cuando nuestra vista se dirige á objetos de esta naturaleza, no se trata de no verlos, sino de apartarla al instante. Se dice que de todos los animales que se acercan al Nilo, solamente hay uno que esté seguro contra el cocodrilo, porque huye al punto que ha bebido, en vez de los otros que no son tan precavidos y por lo mismo son presa de tan horroroso mónstruo.

La libertad en las conversaciones es otra de las ocasiones, que debemos evitar para conservarnos en el bien. Y no se crea que hablemos aquí de aquellas en que el veneno, de que están llenos los corazones corrompidos, se comunica fácilmente à los otros; ni tampoco de aquellas otras en que se murmura y se calumnia sin piedad al prójimo, sino de aquellas conversaciones inútiles, intermina-

bles, vacías y que solo giran sobre bagatelas. Los buenos sentimientos de que os halláreis poseido ¿se conservarán por mucho tiempo pasando el dia entero, en los círculos y en la disipacion? Es necesario un poco de retiro y de silencio, si quereis que Dios continúe en vuestro corazon. Entre vuestras santas resoluciones, debe ser una de las principales dedicar una parte del dia, mayor ó menor segun fueren vuestras ocupaciones, para dirigiros á Dios, examinaros, humillaros en vista de vuestros defectos y de vuestra nada, y para alimentaros con alguna lectura piadosa. Las personas que os conozcan se reirán tal vez de vuestra conducta: tambien se burlaban de Noé y del arca que fabricaba para encerrarse en ella; pero cuando el diluvio se dejó sentir, los que habian ridiculizado al hombre de Dios deseaban en vano un lugar en el arca, les fué denegada la entrada.

LECTURA XXXIX.

Medios de perseverar en el bien.

El último consejo que se os ha dado para manteneros en el camino de salvacion consiste en que os dediqueis en la práctica de buenas obras: *Combatir*, *abstenerse*, *obrar*. La tierra que no se cultiva, queda en barbecho y luego se convierte en un campo lleno de malas yerbas; el agua que no corre se corrompe, el hierro que no sirve queda tomado por el orin; y el alma que no se ejercita en buenas obras se precipita muy luego de su estado feliz: *Esforzaos mas y mas*, *hermanos mios*, dice el apóstol san Pedro, *en afirmar vuestra vocacion y vuestra eleccion por las bue-*

nas obras , porque , obrando de este modo , no pecareis jamás (1). No es esto decir que la perseverancia final en el bien pueda merecerse por la *condignidad* de nuestras obras, puesto que dejaria de ser una gracia , sino que el Señor concede mayores socorros á los que le sirven con fervor , y reserva ordinariamente una gracia mas insigne á los que corresponden mas fielmente á las gracias ya concedidas. Es, pues, necesario que nos formemos un plan de buenas obras, á las cuales podamos dedicarnos en nuestro estado ; ó mejor , es necesario que vuestro confesor os las señale por penitencia de vuestras faltas pasadas , para excitar la natural negligencia por toda clase de medios y para dar á las mismas buenas obras un nuevo mérito , el de obedecer al ministro que representa al mismo Dios.

Sin embargo ¿ cuál deberá ser el carácter de estas obras cristianas para alcanzarnos la perseverancia en el bien ? Debemos recordar ante todo que todos los deberes se refieren á tres objetos, á Dios , al prójimo , y á nosotros mismos. Por lo que hace á nosotros es indis-

(1) 2. Pet., 1, 10.

pensable someternos á algun acto de penitencia exterior, abstinencias, ayunos y alguna otra mortificacion, que debilita nuestros hábitos viciosos y que sirva de apoyo á nuestras generosas resoluciones: *La posesion que no está cercada tiene frutos expuestos á ser robados,* dice el Espíritu Santo (1). Con respecto al prójimo, tambien es necesario que se os prescriban algunos actos de caridad, como visitar los enfermos, socorrer á los pobres, segun fueren sus necesidades y vuestros haberes, compadecerse de los males de los demas, consolarlos, sufrir sus faltas, no exagerarlas ni divulgarlas, instruir á los párvulos ó adultos, corregirlos sin pasion, etc. Y, sobre todo, que se os exponga claramente lo que debeis á Dios y lo que mas le gusta; reconocer explícitamente y con sinceridad todos los beneficios que nos dispensa; tenerle presente en todos los momentos y circunstancias de la vida; recordar á menudo la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo: tributar un culto sincero y de imitacion á la siempre Inmaculada Vírgen Maria; tener una devocion

(1) Eccles. XXXVI, 27.

sólida á los santos, y oir con el mas profundo respeto el santo sacrificio de la Misa. Dos otras prácticas *esenciales* os conservarán y os adelantarán en el buen camino, á saber: la oracion y la frecuencia de sacramentos.

Por lo que mira á frecuencia de sacramentos, manifestarémos que así como Dios puso antiguamente en el paraiso terrestre el árbol de la vida, á fin de que los hombres que le comieran no muriesen, del mismo modo ha puesto en la Iglesia de Jesucristo otro árbol de vida, infinitamente mas precioso que el primero, á fin de que los fieles resucitados á la gracia no mueran jamás: este árbol misterioso es la divina Eucarístia. Pero así como antiguamente, para sostener la vida del cuerpo, no hubiera sido bastante comer raramente los frutos del árbol; del mismo modo no basta para la vida del alma tomar una que otra vez y como de paso el espíritu al alimento de la Eucarístia; es necesario gustarla á menudo, segun sea el estado de nuestra conciencia, segun lo aconseje un prudente y celoso confesor. Sentireis los maravillosos efectos de tan adorable sacramento, despues

de haberos acercado con frecuencia al altar con las disposiciones necesarias. El tentador, solo os alejará de *ese pan de los fuertes*, para privaros de todos los bienes á la vez, para inutilizaros de un golpe, y para venceros casi sin combatir. Este mismo consejo fué dado á Holofernes para sojuzgar sin dificultad á Betulia; se limitó á cortar los canales que conducian el agua á la poblacion.

La oracion es el primero de los medios para alcanzar la gracia y separar todos los obstáculos para salvarse, y tambien es el último para obtener la constancia en el bien, ora la consideremos como meditacion sobre las verdades y misterios de nuestra religion, ora como súplica por la cual pedimos á Dios su socorro en nuestras necesidades. Pero el Señor, en diferentes puntos de la Escritura, y sobre todo en el libro del Eclesiástico, nos promete esta perseverancia si procuramos meditar su santa ley y las verdades que en ella nos ha revelado: *Dirigid todos vuestros pensamientos á lo que Dios manda, meditad sin cesar sus preceptos y él mismo os dará un corazon* (1): y la sabiduría que deseais os se-

(1) Eccles., VI, 37.

rá concedida. Y en otra parte, mas expresamente aun: *Acordaos de vuestro último fin, y no pecareis jamás* (1). ¿Cómo puede verificarse esto? Muy sencillamente; el espíritu de error no tiene otro medio para lograr que pequeis, que avivar nuestras pasiones por la viva representacion de los objetos seductores, de modo que nuestra razon ofuscada se persuada que no es nada perder la gracia en aquel encuentro para dar gusto á nuestros apetitos; y la consideracion de las verdades eternas descubre esta monstruosa ilusion, el corazon se resiste, y el hombre entonces antes prefiere la muerte que pecar: *Si la meditacion de vuestra santa ley no me hubiera sostenido, quizá me hubiera ya rendido la tentacion* (2).

La oracion considerada como súplica, es aun mas necesaria para perseverar que considerada en el otro sentido; porque, aunque Dios nos haya prevenido con su primera gracia, no se sigue ordinariamente que continúe sus socorros sin pedírselos por nuestra parte, y sin recorrer á su misericordia con fé, con

(1) Ibid., VII, 40. (2) Ps., CXVIII, 92.

humildad, con absoluta confianza. Así es que no hay pecador alguno, y como tal falto de toda gracia, á excepcion de la de rogar, á quien Dios no oiga y no reponga en el buen camino, con tal que ruegue bien. ¿Por qué? Porque Dios ha establecido la oracion como un medio universal para ejecutar los designios de su Providencia sobre nosotros, para remediar todas nuestras miserias, y para otorgarnos todos sus bienes. Vengamos á la práctica. No os amedrenteis jamás por tentacion alguna, sea la que fuere; no os espanteis de todas vuestras faltas pasadas habiendo ya entrado en la senda de la virtud; no os dejeis alarmar por el cuadro de las malas costumbres que se habian apoderado de vosotros; pero haced el firme propósito de encomendaros siempre al Señor con una confianza cada dia mayor, y, no hay que dudarlo, experimentareis los saludables efectos de esta disposicion, que le es muy agradable: *Humillaos en presencia del Señor, rogadle, descubridle vuestras necesidades, y lograreis sus bendiciones* (1). Por la mañana al levantarse;

(1) Ps., XXXVI. 5.

por la noche al acostarse, durante el dia, en el momento de la tentacion, en las prosperidades y en la adversidad, en las enfermedades y estando sano, en una palabra, en todas las situaciones de la vida rogad á Dios, dirigidle fervientes súplicas. *Es necesario rogar siempre, y no dejar de hacerlo jamás*, dice Jesucristo (1). La oracion asciende hasta el trono de Dios, y su misericordia baja sobre nosotros.

Así lo practicaban sin cesar los antiguos solitarios, segun lo refiere Casiano. Tenian contínuamente en la boca estas palabras: *Atended, Dios mio, á socorrerme; Venid, Señor, pronto á asistirme.* Empezaban y terminaban el dia con esta súplica, que añadian á todas las demas oraciones, á sus ayunos y á sus trabajos, porque reconocian la necesidad contínua que tenian del socorro de Dios; y porque sabian que para alcanzarlo, el medio mas eficaz y seguro es pedirlo. Pero rogad á Dios muy especialmente durante el santo sacrificio de la Misa: este es el tiempo mas propio para alcanzar la divina misericordia;

(1) Luc., 1.

es el tiempo mas favorable para ser oido; es cuando vuestras oraciones se unen á las de Jesucristo, ofrecido en sacrificio al Padre eterno para obtener sobreabundantemente los medios de salvacion necesarios á todos los hombres. Haced, por fin, lo que podais y pedid lo que no está en vuestra mano: en esto consiste la perseverancia en el bien, como lo dice san Agustin y como lo confirma el Concilio de Trento: « Dios no pide imposibles; pero cuando manda, nos advierte que hagamos todo lo posible y que pidamos lo que no podemos. »

LAUS DEO

ET BEATISSIMÆ SEMPER VIRGINI MARIÆ.